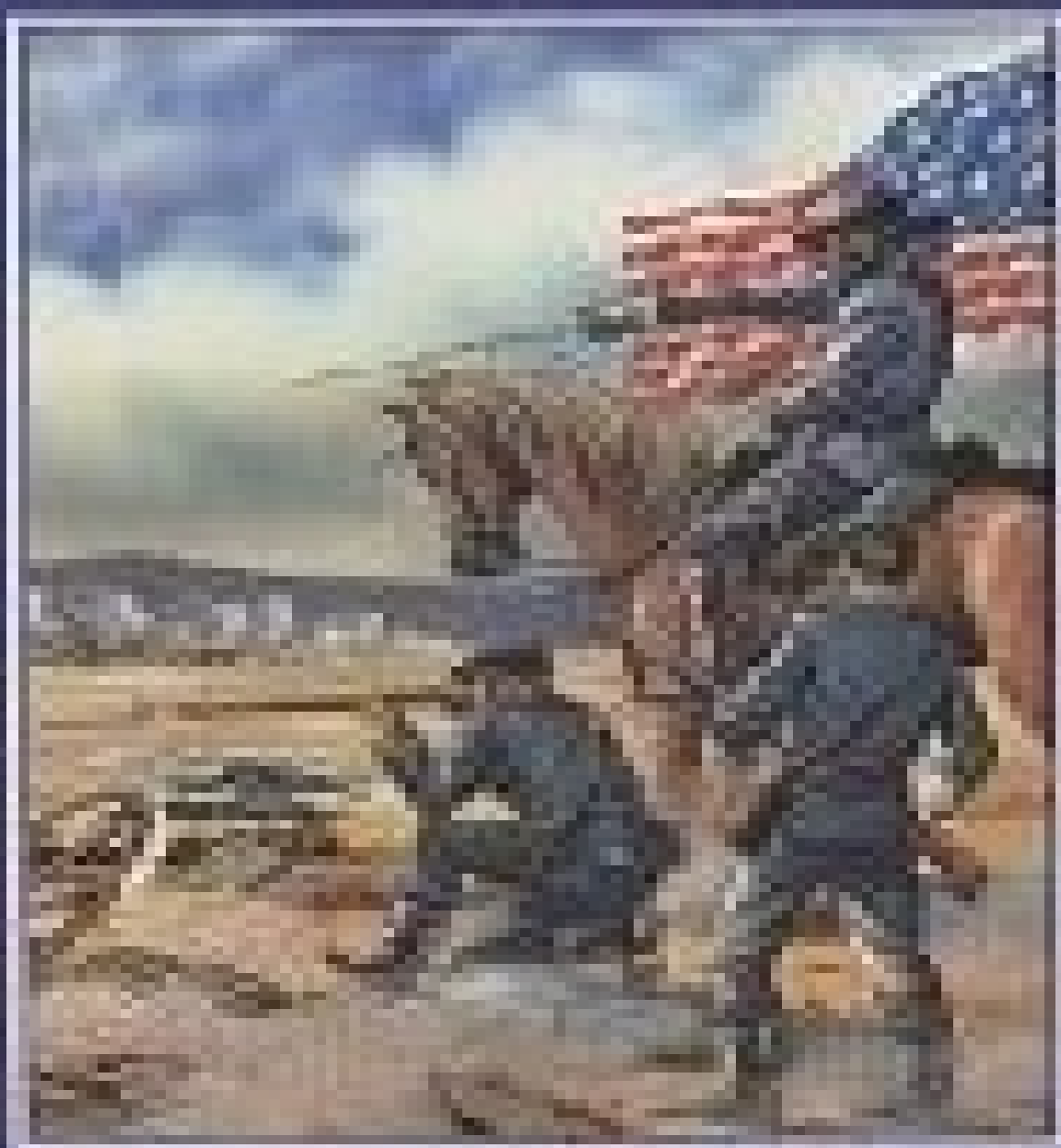


# Julio Verne

## Norte contra Sur (Vol. III)



## Annotation

Segunda parte. La obra tiene lugar durante la guerra civil de Estados Unidos, los estados del norte en contra de los recién formados Estados Confederados, que eran once estados del sur que habían proclamado su independencia, guerra en la cual el principal conflicto eran los tipos de economía, la Industrial-abolicionista por parte de los del norte y la agraria-esclavista por parte de los del sur. James Burbank sufre constantes ataques de parte de sus paisanos, debido a que es fuerte partidario de la antiesclavitud, mismos ataques se incrementan cuando él libera a sus esclavos y por que corre el rumor que su hijo es parte del ejército contrario.

---

**Julio Verne**

**Norte contra Sur**

# Volumen II

## *Table of Contents*

[capítulo primero](#)

[capítulo II](#)

[capítulo III](#)

[capítulo IV](#)

[capítulo V](#)

[capítulo VI](#)

[capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[F I N](#)

Título original: Norte contre Sud (1887)

Traducción: D.F. Soldevilla

isbn: 84-402-0017-X

# capítulo primero

## *DESPUÉS DEL SECUESTRO*

¡Texar! Tal era, ciertamente, el nombre detestable que Zermah había pronunciado en la oscuridad en el momento en que la señora Burbank y Alicia llegaban a la orilla de la Bahía Marino. La joven había reconocido a Texar. No se podía, por consiguiente, dudar de que él fuera el autor del secuestro que había dirigido en persona.

En efecto, era Texar, acompañado de media docena de individuos que podrían llamarse sus cómplices.

Con gran anterioridad había preparado Texar esta expedición, que debía dar por resultado la devastación de Camdless-Bay, el pillaje de Castle-House, la ruina de la familia Burbank, la captura o la muerte de su jefe. Este era el objeto por el cual acababa de lanzar las hordas de bandidos sobre la plantación. Pero él no se había puesto a la cabeza, dejando a los más bribones de sus partidarios el cuidado de dirigirlos. Así se explica que John Bruce, unido a la banda de los asaltantes, hubiera podido afirmar a James Burbank que Texar no se encontraba entre ellos.

Para encontrarle hubiera sido preciso ir a la Bahía Marino que, como sabemos, estaba en comunicación con Castle-House por medio de un túnel. En el caso en que el edificio hubiese sido forzado, era indudablemente por allí por donde sus habitantes buscarían la retirada.

Texar conocía la existencia de este túnel, por lo cual, tomando en Jacksonville una embarcación, a la cual seguía otra con Squambo y dos de sus esclavos, se había dirigido a vigilar aquel sitio, perfectamente indicado para la huida de James Burbank. No se había engañado. Lo comprendió bien cuando vio una de las lanchas de Camdless-Bay estacionada entre las cañas de la bahía. Los negros que guardaban la lancha fueron sorprendidos, atacados y degollados. Ya no había que hacer otra cosa sino esperar. Bien pronto se presentó Zermah, acompañada de la niña. A los gritos que daba la mestiza, Texar, temiendo que alguien viniese en socorro de ella, la arrojó en seguida en brazos de Squambo, y

cuando la señora Burbank y Alicia aparecieron en la orilla, ya Zermah era arrastrada en la embarcación del indio por en medio del río.

Ya se conoce lo demás.

Sin embargo, una vez llevado a cabo el rapto, Texar no había creído prudente reunirse con Squambo. Este hombre, que le era completamente adicto, sabía a qué impenetrable guarida había de conducir a Zermah y a la pequeña Dy; por consiguiente, Texar, en el instante en que los tres cañonazos detenían a los asaltantes, dispuestos a entrar en Castle-House, había desaparecido, cortando oblicuamente el curso del San Juan.

¿Dónde estuvo? Nadie lo sabía; lo cierto es que no volvió a Jacksonville durante aquella noche del día 3 al 4 de marzo. No se le vio sino veinticuatro horas después. ¿Qué fue de él durante esta inexplicable ausencia? Tampoco podía decirlo nadie.

Sin embargo, el acto de haber tomado parte en el rapto de Zermah y de la pequeña Dy era cosa que podía comprometerle cuando fuese acusado de él.

La coincidencia entre este rapto y su desaparición podía perjudicarle. Mas fuese lo que quiera, él no volvió a Jacksonville hasta la mañana del cinco, a fin de tomar las medidas necesarias para la defensa de los sudistas, bastante a tiempo, según hemos visto, para tender un lazo a Gilbert Burbank y presidir el Comité que había de condenar a muerte al joven oficial. Lo cierto es que Texar no estaba a bordo de la embarcación conducida por Squambo y arrastrada en la oscuridad de la noche por la marea creciente en la parte del río que está por encima de Camdless-Bay.

Zermah, comprendiendo que sus gritos no podían ser oídos en las desiertas orillas del San Juan, había callado. Sentada en la popa de la embarcación, estrechaba a Dy entre sus brazos. La niña, asustada, no dejaba escapar una sola queja. Se pegaba al pecho de la mestiza y se ocultaba entre los pliegues de su vestido.

Una o dos veces solamente se entreabrieron sus labios y dejaron escapar estas palabras:

- ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Querida Zermah! ¡Tengo mucho miedo! ¡Quiero ver a mamá!

- Sí, querida mía -respondió Zermah-. Vamos a verla pronto. No tengas miedo. Estoy yo aquí contigo.

En aquellos momentos la señora Burbank, loca por el dolor, remontaba la ribera derecha del río, procurando en vano seguir la embarcación que se llevaba a su hija hacia la otra orilla.

La oscuridad era entonces profunda. Los resplandores de los incendios de Camdless-Bay empezaban a extinguirse, y se oían todavía estampidos y

detonaciones.

De entre las humaredas, acumuladas hacia el Norte, no salían sino muy raras llamaradas, que la superficie del río reflejaba como si fueran fugaces relámpagos. Después todo quedaba silencioso y sombrío.

La embarcación siguió el canal del río, del cual ni siquiera se divisaban los bordes. No se hubiera encontrado más aislada ni más sola si se hubiese hallado en plena mar.

¿Hacia qué bahía se dirigía la embarcación cuyo timón dirigía Squambo? Esto era lo que importaba saber ante todo. Interrogar al indio hubiese sido inútil; por consiguiente, Zermah procuraba orientarse, cosa bien difícil entre aquellas profundas tinieblas, en tanto que Squambo no abandonase el centro del San Juan. La marea subía, y empujada la embarcación por los vigorosos golpes de remo de los dos negros, adelantaba rápidamente hacia el Sur.

Sin embargo, ¡cuán necesario hubiera sido que Zermah dejase una huella de su paso para facilitar las investigaciones y las pesquisas hechas por su señor! Más sobre el río era imposible. En tierra, un pedazo de su vestido abandonado en alguna zarza, hubiera podido convertirse en el primer jalón de una pista, que, una vez reconocida, podría seguirse hasta el último extremo. Pero ¿de qué habría servido entregar a la corriente un objeto perteneciente a la niña o a ella? ¿Se podía esperar que el azar o la casualidad hiciera llegar a manos de James Burbank una de aquellas prendas? Era preciso renunciar a este recurso y limitarse a reconocer en qué punto del San Juan iría a tomar tierra la embarcación.

Una hora transcurrió en estas condiciones. Squambo no había pronunciado una sola palabra. Los dos negros remaban silenciosamente. Ninguna luz aparecía sobre las orillas, ni en las casas, ni entre los árboles, cuyas masas se destacaban confusas en la oscuridad.

En todo este tiempo, Zermah miraba a derecha y a izquierda, ávida de sorprender el menor indicio; y respecto al peligro, ella no pensaba más que el que pudiera correr la pequeña Dy. De los que podían amenazarla a ella personalmente, ni siquiera se preocupaba. Todos sus temores se concentraban en aquella niña. Seguramente era Texar quien la había hecho secuestrar. Respecto a esto, no había duda posible. Había reconocido a Texar, que se había situado en la Bahía Marino, sea con la intención de penetrar en Castle-House franqueando el túnel, sea que esperase a sus defensores en el momento que intentaran escapar por esta salida. Si Texar no se hubiese precipitado, la señora Burbank y Alicia Stannard hubieran caído también en su poder, del mismo modo que habían caído Dy y Zermah. Si él no había dirigido en persona los hombres de la milicia y la banda de forajidos que atacaron a Castle-House, era porque creía golpe más

certero atacar a la familia Burbank en la Bahía Marino.

En todo caso, Texar no podría negar que había tomado parte directa y personalmente en el rapto.

Zermah había pronunciado a gritos su nombre; la señora Burbank y Alicia debían haberle entendido. Más tarde, cuando la hora de la justicia llegara; cuando Texar tuviera que responder de sus crímenes, no tendría esta vez el recurso de invocar una de esas inexplicables coartadas que hasta entonces le habían dado tan buenos resultados.

Más, al presente, ¿qué suerte reservaba a sus dos víctimas? ¿Iba a relegarlas en el fondo de aquellos pantanosos Everglades, más allá de los manantiales del río San Juan? ¿Se desharía de Zermah como de un testigo peligroso cuya declaración podría algún día agobiarle? Esto es lo que se preguntaba la mestiza. Hubiera hecho voluntariamente el sacrificio de su vida por salvar la niña raptada con ella. Mas ella muerta, ¿qué sería de la pobre Dy entre las manos de Texar y de sus compañeros? Este pensamiento la torturaba, y entonces estrechaba más fuertemente a la niña sobre su pecho, como si Squambo hubiera manifestado intención de arrancársela.

En aquel momento Zermah pudo observar que la embarcación se aproximaba hacia la orilla derecha del río. ¿Podía servirle esto de indicio? No, pues ella ignoraba que habitase en el fondo de la Bahía Negra, en uno de los islotes de aquella laguna, como lo ignoraban aun los mismos partidarios de Texar, puesto que nadie había sido jamás recibido en aquella caverna, que habitaba Texar con Squambo y sus negros.

Allí era, en efecto, donde el indio iba a depositar a Zermah y Dy. En las profundidades de aquella región misteriosa estarían al abrigo de todas las investigaciones. La bahía era, por decirlo así, impenetrable para quien no conociese la orientación de sus pasos, y la disposición de sus islotes ofrecía mil escondrijos, donde las prisioneras podían estar tan bien ocultas, que sería imposible dar con sus huellas.

En el caso en que James Burbank intentara explorar aquel inextricable laberinto, estaría Texar a tiempo de transportar la mestiza y la niña hasta el sur de la Península. Entonces se desvanecería toda probabilidad de encontrarlas en medio de aquellos vastos espacios que los habitantes floridianos frecuentaban apenas y cuyas llanuras insalubres eran recorridas solamente por algunas bandas de indios.

Las cuarenta y cinco millas que separaban Camdless-Bay de la Bahía Negra fueron recorridas con rapidez. Hacia las once de la noche la embarcación salvaba el recodo que forma el San Juan a doscientas yardas por la parte inferior de la corriente. No se trataba ya más que de reconocer la entrada de la laguna,



maniobra embarazosa a través de la oscuridad profunda que envolvía la orilla izquierda del San Juan.

Así es que, por mucho conocimiento que Squambo tuviera de aquellos parajes, no dejó de dudar un tanto cuando fue preciso dar el golpe de timón para cortar oblicuamente las aguas. Sin duda la operación hubiese sido más fácil si la embarcación hubiera podido seguir a lo largo de esta ribera que se hallaba interrumpida por multitud de pequeñas ensenadas, cubiertas de cañas y de plantas acuáticas. Pero el indio temía zozobrar, y como la marea no había de tardar en llevar las aguas del San Juan hacia su desembocadura, se hubiera encontrado muy apurado en caso de naufragio. Por otra parte, forzado a esperar la marea siguiente, es decir, cerca de once horas, ¿cómo hubiera podido evitar el ser visto cuando fuese día claro? Ordinariamente el río estaba siempre surcado por pequeñas y numerosas embarcaciones. Los sucesos actuales provocaban un incesante cambio de correspondencia entre San Agustín y Jacksonville. Indudablemente, si no habían perecido en Castle-House, los miembros de la familia Burbank emprenderían desde el día siguiente las más activas investigaciones.

Squambo, encallado en una de las orillas, no podría escapar a las persecuciones de que sería objeto. La situación llegaría a ser muy peligrosa. Por todas estas razones, quiso permanecer en medio del canal del San Juan, y aun, si era preciso, estaba dispuesto a echar el ancla en medio de la corriente, y después, apenas empezase a clarear el día, se apresuraría a reconocer los pasos de la Bahía Negra, a través de los cuales sería imposible seguirle.

Entretanto, la embarcación continuaba remontando el río a impulsos de la marea. Por el tiempo transcurrido, Squambo comprendía que aún no debía estar a la altura de la laguna. Procuraba, pues, subir más, cuando un ruido poco lejano se dejó oír. Era un sordo batir de ruedas que se propagaba por la superficie del río. Casi en seguida, hacia la ribera izquierda, apareció una masa en movimiento.

Un *steamer* avanzaba a poco vapor, lanzando en la sombra la blanca luz de su farol. En menos de un minuto debía llegar a la embarcación de Squambo.

Éste, con un gesto, ordenó a los negros que dejaran los remos, y con un golpe de timón torció hacia la orilla derecha para no encontrarse con el buque.

Pero su embarcación había sido vista por los vigías de a bordo, y se les llamó, ordenándoles acercarse.

Squambo dejó escapar un horrible juramento. Sin embargo, no pudiendo sustraerse por la huida a la invitación que le había sido hecha en términos formales, debió obedecer.

Un instante después se acercaba al flanco derecho del *steamer*, que había suspendido su marcha para aguardarle.

Zermah se levantó rápidamente. En aquellas condiciones, creyó entrever una esperanza de salvación. ¿No podía llamar, hacerse conocer, pedir socorro y escapar del poder de Squambo?

El indio se colocó en seguida al lado de ella. Tenía en una mano un ancho y afilado cuchillo. Con la otra se había apoderado de la niña, que Zermah trataba en vano de arrancarle.

- Una palabra -dijo- y la mato.

Si no hubiese tenido más que su vida que sacrificar, Zermah no hubiese dudado. Como era a la niña a quien amenazaba el cuchillo del indio, guardó silencio. Además, desde el puente del *steamer* no se podía ver lo que pasaba en la embarcación.

El *steamer* venía de Picolata, donde había embarcado un destacamento de milicia con destino a Jacksonville, a fin de reforzar las tropas sudistas que debían impedir la ocupación del río.

Un oficial, inclinándose hacia fuera de la barandilla, interpelló al indio.

Las palabras cambiadas entre ellos fueron las siguientes:

- ¿Adónde vais?

- A Picolata.

Zermah retuvo este nombre, conociendo, no obstante, que Squambo tenía interés en no hacer conocer su verdadero destino.

- ¿De dónde venís?

- De Jacksonville.

- ¿Hay algo de nuevo?

- No.

- ¿Nada de la flotilla Dupont?

- Nada.

- ¿No se han tenido noticias de ella después del ataque de Fernandina y del fuerte Clinch?

- No.

- ¿No ha entrado ningún cañonero en los pasos del San Juan?

- Ninguno.

- ¿De dónde proceden esas luces que hemos divisado y esas detonaciones que hemos oído hacia el Norte, mientras esperábamos anclados la marea?

- De un ataque que se ha dado esta noche contra la plantación de Camdless-Bay.

- ¿Por los nordistas?

- No; por la milicia de Jacksonville. El propietario ha querido resistir a las órdenes del comité.

- ¡Ah, vamos!, se trata de James Burbank, de ese condenado abolicionista...

- Precisamente.  
- ¿Y qué ha resultado?  
- Yo no sé; no lo he visto más que al pasar, pero me parece que todo era presa de las llamas.

En este instante, un débil grito se escapó de los labios de la niña; Zermah le puso la mano en la boca, en el momento en que los dedos del indio llegaban ya a su cuello.

El oficial, encaramado en lo alto del puente del *steamer*, no había oído nada.  
- ¿Ha sido atacado a tiros Camdless-Bay? -preguntó.  
- Creo que no.  
- ¿Qué significaban entonces esas tres detonaciones que hemos oído, y que parecían venir del lado de Jacksonville?

- No puedo decirlo.  
- ¿De modo que el San Juan está libre desde Picolata hasta su embocadura?  
- Enteramente libre y podéis recorrerlo sin temor a los cañoneros.  
- Está bien. ¡Adelante!

Inmediatamente envió una orden a la máquina, y el *steamer* se dispuso a continuar la marcha.

- Una pregunta -dijo Squambo al oficial.  
- ¿Cuál?  
- La noche es oscura, y no sé a punto fijo dónde me encuentro. ¿Podéis decirme dónde estoy?  
- A la altura de la Bahía Negra.  
- Gracias.

Las ruedas del buque batieron las aguas del río, después que la embarcación se había separado algunas brazas.

El *steamer* desapareció poco a poco entre las sombras de la noche, dejando tras sí el agua removida y turbada por el choque de sus poderosas ruedas.

Squambo, solo ya en medio del río, se sentó de nuevo a la popa de la embarcación y dio orden de *remar*. Conocía la posición en que se encontraba, y virando hacia estribor, se lanzó a través de la abertura en cuyo fondo se abría la Bahía Negra.

Zermah no dudó de que en aquel sitio, de tan difícil acceso, era donde Squambo iba a ocultarse; más de poco le serviría tal conocimiento. ¿Cómo habría podido comunicárselo a su amo, y cómo llevar a cabo investigaciones en medio de aquel impenetrable laberinto? Por otra parte, al otro lado de la bahía, ¿no ofrecían los bosques del condado de Duval todas las facilidades necesarias para inutilizar las pesquisas, en el caso de que James Burbank y los suyos lograsen penetrar en la laguna? Aquella parte occidental de Florida era todavía

como un país inexplorado, en el cual hubiera sido imposible descubrir una pista. Además, no era prudente aventurarse en él. Los seminolas, que vagaban por aquellos territorios montañosos y llenos de pantanos no dejaban de ser temibles. Robaban con mucha facilidad a los viajeros que caían entre sus manos y los degollaban cuando intentaban defenderse.

Un hecho muy raro, y del cual se había hablado mucho tiempo, había acontecido últimamente en la parte superior del condado, un poco al noroeste de Jacksonville.

Una docena de floridianos que volvían al litoral desde el golfo de México, habían sido sorprendidos por una tribu de seminolas. Si no recibieron la muerte hasta el último de ellos, fue porque no hicieron ninguna resistencia, que por otra parte hubiera sido inútil, porque los indios eran diez contra uno.

Aquellas gentes fueron escrupulosamente registradas, robándoles cuanto poseían, incluso la ropa que llevaban puesta. Además, se les prohibió bajo pena de muerte, el reaparecer por aquellos territorios que los indios reivindicaban como de su entera propiedad; y para reconocerlos, en el caso de que infringieran dicha orden, el jefe de la banda empleó un procedimiento muy sencillo. Les hizo marcar en el brazo con un signo muy raro, hecho con el jugo de una planta tintórea y sirviéndose de una aguja; de modo que la marca no se borraba jamás. Después los floridianos fueron despedidos sin otros malos tratamientos. Sin embargo, cuando llegaron a las plantaciones del Norte, iban en bastante mal estado, señalados, por decirlo así, con las armas de la tribu india, y poco deseosos de caer de nuevo entre las manos de los seminolas, que esta vez les degollarían sin piedad para hacer honor a su firma.

En cualquier otro tiempo, las milicias del condado de Duval no hubieran dejado impune tal atentado, y en el acto hubiesen salido en persecución de los indios.

Mas en aquella época había otra cosa en que pensar más que en renovar una expedición contra los indios nómadas. El temor de ser el país invadido por las tropas federales lo dominaba todo. Lo que importaba era impedir que llegasen a ser dueños del San Juan, y con él de las regiones que riega. Por consiguiente, no se podía distraer ni la más pequeña parte de las fuerzas sudistas dispuestas desde Jacksonville hasta la frontera georgiana. Tiempo habría más tarde de ponerse en campaña contra los seminolas envalentonados por la guerra civil, hasta el punto de aventurarse a llegar hasta los territorios del Norte, de los cuales se creía haberlos arrojado para siempre. No se contentarían entonces con rechazarlos a las marismas de las Everglades, sino que se intentaría eliminar para siempre hasta el último de ellos.

Era peligroso, en estas circunstancias, aventurarse por los territorios

situados al oeste de Florida; y si James Burbank dirigía alguna vez sus investigaciones por este lado, sería un nuevo peligro añadido a todos los que en sí llevaba una expedición de ese género.

Entretanto, la embarcación había llegado a la ribera izquierda del río. Squambo, sabiendo que se hallaba a la altura de la Bahía Negra, que da acceso a las aguas del San Juan, no temía ya encallar en algún bajo; por consiguiente, cinco minutos después ya había metido la embarcación bajo la sombría bóveda de los árboles, en medio de una oscuridad mucho más profunda que la que reinaba en la superficie del río.

Por muy habituado que estuviera Squambo a marchar a través de las inextricables malezas y sinuosidades que ocultaban la laguna, no hubiera podido acertar con el camino en aquellas condiciones. Pero puesto que tenía seguridad de no ser visto, ¿por qué motivo no se había de alumbrar en su marcha?

Arrancó, pues, una rama resinosa de un árbol de la orilla, y la colocó, encendida, en la proa de la embarcación. Su luz fantástica bastaba seguramente al ojo experimentado y práctico del indio para reconocer perfectamente todos los pasos. Durante una media hora aproximadamente anduvo bordeando las sinuosidades de la bahía, hasta que llegó, por fin, al islote en que estaba establecida la guarida de Texar.

Una vez allí, obligó a Zermah a desembarcar. La niña, agobiada de fatiga, dormía entre los brazos de la mestiza, y no se despertó ni siquiera cuando ésta atravesó la poterna del fortín, una vez dentro del cual quedó encerrada en una de las reducidas habitaciones contiguas al reducto del centro.

Dy, envuelta en una especie de manta que se hallaba arrojada en un rincón, fue acostada sobre un jergón miserable.

Zermah permaneció velando a su lado.

## capítulo II

### *SINGULAR OPERACIÓN*

Al día siguiente, 3 de marzo a las ocho de la mañana, Squambo entró en la habitación en que Zermah y Dy habían pasado la noche. Les llevaba algún alimento; pan, un trozo de caza en fiambre, frutas, un jarro de cerveza bastante grande, una vasija de agua, y además algunos utensilios. Al mismo tiempo, uno de los negros que estaban de servicio en el fortín, colocaba en un rincón de la habitación un mueble viejo que podía servir de tocador y de cómoda, con algo de ropa blanca, sábanas, servilletas, toallas y otros objetos menudos, de los cuales podría servirse lo mismo la mestiza que la pequeña.

La pobre niña estaba todavía dormida. Con un gesto, Zermah había suplicado a Squambo que no la despertase.

Cuando, después de marcharse el negro, quedaron solos, la mestiza, dirigiéndose al indio, le preguntó:

- ¿Qué quieren hacer de nosotras?
- No lo sé -respondió Squambo.
- ¿Qué órdenes habéis recibido de Texar?
- Las haya recibido de Texar o de cualquier otro -replicó el indio-, las órdenes son éstas, y haréis bien en conformaros con ellas. En tanto que dure vuestra estancia aquí, esta habitación será la vuestra; y durante la noche seréis encerradas en el reducto del fortín.

- ¿Y durante el día?
- Tendréis libertad para ir y venir por el interior del cercado.
- En tanto que estemos aquí -replicó Zermah-; ¿puedo saber dónde estamos?
- En el sitio a que tenía orden de conducirlos.
- ¿Y vamos a permanecer aquí bastante tiempo?
- He dicho todo cuanto tenía que decir -replicó el indio-. En adelante, será inútil que me habléis, porque no he de responderos.

Squambo, que estaba, en efecto, advertido para que se limitase a este corto

cambio de palabras, salió de la habitación, dejando a la mestiza sola al lado de la niña.

Zermah la miraba con cariño. Algunas lágrimas vinieron a sus ojos, pero trató de enjugarlas en el instante, pues era preciso que al despertarse Dy no notara que la mestiza había llorado. Importaba sobremanera que la niña se acostumbrase poco a poco a la nueva situación, muy amenazadora y tal vez peligrosa, pues se podía esperar todo de parte de Texar.

Zermah reflexionaba en lo que había pasado desde la víspera. Había visto perfectamente a la señora Burbank y a Alicia subir río arriba por la ribera, mientras que la embarcación se alejaba rápidamente. Sus llamamientos desesperados, sus gritos desgarradores, habían llegado hasta ellas. Más, ¿habrían podido llegar a Castle-House, encontrar el túnel, penetrar en la casa sitiada y hacer saber a James Burbank y a sus compañeros la nueva desgracia que acababa de herirles?

¿No podían haber sido apresadas por las gentes de Texar, arrastradas lejos de Camdless-Bay, y acaso muertas? Si esto había sucedido, James Burbank ignoraría que la niña había sido secuestrada con Zermah. Creería que su mujer, Alicia, la niña y la mestiza habían podido embarcarse en la Bahía Marino, y llegar sanas y salvas al refugio de la Roca de los Cedros, donde deberían estar completamente seguras, entonces James Burbank no haría ninguna pesquisa para encontrarlas.

Mas, aun admitiendo que la señora Burbank y Alicia hubiesen podido entrar en Castle-House y que James Burbank estuviera enterado de todo, ¿no era de temer, con fundamento, que la casa hubiese sido invadida por los asaltantes, saqueada, incendiada y destruida? En este caso, ¿qué habría sido de sus defensores? ¿Cuál habría sido su suerte? Prisioneros o muertos, en cualquiera de los dos horribles casos, Zermah no podía esperar ningún socorro por parte de ellos. Aun cuando los nordistas hubieran llegado a hacerse dueños del San Juan, ella y la niña estaban perdidas. Ni Gilbert ni Mars sabrían que la hermana del uno y la mujer del otro estaban prisioneras en un islote de la Bahía Negra.

Más si esto sucedía, si Zermah no había de contar más que consigo misma, su energía no había de abandonarla. Ella haría todo cuanto fuese preciso para salvar a la pobre niña, que acaso no tenía ya en el mundo más que a la mestiza. Su vida se concentraría toda entera en esta idea. ¡Huir! Ni una hora, ni un minuto siquiera pasaría sin que ella se ocupase en preparar los medios para la evasión.

Y, sin embargo, ¿era posible salir del fortín, vigilado constantemente por Squambo y sus compañeros, librarse de las acometidas de los dos feroces lebreles que rondaban alrededor del cercado y huir de aquel islote perdido entre las mil vueltas y revueltas de la inmensa laguna?

Sí, se podía; mas para ello era preciso contar con el auxilio de uno de los esclavos de Texar, que conociese tan bien como éste y Squambo los pasos de la Bahía Negra. ¿Y por qué el atractivo de una fuerte recompensa no decidiría a uno de estos hombres a secundar a Zermah en su evasión? A esto, pues, iban a encaminarse todos los esfuerzos de la mestiza.

Entretanto, la pequeña Dy acababa de despertarse. Las primeras palabras que la niña pronunció fueron para llamar a su madre. Sus miradas recorrieron enseguida todo el interior de la habitación. El recuerdo de los sucesos de la víspera acudió en el instante a su pensamiento. Vio que la mestiza estaba con ella, y corrió a su lado.

- ¡Querida Zermah, querida Zermah! -murmuraba la pobre niña-. ¡Tengo miedo; tengo miedo!

- ¡No tengas cuidado, querida mía!

- ¿Dónde está mamá?

- Mamá vendrá pronto, está tranquila. Nosotras nos hemos visto obligadas a huir para salvamos. Ya lo recuerdas; ahora ya estamos en lugar seguro, aquí nada tenemos que temer; está tranquila. En el momento que papá haya recibido socorros, vendrá a buscarnos.

Dy miraba con atención incrédula a Zermah, como diciéndole:

- ¿Es verdad eso?

- Sí -respondió la mestiza, que quería a todo precio tranquilizar a la niña-. Sí; Mr. Burbank nos ha dado orden de que le esperemos aquí.

- Pero... ¿y esos hombres que nos han arrebatado y conducido en su lancha? -replicó la niña.

- Estos son los criados de Mr. Harvey, querida mía. Ya le conoces; Mr. Harvey, el amigo de tu papá, que vive en Jacksonville. Estamos en su dominio de Hampton Red.

- Y mamá y Alicia, que estaban también con nosotras, ¿por qué no se encuentran aquí ahora?

- Porque Mr. Burbank las ha llamado en el momento en que iban a embarcarse. ¿No te acuerdas? En cuanto aquellas malas gentes que atacaban a Camdless-Bay hayan sido arrojadas, que lo serán bien pronto, vendrán a buscarnos tu papá y los demás. ¡Vamos, no llores! No tengas miedo, vida mía, ni te asustes, aunque permanezcamos aquí algunos días. Aquí estamos bien ocultas y resguardadas. ¡Vaya! ahora ven, que te lave, te peine, te vista y te ponga guapa.

Dy no cesaba de mirar obstinadamente a Zermah, y a pesar de las seguridades que la mestiza le daba con sus palabras, un gran suspiro se escapó de los labios de la niña. La pobrecita no había podido, como de costumbre, sonreír en el momento de despertar. Importaba, pues, ante todo, distraerla.



Todos los cuidados de Zermah se dirigieron a conseguirlo, empleando para ello la más tierna solicitud. Le hizo su *toilette* con tanto cuidado como si la niña estuviese en su bonita habitación de Castle-House, procurando a la vez entretenerla, contándole cuentos e historietas. Después, Dy comió un poco y Zermah compartió con ella este primer almuerzo.

- Ahora, querida mía, si tú quieres, iremos a dar un paseo por fuera; iremos al cercado.

- ¿Es quizá muy bonita la posesión de Mr. Harvey?

- Bonita, no -respondió Zermah-. Es, según creo, una antigua casucha. Sin embargo, hay árboles, corrientes de agua, y, en fin, una especie de jardín para pasearnos. Además, nosotras no estaremos aquí más que algunos días, muy pocos; y si te portas bien, y no lloras ni te aburres, tu mamá estará muy contenta.

- Sí, querida Zermah, sí -respondió la niña.

La puerta de la habitación no estaba cerrada con llave. Zermah cogió de la mano a la pequeña Dy, y las dos salieron.

Encontráronse primeramente en el reducto central, que era sombrío y triste. Un instante después se paseaban por el cercado, al abrigo del follaje de los grandes y copudos árboles, que las resguardaban de los rayos del sol.

El cercado no era muy extenso, y la mayor parte del terreno lo ocupaba la casa, situada en el centro. La empalizada que la rodeaba no permitía a Zermah reconocer la disposición del islote, ni en qué situación se hallaba en el centro de la laguna.

Lo único que pudo observar a través de las rendijas de la vieja poterna fue que un canal bastante largo y de aguas cenagosas y sucias le separaba de los islotes vecinos. Una mujer y una niña no podrían, sino muy difícilmente, escaparse de allí. Esto lo comprendió Zermah, desde luego. En el caso poco probable de que la mestiza llegara a conseguir apoderarse de una embarcación, ¿cómo acertaría por sí sola a salir de aquellos inextricables laberintos?

Zermah, además, ignoraba que sólo Texar y Squambo conocían los pasos que daban salida al río. Los negros que estaban al servicio del español no salían nunca del fortín. Desde que entraron, ni una sola vez habían salido de él. No sabían siquiera qué sitio era aquel donde los guardaba su amo. Para encontrar la ribera del río San Juan, o para llegar a los pantanos que por el Oeste confinan con la bahía, hubiera sido preciso confiarse al azar. Pero... fiarse a la casualidad en este asunto, ¿no sería correr a un extravío seguro o a una muerte cierta?

Por otra parte, durante los días siguientes, Zermah, al darse cuenta exacta de la situación, comprendió bien pronto que no tendría ayuda alguna que esperar de los criados de Texar. Estos eran en su mayor parte negros medio embrutecidos y de un aspecto poco tranquilizador. Si Texar no les hacía arrastrar una cadena,

no eran, sin embargo, mucho más libres. Alimentados suficientemente por los productos del islote; aficionados en extremo a los licores fuertes, de los cuales Squambo no les escaseaba la ración; dedicados más especialmente al cuidado y a la defensa en caso necesario, del fortín, aquellos semisalvajes no tenían ni podían tener interés alguno por cambiar esta existencia por otra. La cuestión de la esclavitud, que a algunas millas de la Bahía Negra se ventilaba, no había llegado hasta ellos; por lo tanto, no podía apasionarles. ¿Recobrar su libertad? ¿Para qué? ¿Qué iban a hacer de ella? Texar les aseguraba la subsistencia; Squambo no les maltrataba, no obstante que era hombre capaz de aplastar la cabeza al primero que se atravesase en su camino y del que osara levantarla; por consiguiente, ni siquiera pensaban que se podía ser libre. Eran unos brutos verdaderos, inferiores a los dos lebreles que daban vueltas en derredor del fortín. No hay seguramente exageración alguna al decir que estos animales les superaban en inteligencia. Estos conocían todo el conjunto de la bahía: atravesaban a nado sus múltiples pasos, y corrían de un islote a otro guiados por su instinto maravilloso, que les impedía extraviarse. Sus ladridos resonaban a veces hasta en la ribera izquierda del río, y luego, por sí mismos, volvían a penetrar en la Bahía Negra, y arribaban al islote a la caída de la noche. Ninguna embarcación hubiera podido penetrar en la laguna sin ser al momento señalada y perseguida por estos dos terribles guardianes. Excepto Squambo y Texar, nadie se hubiera atrevido a dejar el fortín sin correr peligro de ser devorado por aquellos salvajes animales, descendientes de los perros caribes.

Cuando Zermah hubo observado detenidamente de qué manera se ejercía la vigilancia alrededor del cercado, cuando vio que no podía esperar ningún socorro de los que la guardaban, cualquiera otra que no hubiese sido tan animosa como ella, ni tan enérgica, se hubiera desesperado y se hubiera abatido. A ella no le sucedió nada de esto. Los socorros tenían que llegar de fuera; y en este caso no podían proceder más que de James Burbank, si estaba libre y en disposición de ayudarla, o de Mars, si este mestizo llegaba a saber la situación en que su mujer se encontraba. A falta de estas dos esperanzas, la mestiza no debía contar más que consigo misma para la salvación de la pequeña Dy, y estaba dispuesta a todo para conseguir lo que se proponía.

Zermah, absolutamente aislada en el fondo de aquella laguna, no se veía rodeada por todas partes más que de figuras feroces. Sin embargo, creyó notar que uno de los negros, joven todavía, la miraba con alguna conmiseración y la trataba con alguna deferencia. ¿Había en aquello alguna esperanza? ¿Podría confiarse a él, indicarle la situación de Camdless-Bay y obligarle a que se dirigiese a Castle-House a llevar la noticia de su paradero y de su situación? Era dudoso. Además, Squambo había sorprendido indudablemente estas señales de

interés por parte del esclavo, pues éste fue separado del sitio que ocupaba, y Zermah no volvió a encontrarle durante sus paseos a través del cercado.

Varios días pasaron sin que ocurriese el más ligero cambio en esta situación. Desde la mañana hasta la noche, Zermah y Dy tenían libertad completa para ir y venir de un lado a otro del cercado, y para entrar y salir del fortín.

Por la noche, aunque Squambo no las cerrase en la habitación, les hubiera sido imposible dejar el reducto central. El indio no les hablaba jamás; por consiguiente Zermah se vio obligada a renunciar a interrogarle. Pero no dejaba el islote ni un solo instante. Se comprendía que ejercía su vigilancia atentamente a todas horas. Los cuidados de Zermah se dirigieron, por consiguiente, hacia la niña, que comenzaba a impacientarse y expresar el vivo deseo que tenía de ver a su madre.

- ¡Pronto vendrá! -le respondió Zermah-. He tenido noticias tuyas. Tu padre va a venir también, querida mía, con Miss Alicia.

Después de estas respuestas, la pobre criatura no sabía qué imaginar. Entonces Zermah se ingeniaba para distraerla, lo cual era muy difícil, pues la niña mostraba más razón que la que es común a su edad, y de lo que entonces era necesario, dada la situación en que se encontraban.

Habían transcurrido los días 4, 5 y 6 de marzo, y aunque Zermah había procurado cuidadosamente oír si alguna detonación lejana anunciaba la presencia de la flotilla federal en las aguas del San Juan, ni el más pequeño ruido había llegado hasta ella. Todo había sido inútil; todo también permanecía silencioso en el centro de la Bahía Negra. Era preciso convencerse, con tales detalles, de que Florida no pertenecía todavía a los soldados de la Unión. Esto inquietaba a la mestiza hasta el más alto grado. A falta de James Burbank y los suyos, para el caso en que éstos tuvieran que ser de nuevo atacados e imposibilitados de hacer nada, ¿no podría contar al menos con la intervención y la ayuda de Gilbert y Mars? Si sus cañones hubiesen sido dueños del río, hubieran explorado minuciosamente ambas riberas, y seguramente hubieran sabido llegar hasta el islote, apenas alguien, no importa quién, del personal de Camdless-Bay les hubiese instruido de lo que había pasado. Pero nada indicaba que se hubiese librado un combate en las aguas del río.

Lo que era también singular y extraño es que Texar no se hubiese dejado ver ni una sola vez en el fortín, ni de día ni de noche. A lo menos, Zermah no había observado nada que pudiese hacerle suponer que había estado allí. Y, sin embargo, la mestiza apenas dormía, y sus largas horas de insomnio las empleaba en escuchar y enterarse de los ruidos más leves; pero hasta entonces todo había sido inútil.

Por otra parte, ¿qué hubiera podido hacer en el caso de que Texar hubiese ido a la Bahía Negra y la hubiese hecho comparecer ante él? ¿Acaso Texar hubiera escuchado, y menos atendido, las súplicas de ella? La presencia de Texar, ¿no sería más de temer todavía que su ausencia?

Por milésima vez pensaba Zermah en todo esto en la noche del día 6 de marzo. Eran aproximadamente las once de la noche. La pequeña Dy dormía con un sueño bastante profundo y apacible. La habitación que servía de celda a las dos prisioneras estaba sumergida en una oscuridad profunda. Ningún ruido se percibía en el interior, a no ser, de vez en cuando, el silbido de la brisa a través de los derruidos paredones del fortín.

En este momento, la mestiza creyó oír pisadas en el interior del reducto.

Al principio supuso que sería el indio que entraba en su habitación, situada enfrente de la que ella ocupaba, después de haber hecho su ronda habitual alrededor del cercado.

Zermah sorprendió entonces algunas palabras pronunciadas en voz baja entre dos individuos. Se aproximó a la puerta y púsose a escuchar con mucha atención, reconociendo al principio la voz de Squambo, y poco después, casi en seguida, la de Texar.

Un estremecimiento agitó todo su cuerpo. ¿Qué iba a hacer Texar en el fortín a hora tan avanzada de la noche? ¿Se trataba acaso de organizar alguna nueva maquinación contra la mestiza y la niña?

¿Iban quizás a ser arrancadas de su habitación y transportadas a algún otro retiro más ignorado, más impenetrable que la impenetrable y oculta Bahía Negra? Todas estas suposiciones se presentaron rápida e instantáneamente en la imaginación de Zermah, produciéndole terrible impresión. Pero en el mismo instante, renaciendo su indómita energía, se tranquilizó, y apoyándose en la junta de la puerta, se puso a escuchar atentamente.

- ¿No hay nada de nuevo? -preguntó Texar.

- Nada, señor -contestó Squambo.

- ¿Y Zermah?

- He rehusado contestar a sus preguntas.

- ¿Se han llevado a cabo tentativas para llegar hasta ella después del asunto del Camdless-Bay?

- Sí; pero ninguna ha dado resultado.

Al oír esta respuesta, Zermah comprendió que alguien había hecho pesquisas en su busca. ¿Quién podía ser?

- ¿Cómo has sabido tú eso? -preguntó Texar.

- Porque he ido varias veces hasta la ribera del San Juan -respondió el indio-, y hace algunos días he observado que una barca rondaba alrededor de la

entrada de la Bahía Negra. Hasta he observado que una vez dos hombres han desembarcado en uno de los islotes próximos a la ribera.

- ¿Quiénes eran esos dos hombres?

- James Burbank y Walter Stannard.

Zermah estaba tan sobresaltada que apenas podía contener su emoción. Eran James Burbank y Stannard los que la buscaban, decía para sí.

Es decir, que los defensores de Castle-House no habían perecido todos en el ataque de la plantación. Si éstos habían comenzado las pesquisas, es claro que conocían el secuestro de la niña y de la mestiza. Y si lo conocían, era sin duda que la señora Burbank y Alicia habían podido entrar de nuevo en Castle-House después de haber escuchado el último grito lanzado por Zermah cuando pedía socorro contra Texar. James Burbank estaba, pues, al corriente de todo cuanto había pasado; conocía también el nombre del miserable secuestrador; acaso sospecharía en qué sitio tenía ocultas a sus víctimas; por consiguiente, él pondría los medios para llegar hasta ellas.

Este encadenamiento de hechos se verificó instantáneamente en la imaginación de Zermah. Al punto se sintió animada por una esperanza inmensa; pero esta esperanza desapareció bien pronto, apenas nacida, cuando escuchó a Texar responder:

- Sí; que busquen, que busquen, que no encontrarán nada. Además, dentro de algunos días James Burbank no será de temer.

La mestiza, asustada, no acertaba a comprender lo que significaban estas palabras. Pero sí conocía perfectamente que, siendo pronunciadas por el hombre a quien obedecía el comité de Jacksonville, debían constituir una terrible amenaza.

- Y ahora, Squambo -dijo Texar-, tengo necesidad de ti por una hora.

- Estoy a vuestras órdenes, señor.

- Sígueme.

Un instante después, todo estaba en silencio, y amo y criado se habían retirado a la habitación ocupada por el indio.

¿Qué iban a hacer allí? ¿No habría en su conversación algún secreto, del cual Zermah pudiera aprovecharse? En su situación no debía olvidar nada de lo que pudiera servirla.

Ya se sabe que la puerta de la habitación de la mestiza no estaba cerrada ni aun durante la noche. Esta precaución, por otra parte, hubiera sido inútil, pues el reducto estaba cerrado interiormente, y Squambo llevaba la llave siempre consigo. Era, pues, totalmente imposible salir del fortín, y, por consiguiente, intentar una evasión.

Zermah pudo, por tanto, abrir la puerta de su habitación y avanzar algunos

pasos sigilosamente, conteniendo el aliento.

La oscuridad era profunda. Algunos rayos de luz solamente se escapaban por las rendijas de la habitación del indio.

Zermah se acercó a la puerta y miró por el intersticio de dos tablas mal unidas. El espectáculo que se ofreció a su vista era tan singular y extraño, que forzosamente había de sorprenderla al comprender su significación.

Por más que la habitación no estuviese iluminada sino con un trozo de tea resinosa, esta luz bastaba al indio, ocupado entonces en un trabajo delicado.

Texar estaba sentado delante de él, desembarazado de su chaqueta de cuero, con el brazo izquierdo desnudo completamente extendido sobre una mesa, bajo la claridad de la tea resinosa.

Un papel, de forma muy rara, atravesado por infinidad de pequeños agujeros, había sido colocado sobre la parte interna del antebrazo. Por medio de una aguja muy fina, Squambo picaba la piel en todos los puntos que los agujeros del papel dejaban al descubierto. Era la operación de marcar a Texar la que practicaba el indio, operación en la cual debía ser muy experto en su cualidad de semínola. Y, en efecto, lo hacía con bastante destreza y rapidez en la mano, a fin de que la punta de la aguja hiriese solamente la epidermis, sin que Texar experimentase el más insignificante dolor.

Cuando la operación estuvo terminada, Squambo levantó el papel; y después, tomando algunas hojas de una planta que Texar había llevado consigo, frotó con ellas el antebrazo de su amo. El jugo de esta planta, introducido en las picaduras de la aguja, no dejó de acusar viva sensación en Texar; pero éste no era hombre que se quejara por tan poca cosa.

Terminada la operación, Squambo aproximó la resina al sitio marcado, y un dibujo rojizo apareció claramente entonces sobre la piel del antebrazo de Texar. Este dibujo reproducía exactamente el que los agujeros hechos por la aguja formaban en el papel. La operación de calcar este dibujo había sido hecha con una exactitud perfecta. Estaba formado por un conjunto de líneas entrecruzadas, representando una de las figuras simbólicas de las creencias semínolas. Esta marca no debía borrarse del brazo en el cual acababa de imprimirla Squambo. Zermah, como ya se ha dicho, lo había visto todo; conocía la operación, pero no podía comprender el objeto de ella. ¿Qué interés podía tener Texar en adornarse con aquella marca? ¿Para qué aquel signo particular que había de añadir una palabra a las señas escritas en sus pasaportes? ¿Quería, acaso, hacerse pasar por indio? Esto era imposible. Ni su tez, ni su color, ni los rasgos de su fisonomía lo hubieran permitido. ¿No sería preciso acaso establecer una correlación entre esta señal y la que había sido impuesta últimamente a algunos viajeros floridianos de los que habían caído en manos de una partida de semínolas hacia el norte del

condado? ¿Quería Texar con este signo tener la posibilidad de establecer una de aquellas inexplicables coartadas de las cuales había sacado hasta entonces tan buen partido?

¿Sería tal vez aquél uno de los secretos inherentes a su vida privada, que revelara su porvenir?

Otra cuestión se presentó entonces a la imaginación de Zermah.

¿No había venido Texar al fortín más que para explotar en su provecho la habilidad de Squambo en materia de marcas? Una vez acabada esta operación, ¿dejaría Texar la Bahía Negra para volverse al norte de Florida y sin duda a Jacksonville, de la que sus partidarios eran todavía los dueños? ¿O tendría acaso la intención de permanecer en el reducto hasta que fuese de día, hacer comparecer a la mestiza ante él y tomar una nueva determinación relativa a sus prisioneras?

En lo que respecta a esto, Zermah se tranquilizó bien pronto. Había vuelto rápidamente a su habitación, mientras Texar se levantaba y salía del cuarto del indio. La mestiza, pegada al interior de su puerta, escuchaba con atención las breves palabras que en voz baja cambiaban Squambo y su señor.

- Vigila con más cuidado que nunca -decía Texar.
- No tengáis cuidado -respondió Squambo. luego añadió:
- Sin embargo, si nos viéramos perseguidos muy cerca de la Bahía Negra por James Burbank...

- Ya te he dicho que de James Burbank no tendremos nada que temer de aquí a algunos días. Por otra parte, si fuera preciso, ya sabes adonde deben ser conducidas la mestiza y la niña. Allí iré yo a reunirme con vosotros.

- Comprendido, señor -replicó Squambo-; porque es preciso también estar prevenidos para el caso de que Gilbert, el hijo de James Burbank, y Mars, el marido de Zermah...

- Antes de cuarenta y ocho horas habré capturado a los dos -respondió Texar-, y cuando ambos estén en mi poder...

Zermah no entendió el final de esta frase tan amenazadora para su marido y para Gilbert.

Texar y Squambo salieron entonces del fortín, cuya puerta se cerró tras ellos.

Algunos instantes más tarde, el esquife, conducido por el indio, dejaba el islote, se dirigía a través de las tortuosas sinuosidades de la laguna, y llegaba hasta una embarcación que esperaba a Texar a la entrada de la Bahía Negra, sobre el San Juan. Squambo y su señor se separaron entonces, después de las últimas recomendaciones que le hizo Texar, el cual, arrastrado por la corriente, descendió con rapidez en dirección a Jacksonville.

Allí llegó precisamente al despuntar el día, y a tiempo oportuno para poner sus proyectos en ejecución. En efecto, algunos días después, Mars desaparecía bajo las aguas del San Juan, y Gilbert Burbank era condenado a muerte.



## capítulo III

### *LA VISPERA*

El día 11 de marzo por la mañana había sido juzgado Gilbert Burbank por el comité de Jacksonville. En la noche de aquel mismo día fue arrestado su padre por orden de dicho comité. Al tercer día de esta sentencia el joven oficial debía ser pasado por las armas, y sin duda James Burbank, acusado de ser su cómplice, y condenado a la misma pena, iba a morir con él.

Como ya se ha visto, Texar podía decirse que tenía el comité en su mano. Su sola voluntad era ley en él. La ejecución del padre y del hijo no sería más que el preludio de los sangrientos excesos a los cuales iban a entregarse los esclavistas, sostenidos por el populacho, contra los nordistas del Estado de Florida y contra los que compartían sus ideas en la cuestión de la esclavitud. ¡Qué de venganzas personales iban entonces a llevarse a cabo, bajo el velo de la guerra civil! ¡Únicamente la presencia de las tropas federales podría evitarlas! Más, ¿llegarían dichas tropas? Y sobre todo, ¿llegarían antes de que estas primeras víctimas hubiesen sido sacrificadas al odio de Texar?

¡Desgraciadamente había ya muchos motivos para dudarlo! prolongándose esta tardanza, se comprenderá fácilmente de qué angustias y de qué pesares vivían rodeados los habitantes de Castle-House.

Por otra parte, parecía que el proyecto de subir por el río San Juan había sido momentáneamente abandonado por el comandante Stevens. Los cañoneros no hacían ningún movimiento que indicase su intención de dejar el sitio en que estaban anclados. ¿Es que no se atrevían a franquear la barra del río desde el momento en que Mars no estaba allí para guiarles a través del canal? ¿Renunciarían quizás al proyecto de apoderarse de Jacksonville, y por consiguiente a garantizar la seguridad de las plantaciones situadas en la parte superior del curso del San Juan? ¿Qué nuevos hechos de armas habían tenido lugar para modificar de tal modo los proyectos del comodoro Dupont?

Esto era lo que se preguntaban Stannard y el capataz Perry durante aquel interminable día 12 de marzo.

En efecto, para esta fecha, según las noticias que corrían en el país, sobre todo en la parte de Florida comprendida entre el río y el mar, los esfuerzos de los nordistas parecían concentrarse principalmente sobre el litoral. El comodoro Dupont, mandando el *Wabash* y seguido de los más fuertes cañoneros de la escuadra, acababa de aparecer en la bahía de San Agustín. Hasta se decía que las milicias se preparaban a abandonar la ciudad sin intentar la defensa del fuerte Marion, del mismo modo que no habían defendido el fuerte Clinch cuando la rendición de Fernandina.

Tales fueron al menos las noticias que el capataz llevó a Castle-House en la mañana de aquel día, y en seguida las comunicó a Stannard y a Edward Carrol, al cual su herida, no cicatrizada todavía, obligaba a permanecer tendido en un diván.

- ¡Los federales en San Agustín! -exclamó este último-. ¿Y por qué no llegan hasta Jacksonville?

- Acaso no quieran más que interceptar el río en su parte inferior, sin tomar posesión de la ciudad -respondió Perry.

- James y Gilbert están perdidos si Jacksonville permanece en poder de Texar -dijo Stannard.

- ¿No podría yo -replicó Perry- ir a prevenir al comodoro Dupont del peligro que corren Mr. Burbank y su hijo?

- Sería preciso una jomada para llegar a San Agustín -respondió Carrol;- esto suponiendo que no os encontrarais detenido por las milicias que se batan en retirada. Y antes que el comodoro Dupont haya podido hacer llegar a Stevens la orden de ocupar Jacksonville, habrá pasado demasiado tiempo. Por otra parte, esta barra..., ¡esta barra del río! Si los cañoneros no pueden pasar al otro lado, ¿cómo salvar a nuestro pobre Gilbert, que debe ser ejecutado mañana? No; no es a San Agustín adonde es preciso ir; es al mismo Jacksonville. No es al comodoro Dupont a quien es preciso dirigirse: es a Texar.

- Mr. Carrol tiene razón, padre mío, y yo iré -dijo Alicia, que acababa de escuchar las últimas palabras pronunciadas por Carrol.

La valerosa joven estaba dispuesta a intentarlo todo y a arrostrar todos los peligros por la salvación de Gilbert.

El día antes, al salir de Camdless-Bay, James Burbank había recomendado, sobre todo, que no llegase hasta su mujer la noticia de su partida para Jacksonville. Era muy importante ocultarle que el comité hubiese dado orden de arrestar a su marido. La señora Burbank lo ignoraba, así como ignoraba también la suerte de su hijo, al cual creía a bordo de la flotilla. Si lo hubiera sabido, ¿cómo hubiese podido soportar le desgraciada mujer este doble golpe que la hería? ¡Su marido en poder de Texar, su hijo en vísperas de ser fusilado!

Seguramente no hubiera sobrevivido a estas noticias. Cuando había preguntado por James Burbank, o había demostrado intenciones de verle, Alicia se había limitado a responder que estaba ausente de Castle-House a fin de emprender de nuevo las pesquisas relativas a Dy y a Zermah, y que su ausencia podría durar, a lo más, cuarenta y ocho horas. De este modo los pensamientos de la señora Burbank se concentraban entonces en su hija desaparecida. Esto ya era bastante más de lo que podía soportar en el estado en que se encontraba.

Entretanto, Alicia no ignoraba ninguno de los peligros que amenazaban a James y a Gilbert Burbank. Sabía que el joven oficial debía ser fusilado al día siguiente, y que la misma suerte estaba reservada a su padre. Y entonces, contristada por este pensamiento, resolvió ir a ver a Texar, y venía a rogar a Carrol que la hiciera transportar al otro lado del río.

- ¿Tú..., Alicia, a Jacksonville? -exclamó Stannard.

- Padre mío, es preciso.

La vacilación tan natural de Stannard, había cedido repentinamente ante la necesidad de obrar sin tardanza. Si había alguna posibilidad de salvar a Gilbert, era por los medios que quería intentar Alicia. Puede ser que arrojándose a los pies de Texar llegara a enternecerle. Acaso pudiera obtener de él el aplazamiento de la ejecución. Tal vez, en fin, encontraría un apoyo entre las gentes honradas a quienes su desesperación sublevaría contra la intolerable tiranía del comité. Era preciso, pues, ir a Jacksonville, a pesar del peligro que hubiera que correr.

- Perry tendrá la bondad de acompañarme hasta la casa de Mr. Harvey -dijo la joven.

- Al instante -respondió el capataz.

- No, Alicia, no te acompañará nadie, sino yo mismo -añadió Stannard-. Sí, yo; partamos.

- ¡Vos, Stannard! -dijo Edward Carrol-. Tened cuidado; me parece que os exponéis bastante, porque son muy conocidas vuestras opiniones.

- ¡Qué importa! -dijo Stannard-. Yo no he de dejar a mi hija ir sola, sin mí, en medio de esos forajidos. Que Perry se quede en Castle-House, puesto que vos, Edward, no podéis andar todavía, pues es preciso prever el caso de que nosotros seamos detenidos.

- ¿Y si la señora Burbank pregunta por vos? -replicó Edward Carrol-. Si pregunta, como preguntará seguramente, por Miss Alicia, ¿qué he de responderle?

- Responderéis que hemos ido a reunimos con James y que le acompañamos en las investigaciones que hace al otro lado del río. Decid también, si es preciso, que probablemente iríamos a Jacksonville; en fin, todo cuanto sea preciso para tranquilizarla; pero nada que le haga sospechar los peligros que corren su marido

y su hijo. Perry, mandad que preparen una embarcación.

El capataz se retiró en seguida, dejando a Stannard haciendo sus preparativos de viaje.

Sin embargo, era preferible que Alicia no saliese de Castle-House sin haber puesto en conocimiento de la señora Burbank que su padre y ella se veían obligados a ir a Jacksonville. En caso de necesidad, no debía dudar en decir que el partido de Texar había sido derrotado; que los federales eran dueños de todo el curso del río, y que al día siguiente Gilbert estaría en Camdless-Bay. Pero, ¿hubiera tenido la joven el valor suficiente para no turbarse y para dar a su voz un acento tranquilo que no le hiciese traición cuando afirmara aquellos hechos, cuya realización parecía entonces imposible?

Cuando llegó a la habitación de la enferma, la señora Burbank dormía, o más bien estaba sumergida en una especie de amodorramiento doloroso; una pesadez profunda, de cuyo estado no tuvo Alicia valor para sacarla. Acaso valiera más que la joven se encontrara dispensada por esta casualidad de tranquilizar a la enferma con sus palabras.

Una de las doncellas de la señora Burbank velaba cerca del lecho. Alicia le recomendó que no la abandonara ni se ausentara un solo instante, y que se dirigiera a Mr. Carrol para contestar a las preguntas que la señora Burbank pudiese hacerle. Después la joven se inclinó sobre la frente de la desgraciada madre y estampó en ella sus labios, saliendo inmediatamente de la habitación para reunirse con su padre.

En el momento que le vio, dijo:

- Partamos, padre mío.

Los dos salieron de la casa, después de haber estrechado la mano de Edward Carrol.

En medio de la calle de bambúes que conducía al puerto, encontraron al capataz.

- La embarcación está dispuesta -dijo Perry.

- Bien -respondió Stannard-. Vigilad con gran cuidado en Castle-House, amigo mío.

- No temáis nada, Mr. Stannard. Todos nuestros negros vuelven poco a poco a la plantación, y esto se comprende perfectamente. ¿Qué van a hacer ellos con una libertad para la cual no han sido creados por la naturaleza? Traed con vos a Mr. Burbank y los encontraréis todos en su puesto.

Stannard y su hija ocuparon sus puestos en la embarcación, conducida por cuatro marineros de Camdless-Bay. Se izó la vela, y, empujada por una ligera brisa del Este, marchó rápidamente, perdiéndose de vista en breve el pequeño puerto, que desapareció bien pronto detrás de la punta que la plantación

proyectaba hacia el Noroeste.

Stannard no tenía intención de desembarcar en el puerto de Jacksonville, donde hubiera sido inmediata e irremisiblemente conocido. Le parecía que sería mejor saltar a tierra en alguna pequeña ensenada de las muchas que el río ofrece cerca de la ciudad. Desde allí, sería fácil dirigirse a la casa de Harvey, situada en aquella parte de la población.

Entonces, y en vista de las circunstancias, se decidiría qué gestiones y cómo habían de hacerse.

El río se encontraba desierto a aquella hora. Nada por la parte superior de su curso, que era por donde hubieran podido venir las milicias de San Agustín que se refugiaban hacia el Sur. Nada tampoco en la parte inferior. Por consiguiente, era claro que no se había empeñado ningún combate entre las embarcaciones floridianas y los cañoneros del comandante Stevens.

Ni siquiera se podía divisar el punto donde estaban anclados, pues un recodo del San Juan cerraba el horizonte por bajo de Jacksonville.

Después de una travesía bastante rápida, favorecida por el viento del Este, Stannard y su hija tocaron al fin en la ribera izquierda. Los dos, sin haber sido observados por nadie, desembarcaron en el fondo de una pequeña ensenada que no estaba vigilada, y en algunos minutos se encontraron en la casa del corresponsal de James Burbank, bien ajeno a esta visita.

Este quedó sorprendido, y se manifestó muy inquieto al verles. Su presencia no estaba exenta de peligros en medio de aquel populacho cada vez más excitado y más temible, y siempre a las órdenes incondicionales de Texar.

Todo el mundo sabía que Stannard participaba de las ideas antiesclavistas adoptadas en Camdless-Bay. El saqueo llevado a cabo en su misma casa en Jacksonville era una advertencia que no debía olvidar.

Seguramente, tanto él como su hija, iban a correr grandes peligros en Jacksonville.

El mal menos grave que pudiera acontecerle si llegaba a ser reconocido, sería el de ser encarcelado como cómplice de Burbank.

- Es preciso salvar a Gilbert -fue todo lo que pudo responder Alicia a las observaciones de Harvey.

- Sí -respondió éste-; es preciso intentarlo, pero que Mr. Stannard no se presente en la población, sino que permanezca oculto aquí, mientras nosotros hacemos todo cuanto nos es posible.

- ¿Se me permitirá entrar en la prisión? -preguntó la joven.

- No lo creo fácil, Miss Alicia.

- ¿Podría yo ver a Texar?

- Lo intentaremos.

- ¿No queréis que os acompañe? -dijo Stannard insistiendo en su resolución.
- No; eso sería comprometer nuestras gestiones cerca de Texar y del comité.
- Vamos, pues, Mr. Harvey -dijo Alicia.

Sin embargo, antes de dejarles partir, Stannard quiso saber si se habían verificado nuevos hechos de armas de los cuales no hubiera llegado todavía noticia a Camdless-Bay.

- Ninguno -respondió Harvey-, por lo menos en lo que concierne a Jacksonville. La flotilla federal ha aparecido en la bahía de San Agustín, y la ciudad se ha entregado sin resistencia. En cuanto al San Juan, hasta ahora no se ha notado en él ningún movimiento. Los cañoneros continúan anclados al otro lado de la barra.

- ¿Les falta todavía agua para franquearla?

- Sí, Mr. Stannard, pero hoy tendremos una de las mareas más fuertes del equinoccio. El mar llegará a su mayor altura a eso de las tres de la tarde, y quizá los cañoneros puedan pasarla.

- ¡Pasar sin piloto, ahora que Mars no está con ellos para dirigirlos a lo largo del canal! -respondió Alicia con una entonación que indicaba que la pobre joven no se atrevía a confiar en aquella esperanza-. No, es imposible, Mr. Harvey, es preciso que yo vea a Texar, y si me rechaza, deberemos sacrificarlo todo para procurar la evasión de Gilbert.

- Así se hará, Miss Alicia.

- ¿No se ha modificado el estado de los ánimos de Jacksonville? -preguntó Stannard.

- No -respondió Harvey-; los revoltosos continúan siendo los amos de la ciudad, y Texar les domina por completo. Sin embargo, ante las exacciones y las Amenazas del comité, las gentes honradas tiemblan de indignación, y bastaría un pequeño movimiento de los federales sobre el río para cambiar este estado de cosas. Este populacho, en suma, es cobarde y miserable. Si se les amenazara, Texar y sus partidarios serían en seguida derribados. Aún espero que el comandante Stevens pueda franquear la barra.

- Nosotros no podemos esperar más -respondió resueltamente Miss Alicia-. De aquí a entonces ya habré yo visto a Texar.

Se convino, pues, en que Stannard permanecería oculto en la casa a fin de que nadie conociera su estancia en Jacksonville. Harvey estaba dispuesto a prestar ayuda a la joven en todas las cuestiones que se proponía hacer, cuyo éxito, preciso es decirlo, no estaba, ni mucho menos, asegurado.

Si Texar rehusaba conceder el perdón de Gilbert; si Alicia no podía llegar hasta él, se intentaría, aun a costa de toda su fortuna, la evasión del joven oficial y de su padre.

Serían las once cuando Alicia y Harvey salieron de la casa para dirigirse al Palacio de Justicia, donde el comité, presidido por Texar, estaba en aquel momento en sesión.

La agitación no cesaba ni un momento en la ciudad. Por uno y otro lado pasaban las milicias reforzadas con los contingentes que iban llegando de los territorios del Sur. Durante aquel día se esperaban las que la rendición de San Agustín dejara disponibles; bien que vinieran por el lado del San Juan, bien que emprendieran la marcha a través de los bosques de la orilla derecha para franquear el río a la altura de Jacksonville. La gente iba y venía sin cesar. Mil noticias circulaban a cada instante; y, como sucede siempre en semejantes casos, eran contradictorias, lo cual provocaba un tumulto que casi rayaba en desorden.

Desde luego, era fácil comprender que en el caso en que los federales llegaran a la vista del puerto, no habría ninguna unidad de acción en los medios de defensa. La resistencia no sería grande. Si Fernandina se había rendido nueve días antes a las tropas que desembarcó el general Wright; si San Agustín había acogido en su puerto la escuadra del comodoro Dupont, sin intentar siquiera cerrarle el paso, fácil era de prever que lo mismo sucedería en Jacksonville.

Las milicias floridianas, cediendo el sitio a las tropas nordistas, se verían obligadas a retirarse al interior del condado. Una sola circunstancia podía salvar a Jacksonville de ser ocupada por las tropas federales, permitiendo así que se cumplieran los proyectos sanguinarios de los revoltosos; esta circunstancia era que los cañoneros, por una u otra razón, por falta de agua o por falta de piloto, no pudieran franquear la barra. Todo lo más, dentro de una hora esta cuestión estaría resuelta.

Entretanto, atravesando por entre una multitud que a cada momento se hacía más compacta, Harvey y Alicia se dirigieron hacia la plaza principal. ¿De qué medio se valdrían para poder penetrar en las salas del Palacio de Justicia? No podían ni siquiera imaginarlo. Y una vez allí, ¿cómo podrían ver a Texar? Lo ignoraban. ¡Quién sabe si Texar, precisamente porque supiera que Alicia Stannard deseaba verle, no intentara desembarazarse de ella y librarse de sus importunas súplicas, haciéndola arrestar y detener hasta después de la ejecución del joven teniente! Pero Alicia no quería, no podía fijarse en ninguna de estas contrariedades que podían ocurrirle. Su intención era llegar hasta Texar y pedirle la gracia de la vida de Gilbert. No había peligro personal, por grande que fuera, que pudiera distraerla de este objeto.

Cuando Harvey y la joven llegaron a la plaza, la encontraron llena de una multitud más tumultuosa que la que hasta entonces habían visto. Los gritos retumbaban en el aire; las vociferaciones más atroces se oían por todas partes, repitiendo de unos a otros grupos estas siniestras palabras:

- ¡A muerte, a muerte!

Harvey comprendió que el comité estaba deliberando desde hacía una hora. Un terrible presentimiento se apoderó de él; ciertamente nunca podría estar más justificado.

En efecto, el comité acababa de juzgar, en Jacksonville, a James Burbank, cómplice de su hijo Gilbert, acusándole de haber mantenido inteligencias con la armada federal: crimen y condenación que eran el coronamiento de la obra de odio que Texar estaba realizando contra la familia Burbank.

Adivinando esto, Harvey no quiso seguir adelante, e intentó alejar de aquel lugar a Alicia Stannard, pues era inhumano que la joven presenciara escenas violentas, a las cuales parecía dispuesta a entregarse la población en el momento en que los condenados saliesen del Palacio de Justicia, después que se hubiera hecho pública su sentencia.

Por otra parte, no era aquél el momento más propicio para presentarse a Texar.

- Venid, Miss Alicia -dijo Harvey-; venid, ya volveremos cuando el comité...

- No -respondió Alicia-; quiero arrojarme entre los acusados y sus jueces.

La resolución de la joven era tan firme que Harvey desesperaba de convencerla. Alicia marchaba hacia delante: era preciso seguirla. A pesar de que la multitud era muy compacta, algunos, que sin duda conocían a la joven se apartaban y le dejaban paso. Los gritos de muerte resonaban cada vez más terriblemente en su oído.

Nada pudo detenerla. En tales condiciones llegó la pobre joven ante las puertas del Palacio de Justicia.

En este sitio, el populacho agitado semejaba más que en ninguna otra parte el oleaje del mar; no el oleaje que sigue a la tempestad, sino el que la precede. De su parte se podían temer las más terribles escenas. De repente, un reflujo tumultuoso lanzó a la calle el numeroso público que llenaba las salas del Palacio de Justicia. Las vociferaciones redoblaron: la sentencia del comité acababa de dictarse.

James Burbank, lo mismo que Gilbert, eran condenados por el mismo pretendido crimen a la misma pena. El padre y el hijo serían fusilados por el mismo pelotón cuando llegara la hora de la ejecución.

- ¡A muerte, a muerte! -gritó la turba.

James Burbank apareció entonces sobre las últimas gradas. Aparecía tranquilo y dueño de sí. Una mirada de desprecio fue lo único que tuvo para las vociferaciones del populacho.

Un destacamento de la milicia le rodeaba, con orden de conducirlo de



nuevo a la prisión.

James Burbank no iba solo; Gilbert marchaba a su lado.

Sacado de la celda donde esperaba la hora de su ejecución, el joven oficial había sido conducido a la presencia del comité, para ser confrontado con James Burbank. Este no había hecho más que confirmar las declaraciones de su hijo, asegurando que no había ido a Castle-House más que para ver, quizá por última vez, a su madre moribunda.

Ante esta afirmación, el cargo de espionaje hubiera debido caer por sí mismo, si el proceso no hubiera estado perdido de antemano. Por consiguiente, en la misma condena habían sido comprendidos los dos inocentes; condena impuesta por una venganza personal y pronunciada por jueces inicuos.

Entretanto, la multitud se precipitaba hacia los condenados. La milicia hacía grandes esfuerzos para conseguir, aunque con dificultad, abrir un camino a través de la plaza del Palacio de Justicia.

En aquel instante se produjo un movimiento. Alicia se había precipitado hacia James y Gilbert Burbank.

Involuntariamente, el populacho retrocedió, sorprendido por esta intervención inesperada de la joven.

- ¡Alicia! -gritó Gilbert.

- ¡Gilbert! ¡Gilbert! -murmuraba Alicia Stannard, que cayó en los brazos del joven oficial.

- ¡Alicia! ¿Cómo y para qué estás aquí? -preguntó James Burbank.

- ¡Para implorar vuestra gracia! ¡Para suplicar a vuestros jueces...! ¡Gracia, gracia para vosotros...!

Los gritos de la desgraciada joven eran desgarradores. Se agarraba fuertemente a los condenados, que habían hecho alto un instante. ¿Podía esperar alguna piedad de aquella multitud desenfrenada que les rodeaba? No; pero su intervención tuvo por primer efecto el detener su furia en el momento en que acaso iba a entregarse a violencias inauditas contra los prisioneros, a pesar de los hombres de la milicia.

Por otra parte, Texar, prevenido de lo que sucedía, acababa de aparecer en el umbral de la puerta del Palacio de Justicia. Un gesto suyo contuvo a la multitud.

La orden, que renovó, de conducir a los prisioneros James y Gilbert Burbank a la prisión, fue escuchada y respetada.

El destacamento se puso en marcha.

- ¡Gracia! ¡Gracia! -gritó Alicia, que se había arrojado a los pies de Texar.

Este no respondió más que con un signo negativo.

La joven se levantó entonces, erguida y fiera.

- ¡Miserable! -exclamó.

En seguida procuró reunirse con los condenados, pidiendo que se le permitiera seguirles a su prisión, y pasar al lado de ellos las últimas horas que les quedaban de existencia.

Los presos estaban 3ra fuera de la plaza, y la multitud les acompañaba todavía con sus gritos y sus feroces aullidos.

Esto era más de lo que Alicia Stannard podía soportar. Sus fuerzas la abandonaron. Vaciló y cayó. Ya no tenía conocimiento ni sentido cuando Harvey la recibió en sus brazos.

La joven no volvió en sí hasta después de haber sido trasladada a casa de Harvey, cerca de su padre.

- ¡A la prisión, a la prisión! -murmuraba-. Es preciso que los dos se escapen.

- Sí -respondió Stannard-; no hay más que ese recurso que intentar. Esperemos la noche.

En efecto, no era posible hacer nada durante el día. Cuando la oscuridad les permitiera obrar con más seguridad, sin temor de ser sorprendidos, Stannard y Harvey intentarían hacer posible la evasión de los dos prisioneros, con la complicidad de su guardián. Irían pertrechados de una suma de dinero bastante considerable, tanto, que aquel hombre, al menos así lo esperaban, no podría resistir a sus ofrecimientos, sobre todo, cuando un solo cañonazo disparado desde la flotilla del comandante Stevens podía poner fin al poder y a la autoridad de Texar.

Mas, llegada la noche, cuando Stannard y Harvey quisieron poner en ejecución su proyecto, hubieron de renunciar a él.

La casa en que vivía Harvey estaba guardada por una compañía de la milicia y fue en vano que intentaran salir de ella.

## capítulo IV

### *GOLPE DE VIENTO DEL NORDESTE*

No quedaba ya a los condenados más que una probabilidad de salvación, una sola: la de que antes de doce horas los federales fuesen dueños de la ciudad. En efecto, al día siguiente, al salir el sol, James y Gilbert Burbank debían ser pasados por las armas.

Estando vigilada como estaba la casa de Harvey, ¿cómo habían de poder huir de su prisión, ni siquiera con la connivencia del carcelero? ¿Dónde habían de guarecerse y de quién habían de fiarse?

Entretanto, para apoderarse de Jacksonville no se podía contar con las tropas nordistas desembarcadas hacía pocos días en Fernandina, y que no podían abandonar esta importante posición al norte del Estado de Florida. Sólo a los cañoneros del comandante Stevens incumbía esta tarea. Pero para llevarla a cabo era preciso, ante todo, franquear la barra del San Juan. Entonces, una vez franqueada, la flotilla no tendría más que anclar a la altura del puerto. Desde allí, cuando tuviese la ciudad bajo sus fuegos, no cabía duda ninguna de que las milicias se batirían en retirada a través de los inaccesibles pantanos del condado. Texar y sus partidarios se apresurarían seguramente a seguirlos, a fin de evitar las represalias que con sobrada justicia debían esperar.

Las gentes honradas podrían entonces ocupar los puestos de que tan indignamente habían sido arrojadas, y tratar con los representantes del Gobierno federal las condiciones de la rendición de la ciudad.

Mas el paso de la barra, ¿era posible, y, además, en un breve plazo? ¿Había algún medio de vencer el obstáculo material que la falta de agua oponía siempre a la marcha de los cañoneros? Esto era muy dudoso, como se va a ver.

En efecto, después de pronunciado el juicio, Texar y el comandante de las milicias de Jacksonville se habían dirigido hacia el muelle para observar el curso inferior del río. No causará, por tanto, extrañeza que sus miradas se fijaran obstinadamente en la línea de embarcaciones, colocada algunas millas más abajo, y que sus oídos estuvieran prontos a recoger toda detonación que viniera

del lado del San Juan.

- ¿No se ha observado nada nuevo? -preguntó Texar, después de haberse detenido en la extremidad de la estacada.

- Nada -respondió el comandante-. Un reconocimiento que acabo de hacer por la parte Norte, me permite afirmar que los federales no han salido todavía de Fernandina para dirigirse a Jacksonville. Muy verosímilmente, quedarán en observación en la frontera georgiana, esperando que sus flotillas hayan forzado el canal.

- ¿No pueden venir tropas del Sur después de haber salido de San Agustín y pasar el río San Juan por Picolata?

- No lo creo -respondió el oficial-. Dupont no tiene más tropas de desembarco que las necesarias para ocupar la ciudad, y su objeto es, evidentemente, establecer el bloqueo en todo el litoral, desde la embocadura del San Juan hasta los últimos límites de Florida. Por consiguiente, no tenemos nada que temer por este lado.

- Queda, pues, el peligro de ser atacados por la flotilla de Stevens si consigue remontar la barra ante la cual está detenida hace tres días.

- Sin duda; pero esta cuestión quedará decidida dentro de algunas horas. Después de todo, puede ser que los federales no tengan otro objeto que interceptar la parte inferior de la corriente del río, a fin de cortar toda comunicación entre San Agustín y Fernandina.

- Os lo repito, Texar, lo importante para los nordistas no es tanto ocupar Florida en este momento, como el oponerse al contrabando de guerra que se hace por los pasos del Sur. Es de creer que su expedición no tiene otro objetivo. Sin esto, las tropas, que son dueñas de la isla Amelia hace unos días, se hubieran puesto ya en marcha contra Jacksonville.

- Es posible que tengáis razón -respondió Texar-. Pero no importa, estoy impaciente porque la cuestión de la barra sea definitivamente resuelta.

- Pues lo será hoy mismo.

- Sin embargo, si los cañoneros de Stevens viniesen a situarse frente al puerto, ¿qué harías?

- Ejecutaría la orden que he recibido de conducir las milicias al interior, a fin de evitar todo contacto con las tropas federales. ¿Que éstas se apoderan de las ciudades del condado? ¡Bueno! No podrán conservarlas largo tiempo, puesto que tendrán cortadas las comunicaciones con Georgia y con las Carolinas, y nosotros podremos muy pronto recobrarlas.

- Entretanto, hay que tener en cuenta -dijo Texar- que si fuesen dueños de Jacksonville, aunque no fuera más que por un día, sería preciso esperar terribles represalias por su parte. Todas estas gentes que se llaman honradas, estos ricos

colonos, estos antiesclavistas, volverían al poder, y entonces... ¡Pero esto no sucederá, no...! Y antes de abandonar la ciudad...

Texar no acabó su pensamiento, pero era fácil comprenderle.

No entregaría la ciudad a los federales, lo cual sería ponerla de nuevo en las manos de aquellos magistrados que habían sido derribados por el populacho. Antes la incendiaría, y acaso estaban ya tomadas las medidas y dadas las disposiciones necesarias para conseguir este resultado y esta obra de destrucción. Entonces, los suyos y él, retirándose tras las milicias, encontrarían en los terrenos pantanosos del Sur guaridas inaccesibles donde esperar los sucesos.

Sin embargo, como ya se ha dicho, esta eventualidad no era de temer más que en el caso en que la barra pudiera ser franqueada por los cañoneros, y ya había llegado el momento en que iba a resolverse definitivamente esta cuestión.

En efecto, un violento reflujo del populacho se produjo hacia el lado del puerto. Un instante bastó para que los muelles, en toda su extensión, se encontrasen completamente ocupados por la multitud. Los gritos más ensordecedores estallaron.

- ¡Los cañoneros pasan!

- ¡No, no se mueven...!

- Ensayan franquear la barra forzando el vapor.

- ¡Mirad! ¡Mirad!

- No hay duda -dijo el comandante de las milicias-. Algo extraordinario ocurre. Mirad, Texar.

Este no respondió. Sus ojos no cesaban un punto de observar hacia la parte inferior del curso del río, la línea del horizonte, cerrada por la línea de embarcaciones que los sudistas habían colocado a través del San Juan para impedir el paso. Media milla más abajo, se divisaban los mástiles y las chimeneas de los cañoneros del comandante Stevens. Una espesa humareda se elevaba por encima de ellos, y empujada por el viento que empezaba a tomar fuerza, iba a esparcirse sobre Jacksonville. Evidentemente, Stevens aprovechaba la mayor fuerza de la marea y hacía esfuerzos por pasar, aumentando sus fuegos hasta hacer saltar las calderas. ¿Lo conseguiría? ¿Encontraría bastante agua en los sitios de menos fondo, aun cuando fuese arañando la quilla de sus cañoneros? Motivo había en aquel espectáculo para provocar una violenta emoción en toda la multitud reunida sobre la ribera del San Juan.

Y las discusiones continuaban con más animación a cada momento, según lo que unos creían ver y lo que otros no veían.

- Han avanzado una distancia de medio cable.

- No, no se han movido de su sitio; parece que sus anclas están clavadas en el fondo.

- Allí hay uno que hace evoluciones.
- Sí, pero se presenta de costado y cabecea porque le falta el agua.
- ¡Qué humareda!
- Aunque quemén todo el carbón de los Estados Unidos no pasarán de ahí.
- Y mucho menos ahora que la marea comienza a bajar.
- ¡Hurra por el Sur...!
- ¡Hurra...!

Esta tentativa hecha por la flotilla duró diez minutos aproximadamente, diez minutos que parecieron años a Texar, a sus partidarios y a todos aquellos cuya vida y cuya libertad estarían comprometidas si los federales se hacían dueños de Jacksonville. No sabía de cierto a qué atenerse, pues la distancia, en realidad, era demasiado grande para que se pudiesen observar fácilmente las maniobras de los cañoneros. ¿El canal estaba franqueado, o iba a serlo a despecho de los hurras prematuros que lanzaba aquella desenfundada multitud? Aligerándose de todo peso inútil, haciendo por este medio elevarse las líneas de flotación, ¿no podría conseguir el comandante Stevens ganar el poco espacio que le faltaba para encontrar un sitio en que las aguas fuesen más profundas, y emprender una navegación fácil hasta la altura del puerto? Esto era, indudablemente, de temer por los sudistas, en tanto que durase la marea alta.

Verdad es que, según habían observado algunos, la marea empezaba a bajar, y si esto continuaba, el nivel de las aguas del San Juan descendería muy rápidamente.

De improviso, todos los brazos se extendieron hacia un punto de la parte inferior del río, y este grito dominó todos los otros.

- ¡Una lancha! ¡Una lancha! ¡Una lancha!

En efecto, una ligera embarcación se dejaba ver cerca de la ribera izquierda, donde la corriente del flujo se hacía sentir todavía, en tanto que el reflujo iba cobrando fuerzas hacia el centro del canal.

Esta embarcación, conducida a fuerza de remos, avanzaba rápidamente. En la popa se divisaba un oficial que llevaba el uniforme de las milicias floridianas. Bien pronto ganó el pie de la estacada y subió rápidamente las gradas de la escalinata lateral, empotrada en el muelle. Después, habiendo visto a Texar, se dirigió hacia él por en medio de los grupos que se amontonaban por verle y oírle.

- ¿Qué hay? -preguntó Texar.
- No hay nada ni habrá nada -respondió el oficial.
- ¿Quién os envía?
- El jefe de nuestras embarcaciones, las cuales no tardarán mucho en replegarse hacia el puerto.
- ¿Y por qué?

- Porque los cañoneros han intentado vanamente franquear la barra a pesar de que se han aligerado y han forzado el vapor. En adelante, ya no tenemos nada que temer, por ese lado al menos.

- ¿De esta manera? -preguntó Texar.

- Ni de ninguna otra, al menos de aquí a algunos meses.

- ¡Hurra! ¡Hurra!

Estos gritos llenaron por todas partes la ciudad; y a la vez que los revoltosos aclamaban una vez más a Texar como al hombre en el cual encamaban todos sus detestables instintos, las gentes sensatas quedaron aterradas al pensar que durante muchos días aún, iban a sufrir la dominación terrorífica del comité y de su jefe.

El oficial había dicho la verdad; a partir de aquel día el mar iría bajando poco a poco y la marea conduciría una cantidad de agua mucho más pequeña cada vez, al cauce del San Juan. Esta marea del 12 de marzo había sido una de las más fuertes del año, y había de pasar un intervalo de varios meses antes que el curso del río volviese a alcanzar el mismo nivel. El canal volvía a ser infranqueable, y, por consiguiente, Jacksonville escapaba a los fuegos del comandante Stevens. Esto era la prolongación de los poderes de Texar y la certidumbre para este hombre terrible de llevar a cabo hasta lo último su obra de venganza.

Aun admitiendo que el general Sherman quisiera hacer ocupar a Jacksonville por las tropas del general Wright, desembarcadas en Fernandina, esta marcha debía durar algún tiempo. Por eso, en lo que concernía a James Burbank y su hijo, como su ejecución estaba fijada para el día siguiente a primera hora, nada podía salvarles.

La noticia llevada por el oficial se esparció en un instante por todos los alrededores. Fácilmente puede comprenderse el efecto que produjo sobre aquella desencadenada porción del populacho. Las orgías y los escándalos volvieron a reanudarse con más animación que antes. Las gentes honradas estaban siempre temerosas, pues comprendían que se hallaban expuestas a los más abominables excesos. Así es que la mayor parte de ellas se preparaban a salir de una ciudad que, como Jacksonville, no les ofrecía seguridad alguna.

Los hurras y las vociferaciones llegaron hasta los prisioneros, haciéndoles comprender que toda esperanza de salvación acababa de desvanecerse. También llegaron a la casa de Harvey, lo cual, como se comprende fácilmente, fue causa de una gran desesperación para Stannard y su hija.

¿Qué es lo que iban a intentar ya, ni a qué medios podían recurrir para salvar a James Burbank y a su hijo? ¿Tratar de corromper al guardián de la prisión? ¿Provocar a precio de oro la huida de los condenados? Esto era

imposible, puesto que ni ellos mismos podían salir de la habitación en la cual habían encontrado refugio. Como hemos dicho, una compañía de la milicia la rodeaba y no la perdía de vista, y sus imprecaciones resonaban incesantemente delante de la puerta.

Por fin se hizo de noche. El tiempo, cuyo cambio Sé presentía desde algunos días antes, se había modificado sensiblemente. El viento, después de haber soplado desde la tierra al mar, había cambiado bruscamente hacia el Nordeste. Ya las nubes, amontonándose en grandes masas grises, o desgarrándose en jirones que no tenían ni siquiera el tiempo de resolverse en lluvia, corrían a lo largo con una extrema velocidad y se aplanaban casi al ras del mar. Una ¡fragata de primera clase hubiera llegado ciertamente con el extremo de sus altos mástiles hasta aquel conjunto de vapores condensados, que tanto se aplanaban en medio de aquellas zonas bajas. El barómetro había descendido rápidamente hasta los grados que indican tempestad. Todos los síntomas que se presentaban eran los de un huracán, nacido allá en los lejanos horizontes del Atlántico. Con la llegada de la noche, que invadía el espacio, este huracán no tardó en desencadenarse con una violencia extraordinaria.

Por efecto de su orientación, fácilmente se comprende que recorrió de lleno a través de toda la cuenca del San Juan. Su soplo gigantesco levantaba las aguas de la embocadura del río hasta formar una montaña, y luego las rechazaba formando barras a la manera de las que se forman en las crecidas de los grandes ríos, cuyas altas olas destruyen todas las propiedades ribereñas.

Durante esta noche de tormenta, Jacksonville se vio también barrida por el viento, con espantosa violencia. Un trozo de la estacada del puerto cedió a los golpes de la resaca, lanzada contra sus pilotes. Las aguas cubrieron una gran parte de los muelles, y contra éstos se estrellaron varias embarcaciones, cuyas amarras quedaron quebradas como hilos. Era imposible permanecer en las calles ni en las plazas, obstruidas como estaban por materiales de toda especie. El populacho se refugió en las tabernas, donde los gatzates no perdieron nada y sus aullidos escandalosos lucharon, no sin ventaja, contra el estruendo de la tempestad.

Pero no fue solamente en la superficie del suelo donde este golpe de viento ejerció sus destrozos. A través del lecho del San Juan, la desnivelación de las aguas provocó una ola gigantesca, tanto más violenta cuanto superaba diez veces las ordinarias del río. Las chalupas ancladas delante de la barra fueron sorprendidas por esta montaña de agua, antes de darles tiempo para buscar refugio en el puerto. Sus anclas saltaron, y sus amarras se rompieron. La marea de la noche, por el fuerte empuje del viento, las arrastró irresistiblemente hacia la parte superior del río. Algunas se estrellaron contra los pilotes de los muelles,



en tanto que otras, arrastradas más allá de Jacksonville, iban a perderse entre los islotes o los recodos del San Juan, a algunas millas más abajo. Gran número de marineros que las tripulaban perdieron la vida en este desastre, cuya repentina presencia había hecho imposible todas las medidas que se suelen tomar en semejantes circunstancias, siempre inesperadas.

En cuanto a los cañoneros del comandante Stevens, ¿qué había sido de ellos? ¿Habían aparejado y forzado la máquina para buscar un abrigo en las bahías de la parte inferior del río? ¿Habrían logrado, gracias a esa maniobra, escapar a una destrucción completa? En todo caso, sea que hubiesen tomado el partido de descender hacia las bocas del San Juan, sea que se hubiesen sostenido con sólo sus anclas, Jacksonville no debía temerlos ya, puesto que la barra les oponía un obstáculo más infranqueable que antes.

Todo el valle del San Juan estuvo envuelto durante aquella noche en una oscuridad negra y profunda, en tanto que el aire y el agua se confundían, como si alguna acción química hubiese intentado combinarlos en un solo elemento. Fue aquél uno de los cataclismos que se ven con bastante frecuencia en las épocas de los equinoccios; pero cuya violencia sobrepujaba a la de todos los que el territorio de Florida había sufrido hasta entonces.

Mas, precisamente en razón de su fuerza, este meteoro no duró más que algunas horas. Antes de la salida del sol, los vacíos que habían quedado en el espacio fueron rápidamente colmados por el formidable llamamiento del aire, y el huracán fue a perderse por encima del golfo de México, después de haber herido con su último golpe la península floridiana.

Hacia las cuatro de la mañana, con las primeras luces del día que blanquearon un horizonte limpio por la gran barredera de la noche, una calma tranquila había sucedido a las turbaciones de los elementos. Entonces el populacho empezó a esparcirse por las calles, que antes se había visto obligado a abandonar para guarecerse en las tabernas. La milicia volvió a situarse en los puestos de que antes había desertado. Todo el mundo se ocupó, en lo que era posible, en proceder a la reparación de los destrozos causados por la tempestad.

Estos, en particular a lo largo de los muelles de la ciudad, no dejaban de ser considerables, pues había estacadas rotas, lanchas desamparadas, embarcaciones deshechas, que la marea descendente conducía de nuevo desde las altas regiones del río.

Una niebla muy espesa se había extendido sobre el lecho mismo del San Juan y se iba elevando poco a poco hasta las altas zonas, enfriadas por la tempestad. A las cinco de la mañana, el canal no estaba visible en su parte central, y no podría estarlo hasta el momento en que la niebla fuera disipada a impulsos de los rayos del sol.

De repente, un poco después de las cinco, unos formidables estampidos agujerearon las espesas brumas. No había medio de engañarse; aquello no eran los prolongados rugidos del trueno, sino las detonaciones estridentes de la artillería. Varios silbidos característicos se oían a través del espacio. Un grito de espanto se escapó de todo este público, milicia y populacho, que se había dirigido al puerto.

Al mismo tiempo, bajo estas detonaciones repetidas, la niebla comenzaba a disiparse. Sus masas, iluminadas por el fuego de los cañones, se desprendieron de la superficie del río.

Los cañoneros de Stevens estaban allí, anclados delante de Jacksonville, hacia la cual enfilaban sus cañones directamente.

- ¡Los cañoneros! ¡Los cañoneros!

Estas palabras, repetidas de boca en boca, recorrieron bien pronto la ciudad hasta los arrabales más extremos. En algunos minutos, la población honrada, con una satisfacción extrema, y el populacho con un terrible espanto, supieron que la flotilla era dueña del San Juan. Si no se rendían inmediatamente, la ciudad sería destruida.

¿Qué es lo que había pasado? ¿Habían encontrado los nordistas una ayuda en la tempestad? Sí; los cañoneros no habían ido a buscar refugio hacia las bahías inferiores de la desembocadura. A pesar de la violencia de las olas y del viento, habían permanecido firmes en el sitio en que estaban. Mientras que sus adversarios se alejaban con las chalupas, el comandante Stevens y sus cañoneros habían resistido el huracán, aun a riesgo de perderse, con tal de intentar el paso que las circunstancias habían hecho practicable. En efecto, el huracán que empujaba las aguas a todo lo largo de la cuenca del río, acababa de elevar su nivel a una altura anormal, y los cañoneros se habían lanzado a través de los pasos. Entonces, forzando el vapor, y aunque las quillas arañasen el fondo de la arena, los cañoneros habían podido franquear la barra.

Hacia las cuatro de la mañana, el comandante Stevens, maniobrando en medio de las tinieblas, dedujo que debía de estar a la altura de Jacksonville. Entonces arrojó las anclas y se decidió a esperar. Después, en el momento oportuno, había desgarrado las brumas con las detonaciones de sus cañones más gruesos, y había lanzado sus primeros proyectiles sobre la ribera izquierda del San Juan.

El efecto fue instantáneo. En algunos minutos la milicia había evacuado la ciudad, siguiendo el ejemplo en las tropas sudistas, tanto en Fernandina como en San Agustín. Stevens, viendo los barrios desiertos, comenzó casi en seguida a moderar el fuego, pues su intención no era destruir Jacksonville, sino ocuparla y someterla. Al poco tiempo una bandera blanca ondeaba en lo alto de la cúpula

del Palacio de Justicia.

Fácilmente se comprenderá con qué angustia habían sido escuchados estos primeros cañonazos en casa de Harvey. La ciudad era seguramente atacada; luego este ataque no podía venir más que de los federales, sea que éstos hubiesen remontado el San Juan, o sea que se hubieran aproximado por el norte de Florida. ¿Era, por fin, aquélla la casualidad inesperada, la única que podía salvar a James y a Gilbert Burbank?

Harvey y Alicia se precipitaron hacia la puerta de la casa. Las gentes de Texar que la guardaban habían emprendido la fuga y marchaban a reunirse con las milicias hacia el interior del condado.

Harvey y la joven se dirigieron en seguida hacia el puerto. La niebla se había disipado y se descubría el río hasta los últimos límites de la ribera derecha.

Los cañoneros cesaron de hacer fuego, pues visiblemente se comprendía que Jacksonville renunciaba a hacer resistencia.

En este momento, varias lanchas atracaron a la estacada, y desembarcaron un destacamento de federales, armados de fusiles, revólveres y hachas.

De repente, un agudo grito se dejó oír entre los marineros que venían mandados por un oficial; el hombre que acababa de lanzar este grito se precipitó al encuentro de Alicia.

- ¡Mars, Mars! -dijo la joven, estupefacta de encontrarse en presencia del marido de Zermah, a quien se creía ahogado en las aguas del San Juan.

- ¡Gilbert, Gilbert! -respondió Mars-; ¿dónde está Mr. Gilbert?

- ¡Prisionero con Mr. Burbank! Salvadle, Mars, salvadle, y salvad a su padre.

- ¡A la prisión! -gritó Mars, volviéndose hacia sus compañeros, a los cuales arrastró consigo.

Y todos se apresuraron a correr para impedir que se cometiera el último crimen por orden de Texar.

Harvey y Alicia les siguieron.

Como se ve, Mars, después de haberse arrojado al fondo del río, había podido salvar los remolinos de la barra. Sí, y por prudencia, el valeroso mestizo se había guardado bien de hacer saber en Castle-House que estaba sano y salvo. Ir a buscar allí asilo hubiera sido comprometer su propia seguridad, y era preciso que el quedase libre para llevar a cabo su obra. Así es que, habiendo podido ganar a nado la orilla derecha, logró, escurriéndose por entre las cañas, descender hasta encontrarse frente a la flotilla. Allí, observando sus señales, le había recogido una lancha que le llevó a bordo del cañonero que mandaba el comandante Stevens. Este fue en seguida puesto al corriente de la situación, y ante el peligro inminente que amenazaba a Gilbert, todos sus esfuerzos se

dirigieron a remontar el canal. Hasta entonces, ya se sabe que habían sido infructuosos, y la operación iba a ser abandonada, cuando durante la noche el huracán vino a elevar el nivel de las aguas. Sin embargo, sin una gran práctica en atravesar aquellos pasos difíciles, la flotilla hubiera todavía corrido el peligro de encallar en el fondo del río. Felizmente, Mars estaba allí. Este había conducido diestramente su cañonero, cuya dirección siguieron todos los demás, a pesar del desencadenamiento de la tempestad. De este modo, antes que la niebla hubiera llenado por completo el valle del San Juan ya estaban los cañoneros anclados delante de la ciudad, la cual tenían bajo sus fuegos.

Ya era tiempo, pues los dos condenados debían ser pasados por las armas a primera hora de la mañana. Pero no tenían nada que temer. Los magistrados de Jacksonville habían recobrado su autoridad, usurpada por Texar, y en el momento en que Mars y sus compañeros llegaban delante de la prisión, James y Gilbert Burbank salían de ella en libertad.

En un instante el joven teniente había estrechado a Alicia sobre su corazón, en tanto que Stannard y James Burbank caían también el uno en brazos del otro.

- ¿Y mi madre? -preguntó Gilbert en seguida.

- Vive, vive -respondió Alicia.

- Está bien; pues entonces, a Castle-House -gritó Gilbert-. A Castle-House.

- Primero es preciso que se haga justicia -respondió James Burbank.

Mars había comprendido a su amo. Inmediatamente se dirigió hacia la plaza del Palacio de Justicia con intención de encontrar allí a Texar.

¿Habría éste emprendido la fuga, a fin de librarse de las represalias? ¿No se habría sustraído a la vindicta pública, con todos los que se habían comprometido como él en este período? ¿Seguiría ya a los soldados de la milicia que marchaban en retirada hacia las regiones bajas del condado?

Esto debía y podía creerse.

Mas sin esperar la intervención de los federales, gran número de habitantes de Jacksonville se habían precipitado hacia el Palacio de Justicia. Texar, detenido en el momento en que se disponía a emprender la fuga, estaba guardado con centinelas de vista. Por otra parte, parecía haberse resignado bastante fácilmente con su suerte.

Sin embargo, cuando se encontró en presencia de Mars, comprendió que su vida estaba amenazada.

En efecto, el mestizo, al verle, se había arrojado sobre él. A pesar de los esfuerzos de los que le guardaban, le había cogido por la garganta y le estrangulaba, cuando James y Gilbert Burbank aparecieron.

- ¡No, no, vivo! -gritó James Burbank-. Es preciso que viva, es preciso que hable.

- Sí, es preciso, tienen razón -respondió Mars.

Algunos instantes más tarde, Texar era encerrado en la misma celda en que sus víctimas habían esperado la hora de la ejecución.

## capítulo V

### *TOMA DE POSESION*

Los federales eran al fin dueños de Jacksonville, y en consecuencia, dueños del San Juan. Las tropas de desembarco, conducidas por el comandante Stevens, ocuparon en seguida los principales puntos de la ciudad. Las autoridades usurpadoras habían emprendido la fuga. Del antiguo comité, sólo Texar había caído entre sus manos.

Por otra parte, fuese cansancio por las exacciones cometidas durante los últimos días, o quizás indiferencia en lo relativo a la cuestión de la esclavitud, que el Norte y el Sur procuraban resolver por las armas, los habitantes de Jacksonville no hicieron mala acogida a los oficiales de la flotilla que representaba al Gobierno de Washington.

Durante este tiempo, el comodoro Dupont, establecido en San Agustín, se ocupaba en poner el litoral floridiano al abrigo del contrabando de guerra. Los pasos de Mosquito-Inlet fueron inmediatamente cerrados. Esta medida cortó por completo el comercio de armas y de municiones que se hacía con las Lucayas y con las islas inglesas de Bahama. Se puede, por consiguiente, decir que, a partir de este momento, el Estado de Florida quedó para siempre bajo la autoridad federal.

Aquel mismo día, James y Gilbert Burbank, Stannard y Alicia rebasaban el San Juan para entrar de nuevo en Camdless-Bay.

Perry y los subcapataces les esperaban a la entrada del pequeño puerto, acompañados de algunos de los negros que habían ido volviendo a la plantación. Fácilmente se imaginará qué recepción les fue hecha, y con qué demostraciones de alegría les acogerían.

Un instante después, James Burbank y su hijo, Stannard y Alicia estaban a la cabecera del lecho de la señora Burbank.

Al mismo tiempo que contemplaba a su hijo, la enferma se enteraba de todo lo que había pasado. El joven oficial la estrechaba entre sus brazos. Mars le besaba las manos. Ya no se separarían de ella. Alicia podría ofrecerle sus

cuidados y así recobraría pronto sus fuerzas. En adelante ya no habría que temer nada de las viles maquinaciones de Texar, ni de los infames que éste había asociado a sus venganzas. Texar estaba entre sus manos, y los federales eran dueños de Jacksonville y de su vida.

Sin embargo, si la mujer de James Burbank, si la madre de Gilbert no tenía nada ya que temer por su marido y por su hijo, todo su pensamiento iba entonces a dirigirse a su hija pequeña secuestrada. Le era precisa Dy, como a Mars le era precisa Zermah.

- ¡Nosotros las encontraremos! -gritó James Burbank-. Mars y Gilbert nos acompañarán en nuestras pesquisas.

- Sí, padre mío, sí; y sin perder un solo día -respondió el joven teniente.

- Puesto que tenemos a Texar -replicó Burbank-, será preciso que hable.

- ¿Y si rehúsa hablar? -preguntó Stannard-. ¿Y si este hombre pretende que él no tiene que ver nada con el secuestro de Dy y de Zermah?

- ¿Y cómo podrá decir eso? -exclamó Gilbert-. ¿No le ha reconocido Zermah en la Bahía Marino? No han escuchado Alicia y mi madre el nombre de Texar que Zermah pronunciaba a gritos en el momento en que la embarcación se alejaba? ¿Se puede dudar de que él sea el autor del secuestro, y de que lo haya efectuado personalmente?

- ¡Era él, era él! -respondió la señora Burbank, que se irguió como si hubiera querido arrojarle fuera del lecho.

- Sí -añadió Alicia-; yo le reconocí perfectamente. Estaba en pie en la popa de su embarcación, que se dirigía hacia el centro del río.

- Sea -dijo Stannard-; convenimos en que era Texar. No hay duda posible; pero a pesar de todo, si se niega a decir en qué sitio han sido ocultadas Dy y Zermah por orden suya, ¿adónde iremos a buscarlas, puesto que hemos registrado ya vanamente las orillas del río en una extensión de varias millas?

A esta pregunta, tan claramente expresada, no podía darse ninguna respuesta. Todo dependía de lo que Texar tuviese a bien decir. En qué estaría su interés: ¿en hablar o en callarse?

- ¿De modo que no se sabe dónde habita ordinariamente ese miserable? -preguntó Gilbert.

- No se sabe, ni se ha sabido jamás -respondió James Burbank-. En el sur del condado hay bosques tan extensos y tantos terrenos pantanosos inaccesibles donde ocultarse, que en vano intentaría explorar todo éste país, en el cual los mismos federales no podrán perseguir a las milicias que se retiran. Esto sería trabajo perdido.

- ¡Yo necesito mi hija! -exclamó la señora Burbank, a la cual su marido trataba en vano de contener.

- ¡Mi mujer, yo quiero mi mujer! -exclamaba Mars-; y yo obligaré bien pronto a ese pillo a decir dónde está.

- Sí -replicó James Burbank-. Cuando ese hombre vea que le va en ello la vida y que puede salvarla hablando, no dudará en hablar. Si él hubiera huido, podíamos desesperar de encontrarlas; pero estando entre las manos de los federales, ya le arrancaremos su secreto. Ten confianza, pobre mujer mía; todos estamos contigo, y entre todos te devolveremos tu hija.

La señora Burbank, aniquilada por el sufrimiento, había caído de nuevo sobre la almohada. Alicia, no queriendo abandonarla, permaneció a su lado, mientras que Stannard, James Burbank, Gilbert y Mars bajaban al salón para conferenciar allí con Edward Carrol.

Entre todos se convino lo siguiente: antes de decidirse a obrar, dejarían a los federales el tiempo necesario para organizar la toma de posesión. Por otra parte, era necesario que el comodoro Dupont fuese informado de los sucesos relativos, no solamente a Jacksonville, sino también a Camdless-Bay. Acaso conviniera que Texar fuese entregado con preferencia a la justicia militar. Si así sucedía, el proceso no podría ser entablado sino mediante diligencias del comandante en jefe de la expedición a Florida.

Sin embargo, Gilbert y Mars no quisieron dejar pasar el fin de esta semana ni la siguiente sin comenzar sus investigaciones. Mientras que James Burbank, Stannard y Edward Carrol iban a hacer las primeras gestiones, ellos quisieron recorrer el San Juan, con la esperanza de que acaso pudieran recoger algún indicio.

¿No podían temer, en efecto, que Texar rehusase hablar? ¿Que, llevado de su odio, llegase hasta preferir sufrir el último castigo antes que devolver sus víctimas? Era preciso poder pasarse sin él. Importaba, por consiguiente, descubrir en qué sitio habitaba de ordinario. Pero esto fue en vano. Nadie sabía nada de la Bahía Negra. Se creía esta laguna absolutamente inaccesible. Así es que Gilbert y Mars pasaron varias veces por delante de ella sin descubrir la estrecha abertura que hubiera podido dar acceso a su ligera embarcación.

Durante el día 13 de marzo, no aconteció ningún incidente que modificara tal estado de cosas; en Camdless-Bay la reorganización del dominio se efectuaba poco a poco. De todos los rincones del territorio de los bosques vecinos por donde habían sido obligados a dispersarse, los negros volvían en gran número. Declarados libres por el acto generoso de James Burbank, no se consideraban por eso desligados de toda obligación para con él. Si ya no eran sus esclavos, serían por lo menos sus servidores. Todos tenían prisa de volver a la plantación, de reconstruir en ella sus barracones, destruidos por la banda de Texar, de reedificar las fábricas, restaurar los talleres, y en fin, de reanudar los trabajos a



los cuales, desde hacía tantos años, debían el bienestar y la felicidad de sus familias.

Se comenzó por reorganizar el servicio de la plantación. Edward Carrol, casi curado de su herida, pudo dedicarse de nuevo a sus ocupaciones habituales. Hubo mucho celo por parte de Perry y de los subcapataces. No había nadie, incluso Pig, que no se diese prisa al trabajo, si bien éste no hacía gran cosa. El pobre tonto había olvidado un poco de sus ideas pasadas, aunque se decía y obraba como un emancipado platónico, que se veía muy embarazado para utilizar la libertad de que tenía tanto derecho de gozar. En resumen, cuando todo el personal hubiese vuelto a Camdless-Bay, cuando hubieran reedificado los edificios destruidos, la plantación no tardaría en volver a tomar su aspecto habitual. Cualquiera que fuese el resultado de la guerra de secesión, habría motivos para creer que se aseguraría el orden y la tranquilidad en adelante a los principales colonos de Florida.

En Jacksonville se había restablecido el orden por completo. Los federales no habían intentado siquiera inmiscuirse en la administración municipal. Se habían cuidado exclusivamente de ocupar con sus fuerzas la ciudad, dejando a los antiguos magistrados la autoridad que un tumulto popular les había arrebatado durante algunas semanas.

Para ellos bastaba que el pabellón estrellado de los Estados Unidos flotase sobre los edificios. Precisamente porque la mayoría de los habitantes se mostraba bastante indiferente en la cuestión que dividía a los Estados Unidos, esta misma población no mostraba gran repugnancia a someterse al partido victorioso. La causa unionista no debía encontrar ningún adversario en los distritos de Florida.

Se comprendía perfectamente que la doctrina esclavista tan querida de los Estados del Sur, en Georgia y las Carolinas, no sería sostenida en Florida con el ardor habitual de los separatistas, aun en el caso mismo de que el Gobierno federal retirase sus tropas.

Entretanto, veamos cuáles eran en esta época los hechos de armas acaecidos en la guerra de que la América del Norte era todavía teatro.

Los confederados, a fin de apoyar el ejército de Beauregard, habían enviado sus cañoneros, a las órdenes del comodoro Hollins, que acababa de tomar posesión en el Mississippi, entre Nueva Madrid y la Isla 10. Allí comenzaba una lucha que el almirante Foote sostenía vigorosamente, con objeto de asegurarse la posesión de la parte alta del curso del río. El mismo día en que Jacksonville caía en poder de Stevens, la artillería federal se ponía en estado y condiciones de contestar a los cañoneros de Hollins.

La suerte debía acabar por favorecer a los nordistas con la toma de la Isla

10 y de Nueva Madrid. Entonces ocuparían todo el centro del Mississippi, en una longitud de doscientos kilómetros teniéndose en cuenta las sinuosidades de la cuenca del río.

Sin embargo, por esta época se manifestaba gran vacilación en los planes del Gobierno federal. El general MacClellan había querido someter sus ideas a un consejo de guerra; y aunque dichos propósitos habían sido aprobados por la mayoría de este consejo, el presidente Lincoln, cediendo a influencias sensibles, puso trabas a su ejecución.

El ejército del Potomac dividióse a fin de asegurar la tranquilidad de Washington. Por fortuna, la victoria del *Monitor* y la huida del *Virginia* acababan de hacer libre la navegación del Chesapeake. Además, la precipitada retirada de los confederados después de la evacuación de Manassas, permitió al ejército transportar sus acantonamientos a esta ciudad. De esta manera estaba resuelta la cuestión del bloqueo sobre el Potomac.

Sin embargo, la política, cuya acción es tan funesta cuando se mezcla en los asuntos militares de un país, iba todavía a producir una decisión perjudicial a los intereses del Norte. Por esta fecha, el general MacClellan estaba relevado de la dirección superior de los ejércitos federales.

Su mando se había reducido exclusivamente a las operaciones del Potomac, y los otros cuerpos de ejército, que obraban independientemente, quedaron bajo la sola dirección del presidente Lincoln.

Esta fue una falta grave. MacClellan se resintió vivamente de la afrenta de una destitución que no había merecido; pero como soldado que conoce su deber, se resignó. Al otro día mismo formaba un plan de campaña, cuyo objetivo era desembarcar sus tropas en la playa del fuerte Monroe. Adoptado este plan por los jefes de los cuerpos, fue aprobado por el Presidente.

El ministro de la Guerra envió sus órdenes a Nueva York, a Filadelfia y a Baltimore, y varios buques de todas clases llegaron en breve al Potomac, a fin de transportar el ejército de MacClellan con su material.

Las amenazas que durante algún tiempo habían hecho temblar a Washington, la capital nordista, iba a sufrirlas a su vez Richmond, la capital de los Estados del Sur.

Tal era la situación de los beligerantes en el momento en que Florida acababa de someterse al general Sherman y al comodoro Dupont. Al mismo tiempo que su escuadra efectuaba el bloqueo de la costa floridiana, se hacían por completo dueños del San Juan, con lo cual aseguraban la completa posesión de la península.

Entretanto, Gilbert y Mars habían explorado inútilmente las riberas y los islotes del río hasta más allá de Picolata. Después de esto, ya no había más

recurso que obrar directamente sobre Texar. Este, desde el día en que las puertas de la prisión se habían cerrado para él, no había podido tener relación ninguna con sus cómplices, y en consecuencia, la pequeña Dy y Zermah debían encontrarse todavía en el mismo sitio en que estuvieran antes de la ocupación del San Juan por los federales.

En este momento, el estado de los asuntos de Jacksonville permitía que la justicia siguiese su curso ordinario con respecto a la causa de Texar, si éste rehusaba responder. Sin embargo, antes de llegar a este recurso extremo, podía creerse en que consentiría en hacer algunas indicaciones, aunque fuese a condición de otorgarle la libertad.

El día 14 se resolvió intentar estas gestiones, con la aprobación de las autoridades militares, que la había concedido por adelantado.

La señora Burbank había recobrado sus fuerzas. La vuelta de su hijo; la esperanza de ver bien pronto a su niña; la paz que se había hecho en todo el país; la seguridad, garantizada entonces, que en la plantación de Camdless-Bay se disfrutaba, todo se reunía para darle un poco de aquella energía moral que la había abandonado. Ya no había nada que temer de los partidarios de Texar, que habían aterrorizado a Jacksonville. Las milicias se habían retirado hacia el interior del condado de Putnam. Si más tarde las de San Agustín, después de haber franqueado el río por la parte superior del curso del mismo, intentaban reunirse con ellas a fin de organizar alguna expedición contra las tropas federales, no había en esto sino un peligro muy lejano, del cual no había motivo para preocuparse en tanto que Dupont y Sherman residiesen en Florida.

Quedó, pues, convenido que James y Gilbert Burbank irían aquel mismo día a Jacksonville; pero también irían solos. Edward Carrol, Stannard y Mars permanecerían en la plantación. Alicia no se separaría de la señora Burbank. Por otra parte, el joven oficial y su padre se proponían estar de vuelta por la noche en Castle-House, y ser portadores de alguna feliz nueva. En seguida que Texar hubiera hecho conocer el sitio en que tenía ocultas a Dy y Zermah, se ocuparían de su busca y de su libertad. Algunas horas, un día todo lo más bastaría para esto, sin duda.

En el momento en que James y Gilbert se disponían a partir, Alicia llamó aparte al joven oficial.

- Gilbert -le dijo-; vais a encontraros en presencia del hombre que ha hecho tanto mal a vuestra familia; del miserable que quería enviaros a la muerte a vos y a vuestro padre. Gilbert: ¿me prometéis ser dueño de vos en presencia de Texar?

- ¡Dueño de mí! -exclamó Gilbert, a quien el nombre de Texar había hecho palidecer de rabia.

- Es preciso -replicó Alicia-. Dejándoos dominar por la cólera, no

obtendréis nada de ese hombre. Olvidad toda idea de venganza, para no ver más que una cosa: la salvación de vuestra hermana, que será bien pronto la mía. A esto es preciso sacrificarlo todo, aunque tuvieseis que asegurar a Texar, por vuestra parte, que no tendrá nada que temer en el porvenir.

- ¡Nada! -exclamó Gilbert-. ¡Olvidar que por él ha estado expuesta a morir mi madre, y mi padre a ser fusilado!

- Y vos también, Gilbert -respondió Alicia-; vos, que no creáis ya volverme a ver. Sí; él ha hecho todo eso, y es preciso no recordarlo más. Yo os lo digo, porque temo que Mr. Burbank no pueda dominarse; y si vos no lográis conteneros, vuestra misión no obtendrá resultado. ¡Ah! ¿Por qué se ha decidido que vayáis sin mí a Jacksonville? Puede ser que con suavidad hubiera yo podido obtener...

- ¿Y si ese hombre se niega a responder? -replicó Gilbert, que comprendía la justicia de las recomendaciones de Alicia.

- Si rehúsa, será preciso encargar a los magistrados el cuidado de obligarle. Va en ello su vida; y cuando vea que no puede rescatarla más que hablando, hablará seguramente... Gilbert, es preciso que me prometáis lo que os pido. En nombre de nuestro amor, ¿me hacéis esa promesa?

- Sí, querida Alicia -respondió Gilbert-, sí; a pesar de lo que ese hombre ha hecho, que nos devuelva a mi hermana, y yo lo olvidaré.

- Bien, Gilbert. Acabamos de pasar por terribles pruebas; pero éstas van a concluir... Estos tristes días, durante los cuales hemos sufrido tanto, Dios los convertirá para nosotros en años de felicidad.

Gilbert estrechó la mano de su prometida, la cual no pudo evitar que algunas lágrimas brotasen de sus ojos, y se separaron.

A las diez, James Burbank y su hijo, después de despedirse de sus amigos, se embarcaron en el pequeño puerto de Camdless-Bay.

La travesía del río la hicieron rápidamente. Sin embargo, por una observación hecha por Gilbert, la embarcación, en lugar de dirigirse a Jacksonville, maniobró de manera que fueron a atracar junto al cañonero del comandante Stevens.

Este oficial desempeñaba entonces el cargo de jefe militar de la ciudad. Era, pues, conveniente que James Burbank le hiciera saber los proyectos que le llevaban a Jacksonville. Las comunicaciones de Stevens con las autoridades eran frecuentes. No ignoraba el papel que Texar había desempeñado en la ciudad, desde que sus partidarios habían llegado a ocupar el poder, cuál era su parte de responsabilidad en los sucesos que habían sembrado la ruina y la consternación en Camdless-Bay; por qué y cómo, a la hora en que las milicias se batían en retirada, había él sido detenido y encerrado en la prisión. También sabía que se

había operado una viva reacción contra él; que toda la población honrada de Jacksonville se levantaba para pedir que fuera castigado por sus crímenes.

El comandante Stevens hizo a James y a Gilbert Burbank la acogida cariñosa que merecían. Profesaba al joven oficial una estimación vivísima, habiendo podido apreciar su carácter y su valor desde que Gilbert servía bajo sus órdenes.

Después de la vuelta de Mars a bordo de la flotilla, cuando tuvo noticia de que Gilbert había caído en manos de los sudistas, hubiera querido salvarle a cualquier precio. Pero detenido ante la barra del San Juan, ¿cómo hubiera podido llegar a tiempo?

Ya hemos visto a qué circunstancias se había debido que la flotilla contribuyese con su presencia en Jacksonville a la salvación de Gilbert y de James Burbank.

En breves palabras, Gilbert confirmó al comandante Stevens la historia de lo que había pasado, de lo cual ya le había dado noticias Mars. Si no era dudoso que Texar había asistido personalmente al secuestro llevado a cabo en la Bahía Marino, tampoco lo era el que sólo este hombre era el que podía decir en qué sitio de Florida estaban entonces Dy y Zermah, detenidas por los cómplices de Texar.

La suerte de las secuestradas se encontraba, por consiguiente, en las manos de Texar; esto era, por desgracia, demasiado cierto, y el comandante Stevens dudó un momento en reconocerlo. Así es que quiso dejar a James y a Gilbert Burbank el cuidado de dirigir este asunto como lo creyeran más conveniente, robando de antemano todo cuanto éstos hicieran en pro de la mestiza y de la niña. Si era preciso llegar hasta ofrecer a Texar su libertad en cambio, esta libertad le sería concedida. El comandante saldría garante de esta resolución ante los magistrados de Jacksonville.

James y Gilbert Burbank, encontrándose de este modo con toda la autoridad necesaria para obrar, dieron las gracias a Stevens, el cual les entregó una autorización escrita para que pudieran hablar con Texar, y se hicieron conducir al puerto.

Allí se encontraba Harvey, a quien con antelación había prevenido James Burbank. Los tres se dirigieron en seguida al Palacio de Justicia, donde se dio orden de que las puertas de la prisión les fueran abiertas.

Un fisiólogo no hubiera observado sin interés la figura, o más bien la actitud de Texar desde el momento de su encarcelamiento. Que Texar estuviera sumamente irritado porque la llegada de las tropas federales hubiese puesto término a su situación de primer magistrado de la ciudad; que sintiese haber perdido, con el poder de hacerlo todo de que él gozaba, la facilidad de satisfacer

sus odios personales, y que una tardanza de algunas horas no le hubiera permitido pasar por las armas a James y a Gilbert Burbank, ninguna duda había acerca de ello. Sin embargo, su disgusto no pasaba de ahí. El estar en poder de sus enemigos, prisionero, bajo las más graves acusaciones, con la responsabilidad de todos los hechos de violencia que podían serle tan justamente reprochados, esto le era perfectamente indiferente. De aquí lo extraño y poco explicable de su actitud.

No se inquietaba más que por no haber podido llevar a buen término sus maquinaciones contra la familia Burbank; en cuanto a las consecuencias de su prisión, parecía cuidarse muy poco de ellas.

Esta naturaleza tan enigmática, ¿iba a escapar también a las últimas tentativas que habrían de hacerse para obligarle a pronunciar una sola palabra?

La puerta de la celda se abrió: James y Gilbert Burbank se encontraron en presencia del prisionero.

- ¡Ah! ¡El padre y el hijo! -exclamó Texar al verlos, con el tono jactancioso que le era habitual-. En verdad que debo mucho reconocimiento a los señores federales. Sin ellos no hubiera tenido el honor de vuestra visita. ¿Venís acaso a ofrecerme la gracia que no quisisteis pedir para vosotros?

Este tono era tan provocativo, que James Burbank estuvo a punto de estallar. Su hijo lo contuvo.

- Padre mío -le dijo-, dejadme responder. Texar quiere llevamos a un terreno en el cual no podemos seguirle: al de las recriminaciones. Es inútil volver a hablar del pasado; es del presente del que nos queremos ocupar; sólo del presente.

- ¡Del presente! -exclamó Texar-, o mejor dicho, de la situación presente. Pues me parece que es bien clara. Hace tres días, estabais encerrados en esta celda, de la cual no debíais salir sino para ir a la muerte. Hoy estoy yo en vuestro sitio, y me encuentro mucho mejor que todo cuanto pudierais pensar.

Esta respuesta estaba formulada a propósito para desconcertar a James Burbank y a su hijo, puesto que éstos contaban con ofrecer a Texar su libertad a cambio del secreto relativo al rapto.

- Texar -dijo Gilbert-, escuchadme. Vamos a hablar francamente con vos. Todo cuanto habéis hecho en Jacksonville no nos interesa. Lo que habéis hecho en Camdless-Bay estamos dispuestos a olvidarlo. Una sola cosa nos interesa. Mi hermana y Zermah han desaparecido, mientras que vuestros partidarios invadían la plantación y sitiaban a Castle-House. Lo cierto es que las dos han sido secuestradas.

- ¿Secuestradas? -dijo con intención maligna Texar-. Pues me alegro mucho de saberlo.

- ¡De saberlo! -exclamó James Burbank-. ¿Necesito que me digáis dónde se encuentran?, miserable ¿Os atreveréis a negar...?

- Padre mío -dijo el joven oficial-, conservemos nuestra sangre fría, es preciso. Sí, Texar, este doble secuestro ha tenido lugar durante el ataque de la plantación. ¿Confesáis haber sido vos el autor?

- No tengo nada que responder.

- ¿Rehusaréis decimos adónde han sido conducidas mi hermana y Zermah por orden vuestra?

- Os repito que no tengo nada que responder.

- ¿Ni siquiera si, en cambio de vuestra respuesta, os devolvemos la libertad?

- Yo no tengo necesidad de vosotros para ser libre.

- ¿Y quién os abrirá las puertas de esta prisión? -exclamó James Burbank, a quien tanta fanfarronería ponía fuera de sí, soliviantando su espíritu.

- Los jueces que yo pido.

- Os condenarán sin piedad.

- Entonces yo veré lo que tengo que hacer.

- ¿Es decir, que rehusáis absolutamente responder?

- Sí, rehúso.

- ¿Aun al precio de la libertad que os ofrezco?

- Yo no quiero esa libertad.

- ¿Ni aun al precio de una fortuna que yo me comprometo...?

- No necesito de vuestra fortuna. Y ahora, caballeros, déjenme en paz.

Es preciso convenir en que James y Gilbert Burbank se sintieron completamente desconcertados al ver ponerse de manifiesto tal seguridad y tal aplomo. ¿Sobre qué reposaba? ¿Cómo Texar osaba exponerse a un juicio del cual no podía resultar sino la más grave de las condenas?

Ni la libertad, ni todo el oro que se le ofrecía, habían podido sacar de él una respuesta. ¿Era que el odio inquebrantable que profesaba a la familia Burbank se imponía a su interés? Siempre era el impenetrable personaje que aun en presencia de las más temibles eventualidades no quería disimularse ni ser otra cosa que lo que había sido hasta entonces.

- Venid, padre mío -dijo el joven oficial.

Y arrastró a James Burbank fuera de la prisión. A la puerta encontraron a Harvey, y los tres fueron a dar cuenta al comandante Stevens del nulo éxito de su tentativa.

En este momento una proclama del comodoro Dupont acababa de recibirse a bordo de la flotilla. Iba dirigida a los habitantes de Jacksonville, y en ella se decía que ninguno sería molestado por sus opiniones políticas ni por los hechos que se hubiesen motivado por la resistencia de Florida desde el principio de la

guerra civil.

La sumisión al pabellón estrellado cubría todas las responsabilidades, bajo el punto de vista público y político.

Evidentemente, esta medida, muy prudente por sí misma, tomada siempre en las mismas circunstancias por el presidente Lincoln, no podía tener aplicación a los hechos de orden privado, y en este caso estaba comprendido Texar. Que hubiese usurpado el poder a las autoridades regulares, que lo hubiese ejercido para organizar la resistencia: ¡sea! Esto era una cuestión de nordistas y sudistas de la cual el Gobierno federal quería desentenderse por completo. Pero los atentados hacia las personas, la invasión de Camdless-Bay, dirigida contra un hombre del Norte, la destrucción de su propiedad, el rapto de su hija y de una mujer perteneciente a su personal, éstos eran crímenes que lesionaban el derecho común, y a los cuales debían aplicarse las formalidades ordinarias de la justicia.

Tal fue la opinión del comandante Stevens. Tal fue la del comodoro Dupont, desde el momento en que la queja de James Burbank y las peticiones de procedimiento contra Texar llegaron a su conocimiento.

En consecuencia, el día 15 de marzo se dictó una orden que llevaba a Texar ante el tribunal militar, bajo la doble acusación de pillaje y de rapto.

El acusado debía responder de sus atentados ante el consejo de guerra que se hallaba establecido en San Agustín.



## capítulo VI

### SAN AGUSTIN

Es ésta una de las ciudades más antiguas de América del Norte, pues data del siglo XV. Es la capital del condado de San Juan, el cual, a pesar de lo vasto de su extensión, no cuenta ni siquiera con tres mil habitantes.

De origen español, San Agustín ha permanecido, poco más o menos, como era antes. Elévase en la extremidad de uno de los islotes del litoral. Los buques de guerra o de comercio pueden encontrar un refugio seguro en su puerto, que está bastante bien protegido contra los vientos, incesantemente desencadenados en esta peligrosa costa de Florida. Sin embargo, para penetrar en él es preciso franquear la peligrosa barra que los remolinos de la Gulf-Stream desenvuelven a su entrada.

Las calles de San Agustín son estrechas, como las de todas las poblaciones donde el sol hiere perpendicularmente con sus rayos. Gracias a su disposición y a las brisas marinas que vienen mañana y tarde a refrescar su atmósfera, el clima es muy suave en esta ciudad, que es en los Estados Unidos, lo que en Francia son Niza o Menton, bajo el cielo de Provenza.

Hacia el distrito del puerto y las calles que a él se avecinan, es donde parece que la población ha querido concentrarse. Los arrabales, con algunas de sus casas cubiertas con hojas de palmera y sus chozas miserables, están en un estado de abandono, que sería completo sin los perros, los cerdos y las vacas que vagan libremente por allí.

La ciudad propiamente dicha ofrece un aspecto de estilo muy español. Las casas tienen ventanas con sólidas y fuertes rejas, y en el interior el patio tradicional, rodeado de esbeltas columnas con aleros de fantasía y balcones que parecen retablos de altar. Algunas veces, los domingos o días de fiesta, estas casas parece que vierten su contenido en las calles de la ciudad. Entonces se ve una mezcla rara: señoras, negras, mulatas, indias de sangre mezclada, negros, damas inglesas, *gentlemen*, frailes, beatas y sacerdotes católicos, casi todos con el cigarrillo en la boca, hasta cuándo van al Calvario, iglesia parroquial de San

Agustín, cuyas campanas suenan a todo vuelo, casi sin interrupción, desde la mitad del siglo XVII

No hay que olvidar los mercados, aprovisionados ricamente de legumbres, pescados, aves, cerdos, corderos, que son degollados "*hic et nunc*", a petición de los compradores; huevos, bananas cocidas, fríjoles; en fin, de todos los frutos tropicales, ananas, dátiles, aceitunas, granadas, naranjas, guayabas, melocotones, higos, castañas, todo en buenas condiciones de precio, que hacen la vida agradable y fácil en esa parte del territorio floridiano.

En cuanto al servicio de limpieza de las calles, corre generalmente a cargo no de barrenderos de profesión, sino de bandadas de buitres que la ley protege, prohibiendo matarlos, bajo pena de fuertes multas. Estos lo devoran todo, incluso las serpientes, cuyo número es muy considerable todavía, a pesar de la voracidad de estos preciosos volátiles.

No falta la verdura a este conjunto de casas que constituye el núcleo principal de la ciudad. En el cruce de las calles se encuentran con frecuencia grupos de árboles cuyo ramaje sobrepasa los tejados de las casas, ramaje animado con la incesante garrullería de los papagayos salvajes.

Lo que se ve más a menudo son grandes palmeras que balancean su follaje a impulsos de la brisa, semejantes a los grandes abanicos de las mujeres españolas, o a los pankas indios.

También pueden admirarse allí algunas encinas ceñidas por los bejucos y las glicinas, y ramos de cactus gigantescos, cuyo pie forma una valla impenetrable. Todo esto es alegre y lo sería más todavía si los buitres hicieran más concienzudamente su servicio. Decididamente estos animales no valen lo que las barrederas mecánicas.

No se encuentran en San Agustín más que una o dos fábricas de vapor para aserrar maderas, una fábrica de cigarros y una destilería de trementina. La ciudad, más comercial que industrial, exporta e importa melazas, cereales, algodón, índigo, resinas, maderas de construcción, pescado y sal. En tiempo ordinario, el puerto está bastante animado por la entrada y salida de los buques empleados en el tráfico y en el transporte de viajeros para los diversos puertos del océano y del golfo de México.

En San Agustín tiene la sede uno de los seis tribunales superiores de justicia (Audiencias) que funcionan en Florida. En cuanto a los medios de defensa, no consisten más que en un fuerte, el fuerte Marion, o San Marcos, construido contra las agresiones del interior y los ataques que pudieran hacerse por el exterior. Es una construcción del siglo XVII, al estilo castellano. Vauban o Cormontaigne, sin duda, hubieran hecho poco caso de él; pero se presta mucho a la admiración de los anticuarios y de los arqueólogos, con sus torres, sus viejas

armas y sus viejos morteros, más peligrosos para los que los disparan que para aquellos contra quienes se dirigen.

Este fuerte era precisamente el que la guarnición confederada había abandonado tan precipitadamente a la aproximación de la flotilla federal, a pesar de que el Gobierno, algunos años antes de la guerra, lo había hecho más serio y respetable bajo el punto de vista de la defensa. Así fue que, después de la partida de las milicias, los habitantes de San Agustín lo habían entregado voluntariamente al comodoro Dupont, que lo hizo ocupar sin resistencia alguna.

Entretanto, las persecuciones intentadas contra Texar eran ya conocidas en el condado. Parecía que éste debía ser el último acto de la lucha entre este sospechoso personaje y la familia Burbank. El secuestro de la pequeña Dy y de la mestiza Zermah era bastante para apasionar a la opinión pública, que, por otra parte, se pronunciaba vivamente en favor de los colonos de Camdless-Bay.

No ofrecía duda para nadie que Texar era el autor del atentado. Aun para los mismos indiferentes debía ser curioso el ver cómo este hombre saldría del atoladero, y si al fin iba a ser castigado por todos los delitos de que se le acusaba hacía largo tiempo.

La emoción prometía, pues, ser muy considerable en San Agustín. Los propietarios de las plantaciones próximas acudían a la ciudad. La cuestión era de naturaleza a propósito para interesarlos directamente, puesto que uno de los puntos capitales de la acusación se refería a la invasión y al saqueo del dominio de Camdless-Bay. Otros establecimientos habían sido igualmente saqueados por la banda de los sudistas.

Importaba, pues, conocer de qué manera trataría el Gobierno federal estos crímenes de derecho común, perpetrados bajo la bandera separatista.

El principal hotel de San Agustín, City Hotel, había recibido gran número de huéspedes, cuyas simpatías estaban todas al lado de la familia Burbank. Sin embargo, hubiera podido contener mucho mayor número todavía. Nada más apropiado para el uso a que se destinaba que aquel vasto edificio del siglo XVI, antigua vivienda del corregidor, con su puerta principal cubierta de escultura, su ancha sala, la sala de honor, su patio con columnas adornadas de guirnaldas y flores, su terraza, sobre la cual se abren las habitaciones interiores, cuyos techos de madera desaparecen bajo los colores más brillantes de la esmeralda y del amarillo de oro; sus miradores adosados a los muros, según la moda española, sus fuentes bullidoras, sus céspedes, y todo en un vasto recinto, dentro de un patio de elevadas paredes. Era, en resumen, una especie de *caravatisérail* (posada donde pernoctan las caravanas) frecuentado solamente por ricos viajeros.

En este hotel era donde James y Gilbert Burbank, Stannard y su hija,

acompañados de Mars, habían tomado habitación desde la víspera.

Después de su infructuosa visita a la prisión de Jacksonville, James Burbank y su hijo habían vuelto a Castle-House. Al saber que Texar había rehusado responder una sola palabra en lo que hacía referencia a la pequeña Dy y a Zermah, la familia había sentido desvanecerse sus últimas esperanzas. Sin embargo, la noticia de que Texar iba a ser llevado ante el tribunal militar por los hechos relativos a Camdless-Bay, ya fue consuelo para sus augurios. En presencia de una condena, a la cual seguramente no podría escapar, Texar no guardaría tan obstinado silencio, ya que entonces se trataría de rescatar su vida o su libertad.

En este asunto Alicia debía ser el principal testigo de cargo. En efecto, ella se encontraba en la Bahía Marino en el momento en que Zermah pronunciaba el nombre de Texar, y había reconocido perfectamente a éste en la barca que le conducía. La joven se preparó, pues, a partir para San Agustín, y su padre quiso acompañarla, así como a sus amigos James y Gilbert Burbank, citados a petición del fiscal del consejo de guerra. Mars había suplicado también que le dejaran acompañarlos. El marido de Zermah quería estar allí cuando se arrancase a Texar aquel secreto que él solo podía decir. Entonces James Burbank, su hijo y Mars no tendrían más que hacer que ir a rescatar las dos prisioneras de entre las manos de los que por orden de Texar las retenían.

En la tarde del día 16 James Burbank y Gilbert, Stannard, su hija y Mars, se habían despedido de la señora Burbank y de Edward Carrol. Uno de los barcos que hacen el servicio del río San Juan les había tomado a bordo en el puerto de Camdless-Bay, dejándoles después en Picolata. Desde allí, una silla de postas les había conducido por el camino sinuoso abierto a través de los bosques de encinas, cipreses y plátanos que cubren aquella porción del territorio. Antes de medianoche estaban ya instalados en las habitaciones que se les tenían preparadas en el City Hotel.

No se imagine, sin embargo, que Texar había sido abandonado de todos los suyos. Al contrario, contaba con gran número, casi todos conocidos como esclavistas.

Por otra parte, sabiendo que no habían de ser perseguidos por los sucesos de Jacksonville, no habían querido sus compañeros abandonar a su antiguo jefe. Muchos de entre ellos se habían dado cita para aquel día en San Agustín.

Es verdad que no era en el patio del City Hotel donde hubiera sido preciso buscarlos. No faltan en la ciudad tabernas y tiendas, donde las mestizas venden un poco de todo lo que se come, se bebe y se fuma. En aquellos sitios era donde toda aquella gente de baja estofa se reunía y donde no se cansaba de protestar en favor de Texar.

En este momento, el comodoro Dupont no estaba en San Agustín. Se ocupaba entonces de bloquear con su escuadra los pasos del litoral, los cuales trataba de cerrar completamente al contrabando de guerra. Pero las tropas desembarcadas después de la rendición del fuerte de San Marcos custodiaban perfectamente la ciudad. No era, pues, de temer ningún movimiento de los sudistas ni de las milicias, que se batían en retirada, al otro lado del río. Si los partidarios de Texar hubieran querido intentar una sublevación para derrocar a las autoridades de los federales, hubieran sido inmediatamente aplastados.

En cuanto a Texar, uno de los cañoneros del comandante Stevens le había transportado desde Jacksonville a Picolata. Desde este punto a San Agustín había sido conducido con una buena escolta, y después encerrado en uno de los calabozos del fuerte, en donde le hubiera sido imposible escapar si lo hubiese intentado. Por otra parte, como él mismo había pedido sus jueces, era probable que no pensara en tal cosa. Sus partidarios no ignoraban esto. Si era condenado, entonces verían lo que convendría hacer para conseguir su evasión. Hasta entonces, permanecerían tranquilos.

En ausencia del comodoro Dupont desempeñaba las funciones de jefe militar de la ciudad el coronel Gardner. A él debía corresponder también la presidencia del consejo encargado de juzgar a Texar en una de las salas del fuerte Marion.

Este coronel era precisamente el que había asistido a la toma de Fernandina, y el que ordenó que los fugitivos hechos prisioneros en el ataque del tren por el cañonero *Otawa* fuesen detenidos durante cuarenta y ocho horas; circunstancia que es necesario recordar aquí.

El Consejo se reunió en sesión a las once en punto de la mañana. Un público numeroso había invadido la sala de audiencias; allí se encontraban, sin duda, entre los más alborotadores, los amigos y partidarios del acusado.

James y Gilbert Burbank, Stannard, su hija y Mars, ocupaban los puestos reservados a los testigos. Lo que, desde luego se veía con extrañeza, era que no había ninguno por parte de la defensa. Parecía que Texar no se había cuidado de citar a nadie para que ¿declarase en su favor. ¿Había, pues, desdeñado toda declaración que pudiese redundar en su beneficio, o es que se había encontrado en la imposibilidad de hallar uno siquiera? Bien pronto iba a saberse en lo que esto consistía. En todo caso, no parecía que pudiera haber duda posible acerca del resultado del asunto.

Sin embargo, un indefinible presentimiento se había apoderado de James Burbank. ¿No era precisamente en aquella misma ciudad de San Agustín donde él había presentado ya una demanda contra Texar? ¿Y no había sido allí donde éste pudo escapar de las garras de la

justicia inventando una incontestable y extraña coartada? Este mismo recuerdo debía presentarse con seguridad ante la mente del auditorio, pues este primer asunto no hacía aún seis semanas que había acaecido.

Texar, escoltado por dos agentes, apareció en la sala en el momento en que la sesión se declaró abierta. Se le designó el banco de los acusados, y se sentó en él tranquilamente. Parecía que aquel hombre no se turbaba nunca, ni en ninguna circunstancia, ni perdía jamás su impudencia natural. Una sonrisa de desdén para sus jueces, una mirada llena de seguridad para aquellos amigos suyos a quienes reconoció en la sala, y llena de odio cuando la dirigió hacia James Burbank; tal fue su actitud, mientras que el coronel Gardner procedía al interrogatorio.

En presencia del hombre que les había hecho tanto mal y que tanto podía hacerles todavía, James Burbank, Gilbert y Mars tenían que hacer grandes esfuerzos para contenerse.

El interrogatorio comenzó por las formalidades de costumbre, a fin de hacer constar la identidad del detenido.

- ¿Vuestro nombre? -preguntó el coronel Gardner.
- Texar.
- ¿Vuestra edad?
- Treinta y cinco años.
- ¿Dónde vivís?
- En Jacksonville, tienda de Torillo.
- Os pregunto cuál es vuestro domicilio habitual.
- No lo tengo.

James Burbank y sus amigos sintieron latir violentamente su corazón cuando escucharon esta respuesta, hecha con una entonación que denotaba en el acusado la firme voluntad de no dar a conocer el lugar de su residencia.

Y, en efecto, a pesar de la insistencia del presidente, Texar persistió en decir que no tenía un domicilio fijo. Se hizo pasar por un nómada, un habitante de los bosques, un cazador de las inmensas selvas del territorio, que se acostaba en las cavernas y vivía con su fusil y sus reclamos a la ventura.

No se pudo sacar de él otra cosa.

- Sea -respondió el coronel Gardner-; después de todo, poco importa.

- Poco importa, en efecto -respondió descaradamente Texar-. Admitamos si queréis, mi coronel, que mi domicilio es por ahora el fuerte Marión, en San Agustín, donde se me detiene contra todo derecho. ¿De qué soy acusado? ¿Se puede saber? -añadió, como si hubiese querido desde el principio dirigir este interrogatorio.

- Texar -replicó el coronel Gardner-, no estáis acusado por los hechos que han tenido lugar en Jacksonville. Una proclama del comodoro Dupont declara

que el Gobierno no se propone intervenir en las revoluciones locales que han sustituido a las autoridades regulares del condado, con magistrados nuevos, cualesquiera que éstos fuesen. Florida ha entrado ya bajo el pabellón federal y el Gobierno del Norte procederá bien pronto a su nueva organización.

- Pues si no soy perseguido por haber derribado al municipio de Jacksonville, hecho que se llevó a cabo de acuerdo con la mayoría de la población -preguntó Texar-, ¿por qué se me ha traído ante este consejo de guerra?

- Voy a decíroslo, puesto que parece fingís ignorarlo -replicó el coronel Gardner-. Durante el tiempo que vos ejercíais el cargo de primer magistrado de la ciudad, se han cometido en ella varios crímenes de derecho común y se os acusa de haber excitado al partido violento de la población a cometerlos.

- ¿Qué crímenes?

- Primeramente se trata del pillaje de la plantación de Camdless-Bay, sobre la cual cayó una banda de malhechores.

- Y una compañía de soldados, dirigidos por un oficial de la milicia -añadió vivamente el acusado.

- Sea, Texar. Pero ha habido pillaje, incendio y ataque a mano armada contra la casa de un colono, el cual estaba en su derecho de rechazar con la fuerza, como lo hizo, semejante agresión.

- ¿El derecho? -respondió Texar-. El derecho no está de parte del que rehúsa obedecer las órdenes de un comité constituido. James Burbank, puesto que es de él de quien se trata, había dado libertad a sus esclavos, hiriendo con este hecho el sentimiento público, que es esclavista en Florida, como en la mayor parte de los Estados del Sur de la Unión. Este acto podía acarrear graves perturbaciones en las demás plantaciones del país, excitando a los negros a que se sublevaran. El comité de Jacksonville decidió entonces que, en vista de las circunstancias, debía intervenir en el asunto.

»Si no anuló el acta de emancipación, tan imprudentemente llevada a cabo por James Burbank, quiso al menos que los emancipados recientemente fuesen arrojados del territorio. Como James Burbank se negó a obedecer esta orden, el comité se vio obligado a obrar por la fuerza; y ved aquí por qué la milicia, a la cual se unió voluntariamente una parte de la población, ha provocado la dispersión de los antiguos esclavos de Camdless-Bay.

- Texar -respondió el coronel Gardner-, vos explicáis estos actos de violencia bajo un punto de vista que el consejo no puede admitir. James Burbank, nordista de origen, había procedido con toda la plenitud de su derecho dando libertad a su personal; por consiguiente, no hay nada que pueda excusar los excesos de que ha sido teatro su dominio.

- Yo pienso -replicó Texar- que perdería el tiempo inútilmente discutiendo mis opiniones delante del consejo. El comité de Jacksonville creyó prudente hacer lo que hizo. ¿Se me persigue como presidente de este comité, y se pretende hacer recaer sobre mi persona la responsabilidad de sus actos?

- Sí, Texar, sobre vos, que no solamente erais presidente de ese comité, sino que habéis conducido en persona las bandas de malhechores lanzadas sobre Camdless-Bay.

- Probadlo -respondió fríamente Texar-. ¿Hay siquiera un solo testigo que me haya visto en medio de los ciudadanos y de los soldados de la milicia, encargados de hacer ejecutar las órdenes del comité?

Después de esta respuesta, el coronel Gardner concedió la palabra a James Burbank para que hiciese su declaración.

James Burbank contó los hechos que se habían verificado desde el momento en que Texar y sus partidarios habían derribado a las autoridades regulares de Jacksonville, insistiendo principalmente acerca de la actitud del acusado, que había arrojado al populacho contra su dominio.

Sin embargo, a la pregunta que le hizo el coronel Gardner, relativa a la presencia de Texar entre los asaltantes, se vio obligado a responder que no le había visto por sí mismo. Se recordará, en efecto, que John Bruce, el emisario de Harvey, interrogado por James Burbank en el momento en que acababa de penetrar en Castle-House, no había podido decir si Texar se había puesto a la cabeza de aquella horda de malhechores.

- En todo caso, lo que no es dudoso para nadie -añadió James Burbank- es que sobre él recae toda la responsabilidad de este crimen. Él es quien ha provocado a los asaltantes para que invadiesen a Camdless-Bay, y sólo por él ha faltado poco para que mi propia vivienda, entregada a las llamas, no hubiese sido destruida completamente con sus últimos defensores. Sí; su mano está en todo esto, como también vamos a encontrarla bien pronto en otro acto más criminal.

James Burbank guardó silencio entonces. Antes de llegar a lo relativo al secuestro, era conveniente acabar de una vez con la primera parte de la acusación, referente al ataque de Camdless-Bay.

- Es decir -replicó el coronel Gardner, digiriéndose a Texar-, ¿que vos creéis no tener más que una parte de la responsabilidad, que incumbiría toda entera al comité, por la ejecución de sus órdenes?

- Absolutamente.

- ¿Y persistís en sostener que no os hallabais a la cabeza de los asaltantes que han invadido Camdless-Bay?

- Persisto -respondió Texar-. No hay un solo testigo que pueda afirmar que me ha visto. No; no estaba yo entre los valerosos ciudadanos que quisieron hacer



ejecutar las órdenes del comité de Jacksonville.

Y aún añadido más: aquel día estaba yo ausente de la población.

- Sí, eso es muy posible después de todo -replicó James Burbank, que encontró llegado el momento de relacionar la primera parte de la acusación con la segunda.

- Eso es cierto -respondió Texar.

- Pero si no estabais entre los salteadores de Camdless-Bay -replicó James Burbank-, era porque esperabais en la Bahía Marino la ocasión de cometer otro crimen.

- Lo mismo estaba yo en la Bahía Marino -respondió imperturbablemente Texar-, que en medio de los asaltantes, que, lo repito, en la ciudad de Jacksonville aquel día.

No se habrá olvidado que John Bruce había dicho también a James Burbank que si Texar no se encontraba entre los asaltantes, tampoco había aparecido en Jacksonville durante cuarenta y ocho horas, es decir, del día 2 al 4 de marzo.

Esta circunstancia obligó al presidente del consejo de guerra a dirigir la siguiente pregunta:

- Pues si no estabais en Jacksonville aquel día, ¿queréis decimos dónde estabais?

- Ya lo diré cuando sea tiempo -respondió sencillamente Texar-. Me basta por ahora dejar establecido que no he tomado parte personalmente en el asalto de la plantación. Y ahora, coronel, ¿de qué me acusáis todavía?

Texar, con los brazos cruzados, arrojando unas miradas más impúdicas que nunca sobre sus acusadores, parecía desafiarlos.

La acusación no se hizo esperar. Fue el mismo coronel Gardner quien la formuló, y esta vez debía ser difícil responder a ella.

- Si no estabais en Jacksonville -dijo el coronel-, será fundada la creencia de que estabais en la Bahía Marino.

- ¡En la Bahía Marino! ¡Vamos! ¿Qué iba a hacer yo allí?

- Habéis secuestrado o hecho secuestrar a una

Diana Burbank, hija de James Burbank, y a Zermah mujer del mestizo Mars, aquí presente, la cual acompañaba a dicha niña.

- ¡Ah! ¿Es a mí a quien se acusa de este rapto? dijo Texar con una entonación profundamente irónica.

- Sí, a vos -exclamaron a la vez James Burbank, Gilbert y Mars, que no habían podido contenerse.

- ¿Y por qué había de ser yo, y no otro -respondió Texar-, el que llevara a cabo el secuestro?

- Porque sólo vos tenéis interés en cometer ese crimen -respondió el coronel.

- ¿Qué interés?

- El de una venganza ejercida contra la familia Burbank. Más de una vez, ya James Burbank se ha visto obligado a quejarse de vos ante los tribunales. Si por medio de coartadas que invocabais muy a propósito, habéis podido lograr que no se os condene, en cambio habéis manifestado varias veces la intención de vengaros de vuestros acusadores.

- Está bien -respondió Texar-. Que entre James Burbank y yo exista un odio implacable, no lo niego; que yo haya tenido interés en destruirle el corazón haciendo desaparecer a su hija, no lo niego tampoco; que yo lo haya hecho, esto es otra cosa. ¿Hay testigo que me haya visto?

- Sí -respondió el coronel Gardner.

En seguida rogó a Alicia Stannard que tuviese la bondad de hacer su declaración bajo juramento, Alicia refirió entonces lo que había pasado en la Bahía Marino, no sin que la emoción le cortase repetidas veces la palabra. La joven afirmó absolutamente todo relativo al hecho de que se trataba. Al salir del túnel la señora Burbank y ella habían escuchado un nombre, pronunciado por Zermah, y este nombre era el de Texar. Las dos mujeres, después de haber tropezado con los cadáveres de los negros asesinados, se habían precipitado rápidamente hacia la orilla del río. Dos embarcaciones se alejaban de ella en aquel momento; una, en la cual iban las víctimas; otra, en la que se veía a Texar en la popa. Y a la luz de los reflejos que el incendio de los talleres de Camdless-Bay enviaba hasta el San Juan, Alicia había reconocido perfectamente a Texar.

- ¿Lo juráis? -dijo el coronel Gardner.

- Lo juro -respondió la joven.

Después de una declaración tan precisa, no podía quedar la más mínima duda sobre la culpabilidad de Texar; y, sin embargo, James Burbank y sus amigos, lo mismo que todo el auditorio, pudieron observar que el acusado no había perdido nada absolutamente de su audacia habitual.

- Texar, ¿qué tenéis que responder a esta declaración? -preguntó el presidente del consejo.

- Lo siguiente -replicó el acusado-. No tengo, en modo alguno, la intención de acusar a Miss Alicia de falso testimonio; no la acusaré tampoco de ser instrumento de los odios de la familia Burbank al afirmar bajo juramento que yo soy el autor de un secuestro del cual no he oído hablar una sola palabra hasta después de mi detención. Solamente afirmaré que se engaña por completo cuando dice que me ha visto en pie sobre una de las embarcaciones que se alejaban de la Bahía Marino.

- Sin embargo -replicó el coronel Gardner-, si Miss Alicia Stannard puede haberse equivocado acerca de este punto, no puede engañarse cuando dice que

ella misma ha oído a Zermah gritar: «¡A mí, es Texar!»

- Bueno -respondió-, si no es Miss Alicia Stannard la que se ha engañado, es Zermah; ésta es la sola diferencia.

- ¿Cómo Zermah hubiera gritado: ¡es Texar! si no hubierais sido vos el que estuviera presente en el momento del secuestro?

- Pues es preciso que así haya sucedido, puesto que yo no estaba en la embarcación, y ni siquiera he ido a la Bahía Marino.

- Eso es lo que hay que probar.

- Aunque no sea a mí a quien corresponde hacer la prueba, sino a los que me acusan, nada me será más fácil.

- ¡Todavía una coartada! -dijo el coronel Gardner.

- Todavía -respondió Texar, fríamente.

Al oír esta respuesta, se produjo en el público un movimiento de ironía, y se oyó un murmullo de duda, que no era favorable al acusado, ni mucho menos.

- Texar -preguntó el coronel Gardner-, puesto que habláis de una nueva coartada, ¿podéis establecerla?

- Muy fácil -respondió el reo-; y para ello me bastará dirigiros una pregunta, coronel.

- Hablad.

- Coronel Gardner, ¿no mandabais vos las tropas de desembarco en el momento de la toma de Fernandina y del fuerte Clinch por los federales?

- En efecto.

- Entonces no habréis olvidado, sin duda, que un tren, huyendo hacia Cedar-Keys, fue atacado por el cañonero *Ottawa* sobre el puente que une la isla Amelia al continente.

- Es verdad.

- Entonces recordaréis también que habiendo quedado destrozado sobre el puente el vagón de cola de este tren, un destacamento de las tropas federales se apoderó de todos los fugitivos que conducía; y que estos prisioneros, de los cuales se tomó el nombre y señas, no recobraron su libertad sino cuarenta y ocho horas más tarde.

- Es cierto -respondió el coronel Gardner.

- Pues bien, yo estaba entre esos prisioneros.

- ¿Vos?

- Yo.

Un nuevo murmullo, más desaprobador todavía que el primero, acogió esta declaración tan inesperada.

- Por consiguiente -continuó Texar-, puesto que estos prisioneros han estado guardados con centinelas de vista desde el dos al cuatro de marzo y el ataque a la

plantación, como el secuestro de que se me acusa, ha tenido lugar la noche del tres de marzo, es materialmente imposible que yo sea el autor de ninguno de ambos hechos. Luego, Alicia Stannard no puede haber oído a Zermah pronunciar mi nombre, ni puede tampoco haberme visto sobre la embarcación que se alejaba de la Bahía Marino, puesto que en aquel momento estaba yo detenido por autoridades federales.

- ¡Eso es falso! -exclamó James Burbank-. Eso no puede ser.

- Y yo -añadió Miss Alicia-, yo juro que he visto a este hombre; que lo he reconocido.

- Consultad las pruebas -se contentó con responder Texar.

El coronel Gardner hizo buscar entre los documentos puestos a disposición del comodoro Dupont, en San Agustín, la lista de los prisioneros hechos el día de la toma de Fernandina en el tren de Cedar-Keys. Se la trajeron, y no hubo más remedio que convenir en que, en efecto, el nombre de Texar se encontraba allí, con su correspondiente filiación.

Por consiguiente, ya no había duda; Texar no podía ser acusado de aquel rapto. Era imposible que hubiera podido estar aquella noche en la Bahía Marino. Su ausencia de Jacksonville durante cuarenta y ocho horas se explicaba muy naturalmente: estaba entonces prisionero a bordo de uno de los buques de la escuadra.

Una vez más, una indiscutible coartada, apoyada sobre un documento oficial, venía a declarar inocente a Texar del crimen de que se le acusaba. Verdaderamente, era cosa de preguntarse si en las diversas demandas que anteriormente se habían entablado contra él no había habido error manifiesto, como era preciso reconocer entonces que lo había en lo referente al doble asunto de Camdless-Bay y de la Bahía Marino.

James Burbank, Gilbert, Mars y Alicia, quedaron agobiados ante el desenlace de este proceso. Texar se les escapaba una vez más, y con él toda probabilidad de conocer jamás qué había sido de Zermah y de la pequeña Dy.

En presencia de la coartada establecida por el acusado, la sentencia del consejo de guerra no podía ser dudosa. Texar fue absuelto libremente de la demanda entablada contra él acerca de los crímenes de pillaje y secuestro de que se le acusaba. Salió, pues, de la sala de la audiencia con la cabeza erguida, en medio de las aclamaciones entusiastas de sus amigos.

Aquella misma noche Texar había salido de San Agustín, y nadie hubiera podido decir a qué región de Florida se había dirigido para reanudar su misteriosa vida de aventurero.

## capítulo VII

### *ÚLTIMAS PALABRAS Y ÚLTIMO SUSPIRO*

El mismo día 17 de marzo, James y Gilbert Burbank, Stannard y su hija, volvieron con el marido de Zermah a la plantación de Camdless-Bay.

No se pudo ocultar la verdad a la señora Burbank. La desgraciada madre recibió con esta noticia un nuevo golpe, que podía ser mortal en el estado de debilidad en que se encontraba.

Aquella última tentativa para conocer la suerte de su hija no había dado resultado alguno. Texar se había negado a responder. ¿Y cómo se podría haberle obligado a ello, puesto que pretendía no ser el autor del secuestro? Y no solamente lo pretendía, sino que por medio de una coartada, tan inexplicable como las anteriores, probaba que no había podido estar en la Bahía Marino en el momento en que se llevaba a cabo el crimen. Por consiguiente, puesto que había sido absuelto de la acusación lanzada contra él, ya no había medio de darle a escoger entre una pena y una confesión, que hubiese podido poner a la familia Burbank sobre las huellas de las víctimas.

- Mas si no ha sido Texar -repetía Gilbert-, ¿quién es el culpable de este crimen?

- Ha podido muy bien ser ejecutado por gentes suyas y de su confianza, sin que él haya estado presente -dijo Stannard.

- Esa sería la sola explicación posible -replicó Edward Carrol.

- No, padre mío; no, Mr. Carrol -dijo Alicia con firmeza-. Texar estaba en la embarcación que se llevaba a nuestra pobrecita Dy. Yo le he visto y le he conocido perfectamente en el momento en que Zermah pronunciaba su nombre como último llamamiento. ¡Le he visto, le he visto...!

¿Qué responder a esta declaración tan formal y concreta de la joven? No era posible error alguno por su parte; repetía en Castle-House las mismas palabras y con la misma firmeza que las había dicho ante el consejo de guerra. Y, sin embargo, si no se engañaba, ¿cómo Texar podía encontrarse en aquel momento entre los prisioneros de Fernandina, detenidos a bordo de uno de los buques de la

escuadra del comodoro Dupont?

Esto era inexplicable. Sin embargo, aunque cada uno de ellos conservase algún resto de duda, Mars no abriga ninguna. No trataba de comprender lo que le parecía incomprensible. Estaba resuelto a lanzarse tras la pista de Texar, y si llegaba a encontrarle, él se arreglaría para hacerle confesar su secreto, aunque debiera arrancárselo con la tortura. Así se lo indicó al joven teniente.

- Tienes razón, Mars -respondió Gilbert-. Pero estamos obligados por la necesidad a pasarnos sin las revelaciones de ese miserable, puesto que ignoramos lo que ha sido de él. Es preciso reanudar nuestras investigaciones. Yo tengo autorización para permanecer en Camdless-Bay todo el tiempo que sea necesario, y desde mañana...

- Sí, Mr. Gilbert, desde mañana -replicó brevemente Mars.

Y el mestizo se dirigió a su habitación, donde pudo dar libre curso a su dolor, lo mismo que a su cólera.

Al día siguiente Gilbert y Mars hicieron desde bien temprano sus preparativos de marcha. Querían consagrar todo el día a registrar con más cuidado las más pequeñas bahías y los más insignificantes islotes, por la parte superior del río, tomando como punto de partida Camdless-Bay y recorrer las dos riberas del San Juan.

Durante su ausencia, James Burbank y Edward Carrol se ocuparían en tomar las disposiciones necesarias para emprender una campaña más completa. Víveres, municiones, medios de transporte, personal, nada sería olvidado para que dicha expedición pudiera llegar a feliz término. Si era preciso internarse hasta en las regiones salvajes de la Baja Florida, en medio de los pantanos del Sur, o a través de los Everglades, se haría. Era imposible que Texar hubiera dejado tan pronto el territorio floridiano. Además, si se hubiera dirigido hacia el Norte, hubiera tropezado con la barrera de las tropas federales que se estacionaban en la frontera de Georgia; y si había intentado huir por mar, no hubiera podido hacerlo sino intentando atravesar el estrecho de Bahama, a fin de buscar asilo en las Lucayas inglesas. Pero los buques del comodoro Dupont ocupaban los pasos desde Mosquito-Inlet hasta la entrada del estrecho, y las chalupas ejercían un bloqueo efectivo en todo el litoral; por consiguiente, por este lado no se ofrecía ninguna probabilidad de evasión a Texar. Debería, pues, estar en Florida, oculto en un sitio o en otro, y sus víctimas estarían guardadas por el indio Squambo. La expedición proyectada por James Burbank tendría, pues, por objeto buscar sus huellas por todo el territorio de Florida.

Por lo demás, este territorio disfrutaba entonces de una tranquilidad completa, debida a la presencia de las tropas nordistas y a los buques que bloqueaban la costa oriental.

Huelga decir que la misma tranquilidad reinaba en Jacksonville. Los antiguos magistrados habían ocupado de nuevo sus puestos en la municipalidad. Ya no había ciudadanos presos por ser de opiniones contrarias o tibias a esta o a la otra idea, y se había verificado una dispersión total de los partidarios de Texar, los cuales, desde los primeros momentos, habían huido en seguimiento y al amparo de las milicias floridianas.

Además, la guerra de secesión continuaba en el centro de los Estados Unidos, con ventajas marcadas por parte de los federales. El día 18 y el 19 la primera división del ejército de Potomac había desembarcado en el fuerte Monroe; el día 22, la segunda se preparaba a salir de Alejandría para el mismo destino. A pesar del genio militar de J. Jackson «el muro de piedra», iban a ser batidos completamente de allí a algunos días en el combate de Kemstown. No había, pues, actualmente nada que temer en lo relativo a un levantamiento en Florida, que se había mostrado siempre algo indiferente, no señalándose nunca demasiado en aquella lucha de pasiones entre el Norte y el Sur.

En estas condiciones, el personal de Camdless-Bay, dispersado después de la invasión del dominio, había podido volver poco a poco. Desde la toma de Jacksonville, los decretos de Texar y de su comité, relativos a la expulsión de los esclavos emancipados, no tenían ya ningún valor. Por aquella fecha, 17 de marzo, la mayoría de las familias de negros vueltas al dominio, se ocupaban en levantar sus barracones. Al mismo tiempo, una multitud de obreros quitaban los escombros producidos por las ruinas de los talleres y de las fábricas, a fin de restablecer la explotación regular de las propiedades de Camdless-Bay y poder exportar sus productos regularmente. Perry y los subcapataces desplegaban en esto pasmosa actividad, bajo la dirección de Edward Carrol. Si James Burbank dejaba a éste el cuidado de reorganizarlo todo, es porque él se había propuesto desempeñar otra tarea: la de encontrar a su hija.

Así, en previsión de una campaña próxima, se ocupaba de reunir todos los elementos de su expedición. Una docena de negros emancipados, escogidos entre los más útiles de la plantación, fueron designados para acompañarle en sus investigaciones. Bien se podía asegurar que aquellas buenas gentes se dedicarían de todo corazón y con toda su alma al servicio que se les encomendaba.

Quedaba, pues, por decir, de qué modo y por qué sitios había de ser conducida la expedición. Respecto a este punto, eran muchas las dudas que se ofrecían. En efecto, ¿hacia qué parte del territorio debían dirigirse las primeras operaciones? Evidentemente, esta cuestión debía ser la primera que se tratara.

Una circunstancia inesperada, debida únicamente a la casualidad, iba a indicar con cierta precisión qué pista convenía seguir al principio de la campaña.

El día 19, Gilbert y Mars, que habían salido por la mañana de Castle-House,

remontaban rápidamente el San Juan en una de las más ligeras embarcaciones de Camdless-Bay. Ninguno de los negros de la plantación les acompañaba durante estas exploraciones. Querían operar todo lo secretamente que fuese posible, a fin de no despertar las sospechas de los espías que indudablemente vigilarían los alrededores de Castle-House, por orden de Texar.

Aquel día los dos exploradores iban siguiendo todo lo largo de la ribera izquierda del río. Su lancha, Introduciéndose por entre las grandes plantas acuáticas, detrás de los islotes, separados de la tierra firme por la violencia de las aguas en la época de las fuertes mareas del equinoccio, no corría riesgo alguno de ser vista. Ni siquiera hubiera sido visible para las grandes embarcaciones que pasaran por el centro del río, ni aun de la misma orilla, cuya altura la ponía al abrigo de las miradas indiscretas de cualquiera que se hubiera aventurado bajo sus sombrías bóvedas de verdura.

Tratábase aquel día de reconocer las ensenadas y los arroyos menos conocidos que, atravesando los condados de Duval y de Putnam, van a verter sus aguas al San Juan.

Hasta el caserío del Mandarín, el aspecto del río es casi pantanoso. En las mareas altas las aguas se extienden por sus riberas extremadamente bajas, que vuelven a descubrirse a media marea, cuando el decrecimiento de las aguas ha sido lo suficiente para que el San Juan vuelva a su estado normal. Sobre la ribera derecha, sin embargo, el nivel del suelo es un poco más elevado.

Los campos de maíz están allí al abrigo de las inundaciones periódicas, que no hubieran permitido ningún cultivo. Hasta se puede dar el nombre de prado a toda aquella explanada en la cual se elevan las casas que forman el caserío de Mandarín, y que terminan por un cabo proyectado hasta el medio del canal.

Al otro lado, numerosas islas ocupan el lecho del río, más angosto en este sitio. Allí es donde las aguas, reflejando los blancos penachos de los magníficos magnolios, se dividen en tres brazos, creciendo con el flujo y descendiendo con el reflujo; crecimiento y descenso que los bateleros que hacen el servicio en el río pueden aprovechar dos veces cada veinticuatro horas.

Después de haberse introducido por el brazo del Oeste, Gilbert y Mars escudriñaban los menores intersticios de la orilla, buscando si por acaso se abriría alguna desembocadura del río bajo el espeso ramaje de los tulipanes, a fin de seguir todas sus sinuosidades hasta el interior. Por allí no se veían ya los vastos pantanos de la parte baja del río. Eran extensos valles poblados de arbustos arborescentes y de ocozoles, cuyas primeras florecencias, mezcladas con las guirnaldas de serpentarios y de aristoloquias, impregnaban el aire de perfumes penetrantes.

Pero en todos estos diferentes sitios, los arroyos o riachuelos no



presentaban sino muy poca profundidad. Se deslizaban entre la verdura bajo la forma de hilos de agua, impropios hasta para la navegación de un esquife, y la marea baja los dejaba inmediatamente en seco. En sus bordes no se veía ni una sola casa. Apenas algunas chozas de cazadores, vacías entonces, y que no parecían haber estado recientemente ocupadas. Algunas veces, a falta de seres humanos, se hubiera podido creer que diferentes animales habían establecido allí su domicilio habitual.

Aullidos de perros, maullidos de gatos, croar de ranas, silbidos de reptiles, graznidos de zorras, todos estos ruidos variados eran los que primeramente se escuchaban. Sin embargo, no había allí ni ranas, ni zorras, ni gatos, ni perros, ni serpientes; aquéllos no eran más que los gritos de imitación lanzados por el pájaro gato, especie de tordo pardusco, con la cabeza negra y las alas de un rojizo anaranjado, que a la aproximación de la lancha levantaba el vuelo rápidamente.

Eran aproximadamente las tres de la tarde. En este momento, la ligera embarcación tocaba con su proa bajo una sombría bóveda de gigantescas cañas, cuando un violento golpe de remo, manejado por Mars, la hizo franquear una barrera de verdura que tenía el aspecto de ser impenetrable. Más allá se ensanchaba el río formando una especie de golfo de bastante extensión, cuyas aguas, ocultas bajo la espesa bóveda de los tulipanes, no debían ser jamás calentadas por los rayos del sol.

- He aquí un estanque que yo no conocía -dijo Mars, que se ponía en pie en la lancha a fin de observar la disposición de las orillas del otro lado de la laguna.

- Visitémoslo -dijo Gilbert-. Debe comunicar con la serie de lagos abiertos a lo largo de la ribera. Puede ser que estén alimentados por algún río que nos permita subir hasta el interior del territorio.

- En efecto, Mr. Gilbert -respondió Mars-; desde aquí diviso la abertura de un paso hacia el Noroeste del sitio en que estamos.

- ¿Podrías decir el sitio en que nos encontramos? -preguntó el joven oficial.

- A punto fijo, no -respondió Mars-, a menos que no sea esta laguna la que se llama la Bahía Negra. Sin embargo, yo creía, como todas las gentes del país, que era imposible penetrar en ella, por no tener ninguna comunicación con el San Juan.

- ¿No existía antes en esta bahía un fortín construido para defenderse contra los seminolas?

- Sí, Mr. Gilbert; pero desde hace muchos años la entrada de la bahía se ha cerrado por la parte del río, y el fortín ha sido abandonado. Yo no he estado jamás en él, y ahora no deben quedar de este fortín más que ruinas.

- Procuremos llegar a él cuanto antes -dijo Gilbert.

- Procuremos -respondió Mars-, aunque a mi entender será probablemente muy difícil. El agua no tardará en desaparecer, y el suelo pantanoso no será bastante consistente para marchar por él.

- Evidentemente, Mars; en fin, mientras haya agua que nos sostenga, debemos permanecer en la embarcación.

- No perdamos un instante, Mr. Gilbert; ya son las tres de la tarde y la noche vendrá pronto bajo estos sombríos árboles.

Era, en efecto, la Bahía Negra, en la cual Gilbert y Mars acababan de penetrar, gracias al golpe de remo que había lanzado la embarcación a través de la barrera de cañas. Como se sabe, esta laguna no era practicable más que para los ligeros esquifes, semejantes al de que se servía habitualmente Squambo cuando su señor o él se aventuraban en la corriente del San Juan. Por otra parte, para llegar al islote donde estaba el fortín, situado hacia el medio de la bahía, a través del inextricable laberinto de islotes y canales, era preciso estar muy familiarizado con sus mil vueltas y revueltas; y desde hacía largos años nadie se había aventurado por aquellos sitios. Ni siquiera se creía ya en la existencia del fortín. Esto era lo que daba seguridad completa al raro y perverso personaje que había hecho de él su guarida habitual. De aquí el misterio absoluto que rodeaba la existencia privada de Texar.

Hubiera sido preciso el hilo de Ariadna para guiarse por aquel laberinto, siempre oscuro, aun en el momento mismo en que el sol pasaba por el meridiano. Sin embargo, a falta de este hilo, podía suceder que el azar se encargase de descubrir el islote central de la Bahía Negra.

A este guía inconsciente fue al que se vieron obligados a abandonarse Gilbert y Mars. Cuando hubieron atravesado la primera laguna se introdujeron a través de los canales, cuyas aguas subían entonces con la marea creciente, aun en los sitios más estrechos, cuando la navegación parecía practicable. Ambos iban como si hubiesen sido arrastrados por un presentimiento secreto, sin preguntarse de qué manera y por dónde iban luego a volver atrás. Puesto que todo el condado había de ser explorado por ellos, era preciso que no quedase nada en aquella laguna que no fuera objeto de su investigación.

Después de media hora de esfuerzos, según cálculos de Gilbert, la lancha debió haber avanzado lo menos una milla a través de la bahía. Más de una vez, detenidos por algún infranqueable obstáculo, se habían visto obligados a retirarse de un paso para seguir otro. Lo que no ofrecía duda, sin embargo, era que la dirección general que habían seguido había sido hacia el Oeste. Ni el joven oficial ni Mars habían intentado saltar a tierra, cosa que no hubieran podido hacer sin gran dificultad, puesto que el suelo de los islotes apenas estaba más elevado que la altura media del río. Más valía, por tanto, no dejar la ligera

embarcación mientras que la falta de agua no hiciera imposible su marcha.

Sin embargo, Gilbert y Mars no habían logrado recorrer la milla sin esfuerzos. Por muy vigoroso que fuese el mestizo, se vio obligado a descansar unos momentos, pero no quiso hacerlo hasta el instante en que llegaron a un islote más vasto y más elevado que los otros, al cual llegaban unos rayos de luz a través de las espesas ramas de los árboles que cubrían la ribera.

- ¡Qué cosa más singular! -dijo Mars.

- ¿Qué es ello? -preguntó Gilbert.

- Que hay señales de cultivo en este islote -respondió Mars.

Los dos desembarcaron y tomaron tierra en la orilla un poco menos pantanosa.

Mars no se engañaba; las señales de cultivo aparecían en uno y otro lado; el suelo se veía cruzado por cuatro o cinco surcos abiertos por la mano del hombre; una azada abandonada se veía todavía fija en la tierra.

- Luego, ¿está habitada la bahía? -preguntó Gilbert.

- Es preciso creerlo -respondió Mars-; o, por lo menos, es conocida de algunas gentes del país; tal vez algunos indios nómadas que vienen aquí a cultivar sus legumbres.

- Entonces no sería imposible que hubiesen construido aquí habitaciones o cabañas.

- En efecto, Mr. Gilbert, y como haya alguna, nosotros nos arreglaremos para encontrarla.

Como se comprende, los exploradores tenían gran interés en saber qué clase de gentes podían frecuentar la Bahía Negra; si se trataba de cazadores de las bajas regiones que se reunían allí secretamente, o de seminolas, cuyas bandas frecuentasen todavía los pantanos de Florida.

Por consiguiente, sin pensar en la vuelta, Gilbert y Mars volvieron a tomar nuevamente su embarcación y se hundieron, por decirlo así, más profundamente en las sinuosidades de la bahía.

Parecía que una especie de presentimiento les impulsaba hacia sus más sombríos lugares. Sus miradas, acostumbradas a la oscuridad relativa que la espesa enramada de los árboles mantenía en la superficie de los islotes, se sumergían en todas direcciones. Tan pronto creían descubrir una habitación en lo que no era más que una cortina de follaje tendida de un tronco a otro. Otras veces decían: «Allí hay un hombre inmóvil que nos mira»; y no había más que alguna vieja corteza de árbol extrañamente retorcida, cuyo perfil reproducía alguna silueta humana. Entonces se ponían a escuchar atentamente. Acaso, pensaban, lo que no llegaba por los ojos llegaría a los oídos. Bastaba el ruido más insignificante para señalar la presencia de un ser viviente en aquella región

desierta.

Una media hora después de su primer descanso, habían llegado cerca del islote central. La casa en ruinas se ocultaba allí tan completamente entre lo más espeso del macizo de verdura, que no podían descubrir nada de ella. Hasta parecía que la bahía misma terminaba en aquel sitio, y que los pasos obstruidos llegaban a ser de imposible navegación. Una infranqueable barrera de espinos y cambroneras se levantaba entre las últimas vueltas de los canales y los pantanosos bosques, cuyo conjunto se extiende a través del condado de Duval, a lo largo de la ribera izquierda del San Juan.

- Me parece imposible ir más lejos -dijo Mars-; el agua falta, Mr. Gilbert.

- Y, sin embargo -replicó el joven oficial-, no hemos podido engañarnos en lo relativo a las señales de la agricultura. Esta bahía está frecuentada por seres humanos. ¿Habrán estado aquí, acaso recientemente? ¿Permanecerán en ella todavía?

- Sin duda alguna -replicó Mars-; pero es preciso aprovechar lo que resta de día para volver al San Juan. Comienza a ser de noche, la oscuridad será bien pronto profunda, y ¿cómo hallar camino a través de estos innumerables canales? Creo, Mr. Gilbert, que lo más prudente es volver sobre nuestros pasos, sin perjuicio de volver a empezar nuestra exploración mañana al despuntar el día. Volvamos, como de costumbre, a Castle-House, contaremos lo que hemos visto, y organizaremos lo necesario para reconocer la Bahía Negra en mejores condiciones.

- Sí, es preciso -respondió Gilbert-. Sin embargo, antes de partir yo hubiera querido...

Gilbert había permanecido inmóvil, arrojando una última mirada bajo los árboles; ya se disponía a dar la orden de volver atrás con la embarcación, cuando de improviso detuvo a Mars con un gesto.

El mestizo suspendió rápidamente su maniobra, y de pie, con el oído atento, se puso a escuchar.

Un grito, o más bien una especie de gemido continuo, que no se podía confundir con los ruidos habituales del bosque, se escuchaba claramente. Era como un lamento de desesperación. La queja de un ser humano; queja que parecía arrancada por vivos sufrimientos. Se hubiera dicho que era el último llamamiento de una voz que iba a extinguirse.

- ¡Allí hay un hombre! -gritó Gilbert-. Y pide socorro, acaso esté expirando.

- Sí -respondió Mars-, es preciso ir allá y averiguar quién es. Desembarquemos.

Esto fue cosa de un instante. La embarcación fue atada sólidamente a la orilla y Gilbert y Mars saltaron sobre el islote y se perdieron a través de los

árboles. Por allí también se veían algunas señales de seres humanos, a lo largo de los senderos abiertos a través del ramaje, hasta pasos de hombres cuyas huellas se veían plenamente con las últimas luces de la tarde.

De tiempo en tiempo, Mars y Gilbert se paraban y escuchaban con atención. ¿Se escuchaban todavía los gemidos? Era por ellos, por ellos solos, por los que habían de guiarse.

Ambos los oyeron de nuevo, ya muy próximos esta vez. A pesar de la oscuridad, que de momento en momento se hacía más profunda, no sería sin duda imposible llegar al sitio de donde partían.

De repente, resonó un grito más doloroso que los anteriores. Ya no había medio de engañarse respecto a la dirección que se debía seguir. Con algunos pasos, Gilbert y Mars habían franqueado un espeso seto y se encontraron en presencia de un hombre que estaba expirando cerca de una empalizada.

Herido de una ancha cuchillada en el pecho, una ola de sangre inundaba a aquel desgraciado; los últimos soplos de su aliento se escapaban de sus labios. No le quedaban más que algunos instantes de vida.

Gilbert y Mars se inclinaron sobre él. El moribundo entreabrió los ojos, mas intentó en vano responder a las preguntas que le hicieron los dos hombres.

- ¡Es preciso ver a este hombre! -exclamó Gilbert-. ¡Una antorcha, una rama encendida!

Mars había ya arrancado una rama de uno de los árboles resinosos que crecían en gran número sobre el islote. La encendió con una cerilla y su luz fosforescente esparció alguna claridad en las sombras.

Gilbert se arrodilló cerca del moribundo. Era éste un negro, un esclavo, joven todavía. Separada su camisa, dejaba ver en el pecho una profunda y ancha herida, por la cual escapaba la sangre. Esta herida debía ser mortal, pues la hoja del cuchillo había atravesado el pulmón del desgraciado.

- ¿Quién eres, quién eres? -preguntó Gilbert.

Mas se quedó sin respuesta.

- ¿Quién te ha herido?

El mismo silencio: el esclavo no podía pronunciar una sola palabra.

Entretanto, Mars agitaba la rama, con objeto de reconocer el sitio en que habían cometido el asesinato.

Entonces descubrió la empalizada, y a través de la poterna entreabierta vio la silueta indecisa del fuerte. Aquél era, en efecto, el fortín de la Bahía Negra, del cual ni aun siquiera se conocía la existencia en toda aquella parte del condado de Duval.

- ¡El fortín! -exclamó Mars.

Y dejando a su amo cerca del pobre negro que agonizaba, se lanzó

rápidamente a través de la poterna.

En un instante, Mars, había recorrido todo el interior del fuerte, y había visitado todas las habitaciones que se abrían de una y otra parte sobre el reducto central. En una de ellas había restos de fuego, que humeaban todavía. Esto indicaba que el fortín había sido ocupado recientemente. Mas, ¿por qué clase de gente lo había sido? ¿Había servido de asilo a los floridianos o a los seminolas? Era preciso saberlo a toda costa, y sólo el herido que agonizaba podía decirlo. Era necesario, por tanto, saber quiénes eran sus asesinos, cuya huida debía datar solamente de algunas horas.

Mars salió del fortín, dio la vuelta a la empalizada por el interior del cercado, examinó con la antorcha en la mano todos los árboles... ¡Nadie! Si Gilbert y él hubiesen llegado por la mañana, seguramente hubiesen encontrado a los que habitaban el fortín... Al presente era demasiado tarde.

El mestizo volvió entonces al lado de su amo, y le hizo saber que, en efecto, se encontraban en el fuerte de la Bahía Negra.

- No -respondió Gilbert-. Ha perdido ya el conocimiento, y dudo que pueda recobrarlo.

- Ensayemos, sin embargo -respondió Mars-. Aquí hay un secreto que importa conocer, y que nadie podrá decírnoslo cuando haya muerto este desgraciado.

- Sí, Mars, transportémosle al fortín. Allí puede ser que vuelva en sí. Después de todo, no podemos dejarle expirar en este sitio.

- Tomad la antorcha, Mr. Gilbert -respondió Mars-. Yo tendré suficientes fuerzas para llevarle allá.

Gilbert cogió la tea resinosa inflamada. El mestizo levantó entre sus brazos aquel cuerpo que no era más que una masa inerte, subió los escalones de la poterna, penetró por la abertura que daba acceso al cercado y depositó su fardo en una de las habitaciones del reducto.

El moribundo fue colocado sobre un montón de hierbas. Mars, tomando entonces su frasco de viaje, lo introdujo entre los labios del esclavo.

El corazón del desgraciado latía todavía, aunque muy débilmente y con largos intervalos. La vida iba a faltarle. ¿No tendría tiempo de revelar su secreto antes de lanzar el último suspiro?

Las gotas de aguardiente vertidas en su boca parecieron reanimarle un poco. Sus ojos se entreabrieron y se fijaron en Gilbert y Mars, que se esforzaban por disputarle a la muerte.

Quiso hablar, algunos sonidos vagos se escaparon de sus labios; ¡acaso era un nombre!

- ¡Habla, habla! -exclamó Mars.

La sobreexcitación del mestizo era verdaderamente indescriptible, como si la tarea a la cual había consagrado toda su vida hubiese dependido de las últimas palabras de aquel moribundo.

El joven esclavo procuraba vanamente **pronunciar** algunas palabras, pero le faltaba la fuerza para ello.

En este momento Mars notó que un pedazo de papel estaba oculto en la blusa del herido.

Apoderóse rápidamente de este papel y en un segundo lo abrió y leyó su contenido rápidamente a la luz de la tea resinosa.

Escritas con carbón había en él las siguientes palabras:

Secuestradas por Texar en la Bahía Marino. Conducidas a los Everglades, a la isla Cameral. Esquela confiada a este joven esclavo para Mr. Burbank.

Aquella letra era perfectamente conocida por Mars.

- ¡Zermah! -exclamó.

A este nombre, el moribundo entreabrió los ojos, y su cabeza se inclinó como para hacer un signo afirmativo.

Gilbert le enderezó a medias, preguntándole;

- ¿Zermah? -dijo.

- Sí.

- ¿Y Dy?

- Sí.

- ¿Quién te ha herido?

- Texar.

Esta fue la última palabra pronunciada por el pobre esclavo, que cayó muerto sobre el montón de hierbas que le servía de lecho.

## Capítulo VIII

### *DE CAMDLESS-BAY AL LAGO WASHINGTON*

Aquella misma noche, un poco antes de las doce, Gilbert y Mars estaban de vuelta en Castle-House. ¡Qué dificultades habían tenido que vencer para salir de la Bahía Negra! En el momento en que dejaban el fuerte, la noche comenzaba a extenderse por todo el valle del San Juan. La oscuridad era ya completa bajo los árboles de la laguna. Sin una especie de instinto que guiaba a Mars a través de los canales y entre los islotes confundidos por la oscuridad de la noche, ni uno ni otro hubieran podido llegar al curso del río. Veinte veces su embarcación se había visto obligada a detenerse ante alguna barrera que no podía franquear, y a retroceder en su camino para buscar algún otro canal practicable. Fue preciso encender ramas resinosas y colocarlas en la proa de la lancha a fin de iluminar, siquiera fuese en un corto radio, el camino que seguían. Donde las dificultades llegaron a ser extremas fue precisamente cuando Mars trató de encontrar la única salida que permitía a las lagunas correr hacia el San Juan. El mestizo no reconocía ya la brecha abierta en el macizo de cañas, por la cual los dos habían pasado algunas horas antes. Felizmente, la marea descendía y la lancha pudo dejarse arrastrar por la corriente que se dirigía hacia su salida natural. Tres horas más tarde, después de haber franqueado rápidamente las veinte millas que separan la Bahía Negra de la plantación, Gilbert y Mars desembarcaban en el puertecillo de Camdless-Bay.

En Castle-House les esperaban ya con impaciencia. Ni James Burbank ni ninguno de la casa se había retirado a sus habitaciones. Estaban inquietos por aquella tardanza inesperada. Gilbert y Mars tenían costumbre de volver de sus excursiones al anochecer. ¿Por qué no estaban ya de vuelta aquel día? ¿Debía sacarse en consecuencia de su tardanza que habían encontrado una pista nueva y que sus investigaciones iban tal vez a dar resultado?

¡Qué de angustias durante aquellas largas horas de espera!

Por fin llegaron, y a su entrada en la habitación todos se precipitaron hacia ellos.



- ¿Y bien, Gilbert...? -preguntó James Burbank.

- Padre mío -respondió el joven oficial-. Alicia no se había engañado: Texar es el que ha secuestrado a mi hermana y a Zermah.

- ¿Tienes la prueba de ello?

- ¡Leed!

Y Gilbert presentó el pedazo de papel arrugado que contenía escritas las breves palabras de la mestiza.

- ¡Sí! -replicó-. ¡No hay duda posible, es Texar; y ha conducido o hecho conducir a sus víctimas al viejo fortín de la Bahía Negra! Allí es donde permanecía, ignorado de todos. Un pobre esclavo, al cual Zermah había confiado este papel, a fin de que lo hiciese llegar a Castle-House, y por quien ella sin duda ha sabido que Texar iba a conducir las a la isla Cameral, ha pagado con su vida el haber querido favorecerla. Al desembarcar le hemos encontrado moribundo, herido por la mano de Texar, y a estas horas ha muerto. Mas si Dy y Zermah no están en la Bahía Negra, sabemos al menos a qué parte de Florida se las ha arrastrado. A los Everglades; es preciso ir a buscarlas. Mañana mismo, padre mío, mañana mismo partiremos.

- Dispuestos estamos todos, Gilbert.

- Hasta mañana, pues.

La esperanza había vuelto a renacer en Castle-House. Ya no había que perder el tiempo en investigaciones inútiles. La señora Burbank, puesta al corriente de la situación, se sintió revivir. Hasta tuvo fuerzas suficientes para levantarse y dar gracias a Dios.

Ya era cierto, por confesión de la misma Zermah, que Texar en persona había dirigido el secuestro de la niña y la mestiza en la Bahía Marino. Era él a quien Alicia había visto sobre la embarcación que se alejaba por el centro del río. Y, sin embargo, ¿cómo se podía conciliar este hecho con la coartada inexplicable alegada por Texar?

A la misma hora en que él cometía el crimen, ¿cómo podía estar prisionero de los federales, a bordo de uno de los buques de la escuadra? Evidentemente aquella coartada debía ser falsa, como las otras, sin duda. Mas, ¿en qué consistía esta falsedad?

¿Se llegaría alguna vez a conocer este don de ubicuidad, del cual Texar daba pruebas tan repetidas?

Poco importaban, después de todo. Lo que se había conseguido ya era saber que la mestiza y la niña habían sido conducidas, primeramente al fortín de la Bahía Negra, después arrastradas a la isla Cameral. Allí era adonde se necesitaba ir a buscarlas y allí era preciso sorprender a Texar. Esta vez nada podría sustraerle al castigo que merecían desde tan largo tiempo sus criminales

maniobras.

Por consiguiente, no había un día que perder. De Camdless-Bay a los Everglades la distancia es bastante considerable, y había necesidad de emplear varios días para recorrerla. Felizmente, conforme lo había dicho James Burbank, la expedición, organizada por él, estaba dispuesta para salir al día siguiente de Castle-House.

En cuanto a la isla Cameral, los mapas de la península floridiana indicaban su situación sobre el lago Okee-cho-bee.

Los Everglades son una región pantanosa que confina con el lago Okee-cho-bee, un poco más abajo del paralelo 27, en la parte meridional de Florida.

Entre Jacksonville y el lago hay una distancia de cerca de cuatrocientas millas, es decir, unas ciento ochenta leguas. Más allá se extiende un país deshabitado casi por completo, y que, por la época en que acontecían estos sucesos, era casi desconocido.

Si el San Juan hubiese sido navegable en todo su curso hasta sus fuentes, el trayecto seguramente hubiera podido recorrerse con rapidez, sin grandes dificultades; pero muy probablemente no se podría utilizar su curso más que en un trayecto de ciento siete millas aproximadamente, es decir, hasta el lago Jorge. Más lejos, sobre su curso, embarazado de islotes, interceptado por las plantas, sin canal suficientemente trazado, varias veces en seco, cuando la marea es muy baja, una embarcación, regularmente cargada, hubiese encontrado grandes obstáculos, o, a lo menos, hubiera tenido que retardar mucho su viaje. Sin embargo, se podía conseguir remontarlo hasta el lago Washington, poco más o menos a la altura del 28 de latitud; haciendo la travesía por el cabo Malabar, se habría adelantado mucho para el término del viaje. No obstante, valía más no contar con esta probabilidad. Lo mejor era prepararse para recorrer un trayecto de doscientas cincuenta millas por medio de una región casi abandonada, donde faltarían los medios de transporte y todos los recursos necesarios a una expedición que debía ser rápidamente ejecutada. Por consiguiente, teniendo en cuenta todas estas eventualidades, había organizado James Burbank la expedición.

Al día siguiente, 20 de marzo, el personal de la expedición estaba reunido al pie del puerto de Camdless-Bay. James Burbank y Gilbert, no sin experimentar una viva emoción, habían abrazado a la señora Burbank, que aún no podía salir de su habitación. Alicia, Stannard y los subcapataces los habían acompañado. El mismo Pig había acudido a despedirse de Perry, hacia el cual experimentaba cierta cariñosa afección. Se acordaba a menudo de las lecciones que de él había recibido, acerca de los inconvenientes de una libertad para la cual no se hallaba preparado.

La expedición estaba compuesta del modo siguiente:

James Burbank, su cuñado Edward Carrol, ya curado de su herida; su hijo Gilbert, el capataz Perry, Mars, y además, una docena de negros escogidos entre los más bravos y fieles de la plantación; en conjunto, diecisiete personas. Mars conocía bastante el curso del San Juan para servir de piloto en tanto que la navegación fuese posible, tanto del lado de acá como del lado de allá del lago Jorge. En cuanto a los negros, habituados a manejar el remo, iban bien dispuestos a demostrar su voluntad y su fuerza cuando la corriente y el viento les abandonaran.

La embarcación, una de las más grandes de Camdless-Bay, podía soportar una vela que, empujada por el viento, le permitiese seguir las sinuosidades de un canal algunas veces bastante peligroso. Llevaban armas y municiones en cantidad suficiente para que James Burbank y sus compañeros no tuviesen nada que temer de las bandas de seminolas de la Baja Florida ni de los compañeros de Texar, si es que a éste se habían unido algunos de sus partidarios. En efecto, había sido preciso adelantarse a esta eventualidad, que podía dificultar el éxito de la expedición.

Por fin, llegó la hora de la despedida. Gilbert abrazó a Alicia y James Burbank la estrechó entre sus brazos, como si ya hubiese sido su hija.

- ¡Padre mío! ¡Gilbert! -dijo la joven-. ¡Traed con vosotros a nuestra pobrecita Dy; traed a mi hermana...!

- Sí, querida Alicia -respondió el joven oficial-; sí. Creo que la traeremos. ¡Dios nos proteja!

Stannard y Alicia, los subcapataces y Pig quedaron sobre el muelle en tanto que la embarcación se separaba. Todos enviaron a los expedicionarios un último adiós, en el momento mismo en que, empujada por el viento y arrastrada por la marea creciente, la barca desaparecía detrás de la pequeña punta de la Bahía Marino.

Eran aproximadamente las seis de la mañana. Una hora después, la embarcación pasaba por enfrente del caserío del Mandarín, y hacia las diez, sin que hubiese sido necesario hacer uso de los remos, se encontraba a la altura de la Bahía Negra en la plenitud de la selva.

El corazón latió a todos cuando pasaban por aquella parte de la orilla izquierda del río, a través de la cual penetraban las aguas de la creciente marea.

Detrás de aquellos macizos de cañas, de bambúes y de higueras silvestres, era adonde Zermah y Dy habían sido conducidas primeramente. Allí era donde, hacía más de quince días, Texar y sus compañeros las habían ocultado tan profundamente, que no había quedado la más insignificante huella de las secuestradas después del rapto. Diez veces James Burbank y Stannard, y después

Gilbert y Mars, habían cruzado el río a la altura de aquella laguna, sin sospechar siquiera que el derruido fortín les sirviese de cárcel.

Esta vez ya no había necesidad de detenerse allí. Era preciso llevar las exploraciones a algunos centenares de millas más al Sur; y la embarcación pasó por delante de la Bahía Negra sin hacer alto.

La primera comida fue hecha en comunidad. Los baúles encerraban provisiones suficientes para una veintena de días, además de una provisión preparada en pequeños paquetes para que pudieran ser transportados cuando los viajeros se vieran obligados a seguir su camino por tierra. Algunos objetos de campaña llevaban también para cuando tuvieran necesidad de hacer alto, de día o de noche, en los espesos bosques de que están cubiertos los territorios ribereños del San Juan.

Hacia las once, cuando la marea empezó a descender, el viento continuó favorable; sin embargo, fue preciso auxiliarse de los remos para sostener la velocidad. Los negros se pusieron a su trabajo, y con el empuje de cinco vigorosas parejas, la embarcación continuó subiendo río arriba con rapidez extraordinaria.

Mars, silencioso, no se apartaba del timón, evolucionando con mano segura a través de los brazos de las islas y los islotes formados en medio del San Juan, y teniendo cuidado de seguir los pasos por los cuales la corriente se dirigía con menos violencia. Se lanzaba por ellos sin ninguna duda; jamás se aventuraba por error en un canal impracticable, jamás se ponía en peligro de chocar con algún bajo, que la marea descendente iba bien pronto a dejar en seco. Conocía el lecho del río hasta el bajo Jorge, como conocía las vueltas y revueltas de Jacksonville y dirigía la embarcación con tanta seguridad como los cañoneros del comandante Stevens, que él había conducido a través de las sinuosidades de la barra.

En esta parte de su curso el San Juan estaba desierto. El movimiento de bateleros que se producía allí de ordinario para el servicio de las embarcaciones, no existía desde la toma de Jacksonville. Si alguna embarcación subía o bajaba todavía por el río era únicamente para atender a las necesidades de las tropas federales, o para conducir las comunicaciones del comandante Stevens a los oficiales que estaban a sus órdenes, y aun acaso este mismo servicio sería absolutamente nulo más arriba de Picolata.

James Burbank llegó delante de esta pequeña aldea hacia las seis de la tarde. Un destacamento de nordistas ocupaba entonces el puentecillo que conducía a la escalera del puerto. La embarcación fue detenida y obligada a hacer alto cerca del muelle.

Allí, Gilbert Burbank se dio a conocer al oficial que mandaba la guarnición de Picolata, y provisto del pase que le había entregado el comandante Stevens,

podieron todos continuar su camino.

Esta parada no había durado más que algunos instantes.

Como la marea alta comenzaba a dejarse sentir, los remos volvieron a quedar en reposo, y la embarcación siguió rápidamente su camino por entre los bosques espesos que se extienden a ambas orillas del río. Sobre la ribera izquierda, el bosque iba bien pronto a ceder la plaza a los pantanos, algunas millas por encima de Picolata; en cuanto a las selvas de la ribera derecha, más espesas y más profundas, verdaderamente interminables, había que pasar todavía el lago Jorge sin poder verlas al fin. Verdad es que sobre esta ribera se apartan un poco del San Juan y dejan una ancha faja de terreno, sobre la cual la agricultura ha ejercido sus derechos. Por todos lados, vastos arrozales, campos de caña y de índigo, plantaciones de algodones, atestiguan la fertilidad extraordinaria de la península floridiana.

Un poco después de las seis, James Burbank y sus compañeros habían perdido de vista, detrás de un recodo del río, la torre rojiza del antiguo fuerte español, abandonado desde hacía más de un siglo, que domina las altas cimas de los extensos palmares de la orilla.

- Mars -preguntó James Burbank-, ¿no tienes miedo a extraviarte durante la noche en el San Juan?

- No, Mr. James -respondió Mars-. Además, no tenemos una hora que perder; puesto que la marea nos favorece, es preciso aprovecharla. Cuanto más arriba estemos, será menor su intensidad, tendrá menos fuerza y durará menos. Propongo, pues, navegar de noche y de día.

La proposición de Mars era dictada por las circunstancias. Puesto que él se comprometía a conducir la embarcación, era preciso confiarse a su destreza. Así se hizo, y no tuvieron motivo para arrepentirse de ello. Durante toda la noche, la embarcación subió por el curso del río sin dificultad. La marea le prestó su ayuda durante algunas horas todavía; después, los negros, manejando de nuevo los remos, pudieron ganar una quincena de millas hacia el Sur.

No se hizo alto durante esta noche ni en todo el día siguiente.

Toda la parte alta del curso del río estaba absolutamente desierta. Se navegaba, por decirlo así, por medio de un extenso bosque de viejos cedros, cuyas larguísimas y espesas ramas se unían a veces por encima de la corriente del San Juan, formando un tupido dosel de verdura. Aldeas y caseríos no se veían por ninguna parte; plantaciones, o habitaciones aisladas, tampoco. Las tierras ribereñas no se prestaban a ningún género de cultivo. No hubiera sido posible que a **ningún** colono se le ocurriese la idea de fundar allí un establecimiento agrícola.

El día 23, con las primeras luces del día, se observó que el río se

desbordaba, formando una ancha sabana líquida, cuyas orillas se separaban, al fin, del interminable bosque. El terreno, muy llano, retrocedía hasta los límites de un horizonte que se alejaba varias millas. Era un lago: el lago Jorge, que el San Juan atraviesa de Sur a Norte, y del cual arrastra una parte de sus aguas.

- Sí; éste es, efectivamente, el lago Jorge -dijo Mars-, que yo he visitado cuando acompañaba a la comisión encargada de levantar el plano del alto curso del río. Por ahora no estoy desorientado.

- ¿Y a qué distancia -preguntó James Burbank- nos encontramos ahora de Camdless-Bay?

- A cien millas, aproximadamente -repuso Mars.

- No es todavía la tercera parte de la distancia que tenemos que recorrer para llegar a los Everglades -observó Edward Carrol.

- Mars -preguntó Gilbert-, ¿qué es lo que vamos a hacer ahora? ¿Es preciso abandonar la embarcación a fin de seguir a lo largo de una de las orillas del río? Esto nos ocasionaría mucho trabajo, y un gran retraso. ¿No sería posible, una vez atravesado el lago Jorge, seguir este camino de agua hasta el punto en que el río cese de ser navegable? ¿No podríamos ensayarlo, a condición de desembarcar si encallamos y no podemos poner a flote la embarcación? Esto vale la pena intentarlo. ¿Qué te parece?

- Ensayemos, Mr. Gilbert -respondió Mars.

En efecto, era el mejor partido que podía tomarse.

Siempre habría tiempo de saltar a tierra. El viajar por agua les economizaba muchísimas fatigas y evitaba interminables y numerosos retrasos.

La embarcación se lanzó, pues, a través de la superficie del lago Jorge, siguiendo su ribera oriental.

Alrededor del lago, en aquellos terrenos sin relieve, la vegetación no es tan rica ni tan abundante como en las orillas del río. Vastas lagunas se extienden por uno y otro lado casi hasta perderse de vista. Algunas porciones del terreno, menos expuestas a las invasiones de las aguas, dejan ver sus tapices de líquenes negros, entre los cuales se destacaban los matices violáceos de las pequeñas setas que brotan allí por millares. Sería imprudente el fiarse de aquellas tierras movedizas que no ofrecen al caminante un punto de apoyo sólido donde fijar la planta.

Si James Burbank y sus compañeros se hubieran decidido a caminar a pie por aquella parte del territorio floridiano, no lo hubieran conseguido sino a costa de grandes esfuerzos, de las más extremas fatigas y de retrasos infinitamente prolongados, admitiendo que no se hubieran visto obligados a volver atrás. Solamente las aves acuáticas, la mayor parte palmípedas, pueden aventurarse a través de aquellos terrenos pantanosos donde se encuentran en número infinito

los patos, los ánades y las becasas. Había allí de qué aprovisionarse sin trabajo si los viajeros se hubieran encontrado escasos de víveres. Por otra parte, para cazar en estas riberas hubiera sido necesario afrontar toda una legión de serpientes muy peligrosas, cuyos agudos y penetrantes silbidos se oían bajo el tapiz de verdura que cubría el suelo. Verdad es que estos reptiles encuentran enemigos encarnizados en las bandadas de pelícanos blancos, bien armados para esta guerra sin tregua, que pululan por las riberas malsanas del lago Jorge.

Entretanto, la embarcación se deslizaba con rapidez. Un viento del Norte empujaba su rizada vela en buena dirección. Gracias a esta fresca brisa, los remeros pudieron descansar durante todo el día, sin que se ocasionase ningún retraso. Así fue que, cuando llegó la noche, las treinta millas de longitud que el lago Jorge mide del Norte al Sur, habían sido rápidamente recorridas sin fatiga alguna.

Hacia las seis, James Burbank y su pequeña escolta se paraban enfrente del ángulo inferior, por el cual el San Juan se arroja en el lago.

Si se hizo alto (alto que no duró más que una media hora), fue porque en aquel sitio se veían agrupadas tres o cuatro casas. Estaban ocupadas por algunos de esos floridianos nómadas que se dedican más especialmente a la caza y a la pesca al principio de la primavera. A propuesta de Edward Carrol, pareció oportuno pedir algunas indicaciones relativas al paso de Texar por aquel sitio y luego se verá que hicieron muy bien en hacer tales preguntas.

Uno de los habitantes de dichas casas fue interrogado.

- Durante uno de los días precedentes -le preguntaron-, ¿habéis visto alguna embarcación que atravesara el lago Jorge, dirigiéndose hacia el lago Washington, embarcación que debía contener siete u ocho personas entre las cuales iban una mujer de color y una niña pequeña, blanca de origen?

- En efecto -respondió el hombre-; hace cuarenta y ocho horas he visto pasar una embarcación que debe ser la misma de que vos habláis.

- ¿Ha hecho alto en este caserío? -preguntó Gilbert.

- No; por el contrario, se ha apresurado a ganar la parte alta del curso del río. He visto distintamente a bordo -añadió el floridiano- a una mujer con una niña pequeña en brazos.

- ¡Amigos míos! -gritó Gilbert-. ¡Buenas esperanzas! Estamos, efectivamente, sobre las huellas de Texar.

- Sí -respondió James Burbank-; no lleva sobre nosotros más que una ventaja de cuarenta y ocho horas, y si nuestra embarcación pudiera todavía conducirnos durante algunos días, nos acercaríamos mucho a él.

- ¿Conocéis el curso del San Juan, más arriba del lago Jorge? -preguntó Edward Carrol al floridiano.

- Sí, señor -respondió éste-, y aun he subido por él una distancia de más de cien millas.

- ¿Pensáis que pueda ser navegable para una embarcación como la que nosotros llevamos?

- ¿Qué calado tiene?

- Tres pies, como máximo -respondió Mars.

- ¿Tres pies? -dijo el floridiano-. Vendrá justo en ciertos sitios; sin embargo, sondando los pasos, creo que podréis llegar hasta el mismo lago Washington.

- Y una vez allí, ¿a qué distancia estaremos del lago Okee-cho-bee?

- Cincuenta millas, aproximadamente.

- Gracias, amigo mío.

- Embarquémonos -exclamó Gilbert-, naveguemos hasta que el agua falte.

Cada uno de los viajeros volvió a ocupar en la barca su sitio. Habiéndose calmado el viento con la noche, fue necesario manejar los remos con fuerza y vigor. Las riberas del río, que ya se veían más próximas, desaparecieron rápidamente. Antes de que fuera de noche por completo se adelantó varias millas hacia el Sur. Nadie pensó un momento en detenerse, puesto que se podía dormir cómodamente a bordo. La luna estaba casi en su plenilunio; el tiempo, por lo tanto, continuaría todavía bastante claro para poder seguir navegando.

Gilbert había cogido la barra del timón. Mars se había colocado en la proa con un largo mástil en la mano, con el cual sondaba el río sin cesar, y cuando tocaba el fondo ordenaba que la embarcación virase a babor o a estribor. Ésta apenas tocó el fondo cinco o seis veces durante aquella travesía nocturna y fue desencallada con facilidad y sin gran esfuerzo; hacia las cuatro de la mañana, en el momento en que el sol salía sobre el horizonte, Gilbert calculó que no se había recorrido menos de quince millas durante la noche.

¡Qué de probabilidades en favor de James Burbank y los suyos si el río, navegable algunos días más, los llevaba cerca del sitio deseado!

Sin embargo, durante la jornada de aquel día surgieron algunas dificultades materiales.

A consecuencia de la sinuosidad del río, se proyectaban frecuentemente algunas puntas a través de su curso. Las arenas acumuladas multiplicaban los bajos y escollos, que era preciso evitar cuidadosamente, haciendo virar la embarcación.

Todas estas maniobras eran otras tantas prolongaciones de cambio y, por tanto, originaban retrasos.

No se podía tampoco utilizar siempre el viento, que no hubiera cesado de ser favorable si los numerosos rodeos no hubiesen modificado la marcha que la embarcación seguía. Entonces los negros se encorbaban sobre sus remos y



desplegaban tal vigor, que conseguían recobrar el tiempo perdido.

También se presentaban algunos obstáculos particulares al río San Juan. Eran islas flotantes, formadas por una prodigiosa acumulación de una planta exuberante, la pistia, que ciertos exploradores del río floridiano han comparado justamente a una gigantesca lechuga, abierta sobre la superficie de las aguas. Este tapiz herbáceo ofrece bastante solidez para que las nutrias y las aves palmípedas puedan establecer en él sus refugios haciendo aquella parte casi intransitable.

Importaba, por consiguiente, no embarcarse a través de aquellas masas vegetales, de cuyas redes no se hubiese salido sin gran trabajo. Cuando se alcanzaban a ver, Mars tomaba todas las precauciones posibles para evitar su encuentro.

En cuanto a las riberas del río, extensos y poblados bosques las cubrían de nuevo. No se veían ya aquellos innumerables cedros cuyas raíces baña el San Juan en la parte inferior de su curso. Allí crecen cantidades extraordinarias de juncos, de una altura de ciento cincuenta pies, pertenecientes a la especie de pino austral, que encuentran elementos favorables a su vegetación en medio de aquellos terrenos cuyos subsuelos están inundados de agua, recibiendo el nombre de barrens. El humus presenta allí una elasticidad muy sensible, hasta un grado tal, que en algunos puntos un peatón puede perder el equilibrio cuando marcha por su superficie. Felizmente, la pequeña escolta de James Burbank no tuvo necesidad de hacer la prueba. El San Juan continuaba transportándola a través de las regiones de la Florida inferior.

El día pasó sin incidente; la noche también. El río continuaba desierto. Ni una embarcación sobre sus aguas, ni una cabaña sobre sus riberas. Por otra parte, de esta circunstancia no tenían por qué quejarse los exploradores. Más valía no encontrar a nadie en aquel país lejano, donde los encuentros son generalmente malos, pues las gentes que recorren los bosques, los cazadores de profesión y los aventureros de toda especie, son personas más que sospechosas.

Debía temerse igualmente la presencia de las milicias de Jacksonville o de San Agustín que Dupont y Stevens habían obligado a retirarse hacia el Sur. Esta eventualidad hubiera sido más temible todavía. Entre esos destacamentos había seguramente partidarios de Texar que hubieran querido vengarse de James Burbank y de su hijo Gilbert. Como se ve, la reducida escolta debía evitar todo combate, a no ser con Texar, en el caso en que fuera necesario arrancarle sus prisioneros por la fuerza.

Felizmente, James Burbank y los suyos estuvieron tan bien servidos por las circunstancias, que el día 21 por la noche habían salvado ya la distancia que separa el lago Jorge del lago Washington.

Llegada a la orilla de aquel conjunto de aguas casi cenagosas, la embarcación se vio obligada a detenerse. Lo estrecho del río por aquella parte, la poca profundidad de su curso, le impedían subir más arriba, hacia el Sur.

En suma, las dos terceras partes del camino estaban recorridas. James Burbank y los suyos no se encontraban ya más que a ciento cuarenta millas de los Everglades.

## Capítulo IX

### *EL GRAN BOSQUE DE CIPRESES*

El lago Washington, cuya longitud es de unas diez millas, es uno de los menos importantes de esta región de Florida meridional. Las aguas, poco profundas, están cubiertas de hierbas que la corriente arranca de las praderas flotantes, verdaderos nidos de serpientes, que hacen muy peligrosa su navegación por toda su superficie. Está, pues, desierto lo mismo que sus riberas, pues siendo poco propicio para la caza y para la pesca, es raro que las embarcaciones del San Juan se aventuren a llegar hasta él.

Al sur del lago, el río vuelve a emprender su curso, dirigiéndose más directamente hacia el mediodía de la península. Por aquellos parajes no es todavía más que un arroyo sin profundidad, cuyas fuentes están situadas a treinta millas hacia el Sur, entre los 28 y 27 grados de latitud.

El San Juan cesa de ser navegable un poco más abajo del lago Washington. Por mucho que lo lamentara James Burbank, era preciso renunciar al transporte fluvial, a fin de emprender la vía terrestre por en medio de un país muy difícil, muy a menudo pantanoso a través de bosques sin fin, en los cuales el suelo, cortado por ríos y cascadas, no puede menos de retardar la marcha de los viajeros.

Se desembarcó. Las armas y los paquetes que contenían las provisiones fueron repartidos entre los negros. Todo ello no era bastante para fatigar ni para dificultar la marcha al personal de la expedición. Por este motivo no surgiría ninguna causa de retraso. Todo había sido arreglado con anticipación. Cuando fuese necesario hacer alto, el campamento podría estar organizado en algunos segundos.

Antes de pensar en ninguna otra cosa, Gilbert, ayudado por Mars, se ocupó en esconder la embarcación. Era muy importante que ésta pudiera escapar a todas las miradas, en el caso de que una partida de floridianos o de semínolas llegase a visitar las riberas del lago Washington. Era preciso que se tuviese la seguridad de encontrarla a la vuelta para hacer el viaje por el curso del San Juan.

Bajo la enramada que caía sobre la ribera entre las cañas gigantesas que crecen dentro de las aguas, se pudo fácilmente arreglar un escondite para la embarcación, cuyo mástil había sido tendido con anterioridad. Quedó tan perfectamente oculta entre la espesa verdura, que hubiera sido imposible descubrirla desde lo alto de la ribera.

Lo mismo sin duda había sucedido con otra barca que Gilbert hubiera tenido gran interés en encontrar. Era ésta la que había conducido a Dy y a Zermah al lago Washington. Evidentemente, en vista de la imposibilidad de navegar por aquellas aguas, Texar había debido abandonarla en los alrededores de aquella especie de embudo por el cual el lago vierte sus aguas en el río. Lo que James Burbank se veía obligado a hacer entonces, Texar debía de haberlo hecho también.

Por este motivo se hicieron minuciosas exploraciones durante las últimas horas del día, a fin de encontrar dicha embarcación. Esto hubiera sido un precioso indicio, y la prueba más clara de que Texar había seguido el curso del río hasta el lago Washington.

Todas las investigaciones fueron inútiles; la embarcación no pudo ser descubierta, fuera porque no hubiesen buscado bien, o porque Texar la hubiese destruido, pensando que no tendría que servirse más de ella, si es que había partido sin esperanzas de volver.

¡Cuán penoso había debido ser el viaje entre el lago Washington y los Everglades! Ya no había río que economizara tan grandes fatigas a una mujer y a una niña. Dy, llevada en brazos de la mestiza Zermah, obligada a seguir el paso de hombres acostumbrados a semejantes marchas a través de aquel país dificultoso; los insultos, las violencias, los golpes que no le escasearían para obligarla a marchar más de prisa; las caídas, de las cuales ella procuraría preservar a la niña, sin pensar en sí misma; todos tuvieron en la mente la visión de estas lamentables escenas. Mars, que se representaba a su mujer expuesta a tantos sufrimientos, palidecía de cólera, y con frecuencia se escapaban de su boca estas palabras:

- ¡Yo mataré a Texar!

¡Qué ansias tenía ya de encontrarse en la isla Carneral, en presencia del miserable cuyas abominables maquinaciones habían sido la causa de tantas desdichas y tantos disgustos a la familia Burbank, y que le había robado a Zermah, su mujer!

El campamento se estableció en la extremidad del pequeño cabo que se proyecta hacia el ángulo norte del lago. No hubiera sido prudente internarse en medio de la noche a través de un territorio desconocido, en el cual, el horizonte que la vista alcanzaba había de ser necesariamente muy restringido.

Comprendiendo esto, se decidió, después de una detenida deliberación, que se esperaba a que empezara a amanecer para ponerse en marcha. El riesgo de extraviarse en aquellas espesas selvas era demasiado grande para que se quisieran exponer a él.

Por lo demás, ningún incidente ocurrió durante la noche. A las cuatro de la mañana, en el momento en que el día empezaba a clarear, diose la señal de partida. La mitad del personal debía bastar para llevar los paquetes de víveres y los efectos del campamento. Los negros podrían, por tanto, relevarse en la marcha. Todos, amos y criados, iban armados de carabinas «Minié», que se cargan con una bala y cuatro perdigones gruesos, y de revólveres «Colt», cuyo uso estaba tan extendido entre los beligerantes desde el principio de la Guerra de Secesión.

En estas condiciones se podía resistir sin desventaja una partida de sesenta seminolas, y aun, si era preciso, atacar a Texar, aunque estuviese rodeado de un número Igual de sus partidarios.

Había parecido conveniente marchar todo el tiempo que fuera posible, siguiendo la ribera del San Juan. El río corría *entonces* hacia el Sur, y por consiguiente en la dirección del lago Okee-cho-bee. Era como un hilo tendido a través de aquel largo laberinto de bosques. Se le podía seguir sin exponerse a cometer error: por consiguiente, se le siguió.

Esto fue bastante fácil. Sobre toda la ribera derecha se dibujaba una especie de sendero, verdadera carretera que hubiera podido servir para remolcar alguna embarcación por la parte alta del curso del río. Se marchó con paso rápido, Gilbert y Mars delante, James Burbank y Edward Carrol detrás, y en medio el capataz Perry con su personal negro, que se relevaban cada hora en el transporte del equipaje. Antes de partir se había hecho una comida ligera. Detenerse a mediodía para comer, a las seis de la tarde para cenar, acampar, si la oscuridad no permitía ir más adelante, ponerse en camino de nuevo, si parecía posible continuar avanzando a través de la selva; tal era el programa adoptado, que debía observarse rigurosa y exactamente.

Primero era preciso dar la vuelta a la ribera oriental del lago Washington, ribera bastante llana y de un suelo casi movable. Los bosques volvieron a aparecer entonces. Ni como extensión ni como espesor eran todavía lo que debían ser más adelante. Esto se relacionaba con la naturaleza misma de los árboles que los componían.

En efecto, allí no había más que arbustos de campeche, de hojas pequeñas y amarillentos racimos, cuyo corazón, de un color pardusco, es utilizado para los tintes; después, olmos de México, guazumas de penachos blancos, empleados en tantos usos domésticos, y cuya sombra cura, según dicen, los resfriados más

tenaces, incluso los del cerebro. En algunos sitios crecían también algunos grupos de arbustos de quina, que no son en aquel sitio más que simples plantas arborescentes, en lugar de los magníficos árboles que crecen en el Perú, su país natal. En fin, formando como anchas canastillas de flores, sin haber conocido jamás los cuidados del cultivo sabio, se veían plantas de colores vivos, gencianas, amarilis, asclepias, cuyas finas fibras sirven para la fabricación de ciertos tejidos. Todas, plantas y flores, según la observación de uno de los exploradores más competentes de Florida (1), «amarillas o blancas en Europa, revisten en América los diversos matices del rojo, desde el púrpura hasta el rosa más tenue».

Al llegar la noche estos arbustos desaparecieron para dejar sitio al gran bosque de cipreses que se extiende hasta los Everglades.

Durante esta jornada se habían recorrido unas veinte millas, por lo cual Gilbert preguntó a sus compañeros de viaje si no se sentían demasiado fatigados.

- Estamos prontos a caminar, Mr. Gilbert -dijo uno de los negros, hablando en nombre de sus compañeros.

- ¿No nos exponemos a extraviarnos durante la noche? -observó Edward Carrol.

- De ninguna manera -respondió Mars-, puesto que continuaremos siguiendo la orilla del San Juan.

- Además -añadió el joven oficial-, la noche será clara; el cielo no presenta una sola nube y la luna, que va a salir a las nueve, durará hasta el día. La enramada de los cipreses es poco espesa y la oscuridad es aquí menos profunda que en cualquier otro bosque.

Se partió, pues. A la mañana siguiente, después de haber caminado una parte de la noche, la pequeña caravana se detenía al pie de uno de los gigantescos cipreses que se encuentran por millones en aquella región de Florida.

El que no ha explorado estas maravillas de la naturaleza, no puede figurárselas. Imagínese una pradera completamente verde, elevada a más de cien pies de altura, sostenida por fustes derechos, como si estuviesen hechos a tomo, y sobre la cual se desearía poder caminar. Por bajo, el suelo es blando y pantanoso. El agua se estaciona allí incesantemente sobre aquel terreno impermeable, donde pululan por millares ranas, sapos, lagartos, escorpiones, arañas, tortugas, serpientes y aves acuáticas de todas clases. Más alto, en tanto que los orioles, especie de loritos con largas plumas doradas, pasean como estrellas errantes, las ardillas juegan en las ramas altas, y los papagayos llenan el bosque con sus chirridos ensordecedores. En suma, éste es un país muy curioso, pero difícil de recorrer.

Era, preciso, pues, estudiar con cuidado el terreno en el cual se aventuraban. Un peatón hubiera podido sepultarse hasta las ingles en los numerosos cenagales que llenan el suelo. Sin embargo, con alguna atención y gracias a la claridad de la luna, que atravesaba el alto follaje, se logró salir de allí.

El río permitía continuar el camino en buena dirección. Esto era una cosa muy importante, pues todos los cipreses se parecen, con sus troncos torneados, retorcidos, huecos en su base, arrojando largas raíces, que llenan de jorobas el suelo, y elevándose a una altura de veinte pies, como postes cilíndricos. Son verdaderos mangos de paraguas, de puño rugoso, cuyo tallo soporta una inmensa sombrilla verde, la cual, a decir verdad, no protege ni de la lluvia ni del sol.

Bajo la enramada de estos árboles se internaron James Burbank y sus compañeros un poco después de salir el sol.

El tiempo era magnífico; no había que temer ninguna tempestad, lo cual hubiera podido convertir el suelo en una laguna impracticable. Sin embargo, era preciso buscar bien los pasos a fin de evitar los charcos, que no se secan jamás. Por fortuna, a todo lo largo del San Juan, cuya ribera derecha se encuentra un poco más elevada, las dificultades debían ser menores. Aparte de los cauces de los arroyos que desaguan en el río y que era preciso rodear o pasar por los vados, el retraso no tuvo importancia.

Durante esta jornada no se descubrió ninguna huella que indicase la presencia de alguna partida de sudistas o de semínolas; ningún vestigio había tampoco de Texar ni de sus compañeros. Acaso era posible que Texar hiciera el viaje por la ribera izquierda del río, lo cual no sería un obstáculo, pues lo mismo por una orilla que por la otra, se iba directamente hacia aquel sitio de la Baja Florida indicado por la esquila de Zermah.

Cuando llegó la noche, James Burbank y sus compañeros de viaje descansaron durante seis horas. Después, todo el resto, hasta el día, se empleó en una marcha rápida. La caminata se hacía silenciosamente bajo el bosque de cipreses, que parecía dormido. La bóveda de follaje no se turbaba con el menor soplo de viento. La luna, en su cuarto menguante ya, recortaba en negro sobre el suelo la ligera red de ramaje, cuyo dibujo se agrandaba por la altura de los árboles. El río murmuraba apenas sobre su lecho, de una pendiente casi insensible. Gran número de escollos emergían de su superficie, y no hubiera sido posible atravesarlo si esto fuera necesario.

Al día siguiente, después de un descanso de dos horas, la reducida escolta emprendió de nuevo su marcha en el orden adoptado y en dirección hacia el Sur. Sin embargo, durante esta jornada el hilo conductor que habían ido siguiendo hasta entonces iba a romperse, o mejor dicho, a llegar a su término. En efecto, el San Juan, reducido ya a un simple hilo líquido, desapareció bajo un bosquecillo

de árboles de quina que tomaban su savia en la misma fuente del río.

Más allá el bosque de cipreses ocultaba el horizonte en las tres cuartas partes de su perímetro.

En este sitio apareció un cementerio dispuesto según la costumbre indígena por los negros convertidos al cristianismo, y que habían permanecido hasta la muerte fieles a la fe católica.

En varios sitios, modestas cruces, unas de piedra y otras de madera, clavadas sobre el suelo, indicaban las sepulturas entre los árboles. Dos o tres tumbas aéreas, sostenidas por ramas fijadas en el suelo contenían, a merced del viento, algún cadáver reducido al estado de esqueleto.

- La existencia de un cementerio en este sitio -observó Edward Carroll- podría indicar perfectamente la proximidad de una aldea o de un caserío.

- Que no debe existir actualmente -respondió Gilbert- puesto que no se le encuentra señalado en nuestros mapas. Estas desapariciones de aldeas son, por lo general, muy frecuentes en la Baja Florida, sea porque los habitantes las han abandonado, o porque hayan sido destruidas por los indios.

- Gilbert -dijo James Burbank-, ahora que ya no tenemos el San Juan para guiarnos, ¿cómo nos arreglaremos para marchar?

- La brújula nos indicará la dirección, padre mío -respondió el joven oficial-. Cualesquiera que sean la extensión y el espesor del bosque, es imposible que nos extraviemos.

- Pues bien, en marcha, Mr. Gilbert -exclamó Mars, que durante las paradas no podía permanecer quieto-. En marcha, y que Dios nos conduzca.

Una media milla más allá del cementerio de los negros, la pequeña caravana se internó bajo un verdadero techo de verdura y, ayudada por la brújula, descendió casi directamente hacia el Sur.

Durante la primera parte de la jomada no hubo ningún incidente que relatar. Hasta entonces nada había dificultado esta campaña de exploración. ¿Continuaría siendo así hasta el final? ¿Alcanzaría el objeto que se proponía, o la familia Burbank estaría condenada a la desesperación? No encontrar a la niña y a Zermah; saber que se hallaban entregadas a todas las miserias, expuestas a todos los ultrajes, y no poderlas librar de tan infeliz existencia, hubiera sido un suplicio en todos los instantes.

Hacia mediodía se detuvieron. Gilbert, teniendo en cuenta el camino recorrido hasta el lago Washington, calculaba que se encontrarían a unas cincuenta millas del lago Okee-cho-bee. Ocho días habían transcurrido desde la salida de Camdless-Bay, y más de ochocientas millas habían sido recorridas con una rapidez excepcional. Verdad es, que el río primero, casi hasta sus fuentes, y el bosque de cipreses después, no habían presentado obstáculos verdaderamente



serios. Con la ausencia de las grandes lluvias, que hubieran podido imposibilitar la navegación por el San Juan y hacer impracticables los terrenos por donde caminaban, con aquellas hermosas noches que la luna impregnaba de una claridad magnífica, todo había favorecido al viaje y a los viajeros.

Al presente, una distancia relativamente corta los separaba de la isla Cameral. Animados como estaban por ocho días de esfuerzos constantes, tenían la esperanza de llegar al término de su viaje antes de cuarenta y ocho horas. Entonces se tocaría el desenlace, que todavía era imposible prever.

Sin embargo, si la buena fortuna les había secundado hasta entonces, James Burbank y sus compañeros tuvieron motivos para temer, durante la segunda parte de la jornada, tropezar con dificultades insuperables.

La marcha había sido emprendida de nuevo en las condiciones habituales después de la comida del mediodía. Nada nuevo se observaba en la naturaleza del terreno; numerosos charcos de agua y muchos cenagales que evitar, algunos arroyos que era preciso pasar con el agua hasta media pierna. En suma, el camino no había hecho más que alargarse un poco, por los rodeos que había sido preciso dar.

Sin embargo, hacia las cuatro de la tarde, Mars se detuvo repentinamente. Después, cuando fue alcanzado por sus compañeros, les hizo notar huellas de pasos impresas en el suelo.

- No puede caber la menor duda -dijo James Burbank-, de que un grupo de hombres ha pasado recientemente por aquí.

- Y un grupo numeroso -añadió Edward Carrol.

- ¿De qué lado vienen estas huellas y hacia qué parte se dirigen? -preguntó Gilbert-. Esto es lo que precisa averiguar antes de tomar ninguna resolución.

En efecto, así se creyó oportuno, y el examen se efectuó con cuidado.

En un espacio de quinientas yardas hacia el Este, se podían seguir las señales de los pasos, que continuaban mucho más allá; pero pareció inútil continuar examinándolas más lejos. Lo que se había demostrado, por la dirección de aquellos pasos, era que una tropa, lo menos de ciento cincuenta a doscientos hombres, después de haber dejado el litoral del Atlántico acababa de atravesar aquella parte del bosque de cipreses. Del lado del Oeste, estas huellas de pisadas continuaban dirigiéndose hacia el golfo de México atravesando así por una secante toda la península floridiana, la cual, en esta latitud, no mide doscientas millas de anchura. Se pudo igualmente observar que aquel destacamento, antes de volver a emprender su marcha en la misma dirección, había hecho alto precisamente en el mismo sitio que James Burbank y los suyos ocupaban entonces.

Además, después de haber recomendado a sus compañeros que estuviesen

preparados para lo que pudiera suceder, Gilbert y Mars se habían adelantado más de un cuarto de milla hacia la izquierda del bosque, y pudieron convencerse de que las huellas que seguían tomaban francamente la dirección del Sur.

Cuando los dos estuvieron de vuelta en el campamento, Gilbert dijo lo siguiente:

- Nosotros marchamos precedidos por un grupo de hombres que sigue exactamente el mismo camino que venimos siguiendo desde el lago de Washington. Son gentes armadas, puesto que hemos encontrado los trozos de cartucho que les han servido para encender el fuego, del cual no queda más que algunos carbones apagados. ¿Quiénes son estos hombres? Lo ignoramos. Lo que es cierto es que marchan hacia los Everglades y que son en gran número.

- ¿No será, quizás, una banda de seminolas nómadas? -preguntó Edward Carrol.

- No -respondió Mars-. La huella de los pasos indica claramente que estos hombres son americanos.

- ¿Serán soldados de la milicia floridiana? -observó James Burbank.

- Es de temer -respondió Perry-. Son en demasiado número para pertenecer al personal de Texar.

- A menos que este hombre no haya vuelto a reunir una banda de sus partidarios -dijo Edward Carrol-, en cuyo caso no sería sorprendente que estuviesen allí varios centenares de aquellos desalmados.

- ¡Contra diecisiete! -dijo el capataz.

- ¿Y qué importa?» -exclamó Gilbert-. Si nos atacan o si es preciso atacarlos, ninguno de nosotros retrocederá.

- ¡No, no! -exclamaron los valerosos compañeros del joven oficial.

Era aquél un entusiasmo muy natural, sin duda; y, sin embargo, ante la más sencilla reflexión debían preverse todas las malas consecuencias que hubiera traído consigo un encuentro semejante.

Mas aunque este pensamiento se hubiese presentado acaso en la mente de todos, no disminuyó en nada el valor de cada uno. ¡Tan cerca del objetivo, se decían, y encontrar un obstáculo! ¡Y qué obstáculo! Un destacamento de sudistas, acaso de partidarios de Texar, que trataban de reunirse con él en los Everglades, a fin de esperar allí el momento de reaparecer en el Norte de Florida.

Sí; aquél era el peligro más terrible, ciertamente. Todos lo sentían; por consiguiente, no es de extrañar que, pasado el primer movimiento de entusiasmo, permaneciesen mudos y pensativos, contemplando a su joven jefe y preguntándose qué orden les daría.

También Gilbert había sufrido la impresión común; pero irguiendo la cabeza, dijo:

- ¡Adelante!

# Capítulo X

## **ENCUENTRO**

Sí, era preciso ir delante. Entretanto, en previsión de eventualidades, debía tomarse todo género de precauciones. Era preciso explorar el camino, reconocer las espesuras de la selva y estar preparados a todo evento.

Se examinaron las armas con cuidado especialísimo, y puestas en estado de servir a la primera señal. Al menor alerta, todos dejarían en tierra los equipajes y tomarían parte en la defensa. En cuanto a la disposición del personal en marcha, ésta no se modificaría. Gilbert y Mars continuarían marchando a vanguardia, a una distancia mayor, a fin de prevenir toda sorpresa. Cada uno de los expedicionarios estaba dispuesto a cumplir con su deber, por más que aquellas buenas gentes tuviesen verdaderamente el corazón oprimido desde el momento en que un obstáculo se alzaba entre ellos y el resultado que se proponían alcanzar.

La marcha no se había retrasado nada. Sin embargo, había parecido prudente no seguir las huellas, que continuaban indicadas con claridad. Más valía, si era posible, no encontrarse con el destacamento, que seguramente avanzaba en dirección de los Everglades. Desgraciadamente se reconoció bien pronto que esto había de ser bastante difícil. En efecto, la desconocida tropa no marchaba en línea recta. Las huellas hacían numerosos ángulos a derecha y a izquierda, lo cual indicaba cierta duda en la marcha. No obstante, su dirección general era hacia el Sur.

Todavía transcurrió otro día. Ningún encuentro había obligado a James Burbank y a los suyos a detenerse. Habían caminado a buen paso, y ganaban terreno, evidentemente hacia la tropa que se aventuraba a través del bosque de cipreses.

Esto se adivinaba perfectamente en las huellas múltiples que se notaban sobre aquel suelo tan blanco y movedizo. Nada hubiese sido más fácil que contar el número de paradas, sea a las horas de la comida, pues entonces las huellas se entrecruzaban indicando las idas y venidas en diferentes sentidos, o cuando sólo

había sido un breve descanso, sin duda para tomar alguna deliberación acerca del camino que debían seguir.

Gilbert y Mars no cesaban de estudiar estas huellas con minuciosa atención. Como indudablemente podían revelarles muchas cosas, las observaban con tanto cuidado como los mismos semínolas, tan hábiles en estudiar y reconocer los indicios sobre los territorios que recorren en épocas de caza o de guerra.

Después de uno de estos exámenes detenidos, pudo Gilbert decir afirmativamente a su padre:

- Padre mío, tenemos la certidumbre de que ni Zermah ni mi hermana forman parte de la gente que nos precede. Como en todo el camino no se encuentra ni una sola huella de caballería, si Zermah fuese con ellos es evidente que marcharía a pie, llevando a mi hermana en sus brazos, y tanto los vestigios de Zermah como los de Dy se reconocerían perfectamente en las paradas que ha hecho la caravana; pero no existe ni una sola huella de pie de mujer ni de niña. En cuanto a este destacamento, no cabe duda alguna de que va pertrechado de armas de fuego. En varios sitios han podido verse las señales de las culatas de los fusiles sobre el suelo. He notado hasta la siguiente circunstancia: que estas culatas deben ser semejantes a las que tienen los fusiles de la marina. Es, pues, probable que las milicias floridianas tuviesen a su disposición armas de este modelo, sin lo cual esto sería inexplicable. Además, y esto es desgraciadamente demasiado cierto, esta tropa es por lo menos diez veces más numerosa que la nuestra; por consiguiente, es preciso conducirnos con extraordinaria prudencia a medida que nos aproximemos a ella.

No había otro remedio que seguir las recomendaciones del joven oficial y así efectivamente se hizo. En cuanto a las deducciones que sacaba de la forma y el número de las huellas, debían ser indudablemente justas. Que ni la pequeña Dy ni Zermah formaban parte de aquel destacamento, era cosa demasiado cierta. De aquí se deducía la conclusión lógica de que los expedicionarios no se encontraban sobre la pista de Texar. El personal que había salido de la Bahía Negra no podía ser tan importante, ni estar tan bien armado; por consiguiente, no parecía dudoso que hubiese allí una numerosa tropa de milicias floridianas dirigiéndose hacia las regiones meridionales de la Península y por consecuencia, hacia los Everglades, adonde Texar habría llegado probablemente uno o dos días antes.

En suma, aquel destacamento, de tal manera formado era temible para los compañeros de James Burbank.

Avanzada la tarde, hicieron alto en el centro de una especie de plazoleta, donde los cipreses estaban más claros. Sin duda había debido de estar ocupada algunas horas antes, pues así lo indicaban en aquel momento varios montones de

ceniza apenas enfriada, restos de los fuegos que habían sido encendidos por el destacamento.

Se tomó entonces el partido de no ponerse en marcha sino después del crepúsculo. La noche sería oscura, el cielo estaba lleno de nubarrones y la luna, casi en su último cuarto, no debía salir hasta muy tarde.

Esto permitiría ir aproximándose al destacamento en mejores condiciones.

Acaso fuera posible reconocerle sin ser visto, pasarle dando un rodeo, ocultándose entre las espesuras de la selva, y tomar así la delantera para dirigirse hacia el Sudeste, de modo que pudieran llegar antes que él al lago Okee-cho-bee y a la isla Cameral.

La reducida caravana, llevando siempre a Mars y Gilbert como exploradores, se puso en marcha hacia las ocho y media de la noche y se internó silenciosamente bajo la bóveda formada por los árboles, en medio de una oscuridad muy profunda. Durante dos horas aproximadamente, todos caminaron así, apagando en lo posible el ruido de sus pasos para no denunciarse.

Un poco después de las diez, James Burbank detuvo con una palabra al grupo de negros, a la cabeza del cual marchaba, acompañado del capataz. Su hijo y Mars acababan de replegarse rápidamente hacia ellos. Todos esperaban inmóviles la explicación de aquella brusca retirada de Gilbert y Mars.

Esta explicación fue dada en breves palabras.

- ¿Qué hay, Gilbert? -preguntó James Burbank a su hijo-. ¿Qué habéis encontrado Mars y tú?

- Un campamento establecido bajo los árboles, cuyos fuegos son todavía muy visibles.

- ¿Lejos de aquí? -preguntó Edward Carrol.

- A cien pasos.

- ¿Habéis podido reconocer qué clase de gentes son las que ocupan ese campamento?

- No, pues los fuegos empiezan a extinguirse -respondió Gilbert-, pero creo que no nos hemos engañado mucho calculando su número en unos doscientos hombres.

- ¿Duermen?

- Sí, casi todos; pero no sin haber establecido centinelas. Hemos visto vigilando algunos de éstos, que con el fusil al hombro, van y vienen por entre los cipreses.

- ¿Y qué crees que debemos hacer? -preguntó Edward Carrol, dirigiéndose al joven oficial.

- Lo primero de todo es reconocer, si es posible, qué clase de gente es la que compone este destacamento, antes de procurar adelantarlo.

- Yo estoy dispuesto a ir a ese reconocimiento -dijo Mars.  
- Y yo a acompañaros -añadió Perry.  
- No, yo iré -respondió Gilbert-. No puedo fiarme en estos momentos más que de mí mismo.

- Gilbert -dijo James Burbank-, no hay aquí ninguno de nosotros que no esté dispuesto a arriesgar su vida en el interés común, mas para hacer este reconocimiento con probabilidades de no ser visto, es preciso ir solo.

- Pues solo iré yo.

- No, hijo mío, yo te ruego que permanezcas con nosotros -respondió Burbank-. Mars bastará.

- Estoy dispuesto, señor.

Mars, sin hablar más palabra, desapareció en la sombra.

Al mismo tiempo, James Burbank y los suyos se prepararon para resistir cualquier ataque que intentara hacérseles. Los equipajes fueron depositados en tierra, y los negros que los conducían tomaron sus armas. Todos, con el fusil en la mano, se situaron detrás de los troncos de los cipreses, de manera que pudieran reunirse en un instante, si se hacía necesario un movimiento de concentración.

Desde el sitio que James Burbank ocupaba no se podía distinguir el campamento; era preciso aproximarse por lo menos unos cincuenta pasos para que los fuegos, ya muy amortiguados, llegasen a ser visibles. De aquí la necesidad de esperar a que el mestizo estuviese de vuelta, antes de tomar el partido que exigiesen las circunstancias. Gilbert, consumido por la impaciencia, se había adelantado algunos pasos del sitio que ocupaban sus compañeros.

Mars avanzaba entonces con extrema prudencia, no dejando el abrigo que le ofrecía el tronco de un árbol sino para guarecerse tras otro; de esta manera se aproximaba, corriendo menos riesgo de ser descubierto. Obrando así, se proponía llegar bastante cerca del campamento para observar la disposición en que estaba situado, averiguar el número de hombres que en él había, y, sobre todo, lo que era más importante, cerciorarse de la clase de gente que era y del partido a que pertenecía. Esto, indudablemente, había de ser bastante difícil. La noche estaba oscura, y los fuegos no despedían ninguna claridad. Para conseguirlo era preciso arrastrarse hasta el campamento; pero Mars tenía bastante audacia para intentarlo y suficiente destreza para burlar la vigilancia de los centinelas que estaban de guardia.

El mestizo ganaba terreno poco a poco. A fin de que no le estorbasen las armas en un caso adverso, no llevaba consigo ni fusil ni revólver; no había cogido más que un hacha, pues convenía evitar toda detonación, y defenderse, en caso necesario, sin ruido.

Bien pronto el bravo mestizo se encontró a muy corta distancia de uno de los hombres que hacían centinela, el cual, a su vez, no se hallaba más que a siete u ocho yardas del campamento. Todo estaba silencioso. Evidentemente, fatigadas por una larga marcha, aquellas gentes estaban entregadas a un profundo sueño. Solamente los centinelas velaban en su puesto con mayor o menor vigilancia, de lo cual Mars no tardó en enterarse.

En efecto, si bien uno de los centinelas, al cual observaba hacía unos instantes, estaba de pie, no se movía lo más mínimo. Su fusil descansaba sobre el suelo, y él, a su vez, recostado contra un árbol, con la cabeza inclinada, parecía próximo a sucumbir al sueño. Acaso no sería imposible deslizarse por detrás de él y llegar de este modo al límite del campamento.

Mars se aproximaba lentamente hacia el centinela, cuando el ruido de una rama seca que acababa de quebrar con el pie, descubrió repentinamente su presencia.

En seguida el centinela se enderezó, levantó la cabeza, y luego se inclinó mirando a derecha e izquierda.

Sin duda vio alguna cosa sospechosa, pues en seguida cogió su fusil y se lo echó a la cara ya dispuesto a disparar.

Antes de que hubiese hecho fuego, Mars le había arrancado el arma que iba dirigida contra su pecho, y le derribó en tierra después de haberle aplicado su ancha mano sobre la boca para que no pudiera lanzar un grito.

Un instante después aquel hombre estaba amordazado y atado; y levantado en vilo por los brazos del vigoroso mestizo, contra el cual se defendió vanamente, fue conducido con rapidez al sitio en que estaba James Burbank.

Los otros centinelas que guardaban el campamento no habían oído nada, prueba de que velaban con negligencia. Algunos instantes después Mars llegaba con su carga y la depositaba a los pies de su joven señor.

En un instante, el grupo de negros se aproximó formando corro alrededor de James Burbank, de Gilbert, de Edward Carrol y del capataz Perry. El centinela, medio sofocado, no hubiera podido pronunciar una sola palabra, aunque en aquel momento no hubiera llevado la mordaza.

La oscuridad no permitía ver su rostro ni reconocer por sus vestidos si pertenecía o no a las milicias floridianas.

Mars le quitó el pañuelo que oprimía su boca, pero fue preciso esperar a que se tranquilizase un tanto para interrogarle.

- ¡A mí! -exclamó por fin.

- Ni un grito -dijo James Burbank, conteniéndole-; nada tienes que temer de nosotros.

- ¿Qué se me quiere?



- Que respondas francamente.  
- Eso dependerá de las preguntas que me hagan -replicó el prisionero, que parecía haber recobrado cierta seguridad-. Ante todo, ¿sois partidarios del Sur o del Norte?

- Del Norte.

- Entonces estoy pronto a responder.

Gilbert fue quien continuó el interrogatorio.

- ¿Cuántos hombres -preguntó- componen el destacamento de que formas parte?

- Cerca de doscientos.

- ¿Y adónde se dirigen?

- Hacia los Everglades.

- ¿Quién es su jefe?

- El capitán Howick.

- ¡Cómo! ¿El capitán Howick? ¡Uno de los oficiales del **Wasbah**! -exclamó Gilbert.

- El mismo.

- Entonces, ¿este destacamento está compuesto de marinos de la escuadra del comodoro Dupont?

- Sí; federales, nordistas, antiesclavistas, unionistas -respondió el soldado, que parecía estar orgulloso de publicar los diversos nombres dados al partido de la buena causa.

Por lo que se ve, en vez de una tropa de milicias floridianas, que James Burbank y los suyos creían tener delante de sí, en lugar de una banda de partidarios de Texar eran amigos; los que encontraban, eran compañeros de armas, cuyo refuerzo venía tan a propósito.

- ¡Hurra, hurra! -gritaron todos con tal fuerza y alegría, que despertaron a los del campamento.

En seguida brillaron las antorchas entre la sombra. Se reunieron los de una y otra expedición en el sitio en que acampaban, y el capitán Howick, antes de toda explicación, estrechó la mano del joven teniente, al cual no esperaba encontrar, ni por asomo, en el camino de los Everglades.

Las explicaciones no fueron largas ni complicadas.

- Mi capitán -preguntó Gilbert-, ¿podéis decirme lo que venís a hacer en la Baja Florida?

- Mi querido Gilbert -respondió el capitán Howick-, venimos enviados en expedición por el comodoro.

- ¿Y de dónde venís?

- De Mosquito-Inlet, desde donde nos hemos trasladado a Nueva Esmirna,

en el interior del condado.

- ¿Me permitís preguntaros, mi capitán, cuál es el motivo de vuestra expedición?

- Tiene por objeto castigar una banda de partidarios sudistas que ha hecho caer en una emboscada a dos de nuestras chalupas, y vengar así la muerte de nuestros bravos camaradas.

El capitán Howick contó el hecho siguiente, que no podía ser conocido de James Burbank por haber tenido lugar dos días después de su salida de Camdless-Bay.

No se habrá olvidado que el comodoro Dupont se ocupaba entonces en organizar el bloqueo efectivo del litoral. A este efecto su flotilla recorría el mar desde la isla Anastasia, más arriba de San Agustín, hasta la entrada del canal que separa las islas de Bahama del cabo Sable, situado en la punta meridional de Florida. Pero esto no le pareció suficiente, y resolvió perseguir las embarcaciones sudistas hasta en los pequeños cursos de agua de la península.

Con este objeto, una de estas expediciones, compuesta de un destacamento de marinos y dos chalupas de la escuadra, fue enviada bajo el mando de dos oficiales, que, a pesar del personal restringido que llevaban, no dudaron en lanzarse hacia las riberas del Condado.

Pero por este sitio, numerosas bandas de sudistas espiaban estos movimientos de los federales. Dejaron, pues, a las chalupas internarse por aquella parte salvaje de Florida, lo cual era una flagrante imprudencia, puesto que aquella región estaba ocupada por las milicias y por los indios. Lo que resultó fue lo siguiente: que las chalupas fueron atraídas a una emboscada por la parte del lago Kissimmee, a ochenta millas al oeste del cabo Malabar. En aquel punto fueron atacadas por numerosos enemigos, y allí perecieron, con un crecido número de marineros, los dos comandantes que dirigían aquella funesta expedición. Los supervivientes no llegaron a Mosquito-Inlet sino por milagro. En seguida el comodoro Dupont ordenó que se pusieran sin tardanza en persecución de las milicias floridianas para vengar la muerte de los federales.

Un destacamento de doscientos marinos, bajo las órdenes del capitán Howick, desembarcó inmediatamente cerca del Mosquito-Inlet, llegando en poco tiempo a la pequeña ciudad de Nueva Esmima, situada a algunas millas de la costa. Después de haber hecho las averiguaciones que le eran necesarias, el capitán Howick se puso en marcha hacia el Sudoeste. En efecto, hacia los Everglades se proponía encontrar la partida a la cual se atribuía la emboscada de Kissimmee, y hacia allí conducía su destacamento, no encontrándose ya, como se ve, sino a muy poca distancia del término de su viaje.

Tal era el hecho, que ignoraban James Burbank y sus compañeros, en el

momento en que acababan de reunirse con el capitán Howick en aquella parte del bosque de cipreses.

Entonces se cambiaron rápidamente, entre el teniente y el capitán multitud de preguntas y respuestas a propósito de lo que podía interesar a ambos en el presente y también en el porvenir.

- Ante todo -dijo Gilbert-, sabed, mi capitán, que también nosotros marchamos hacia los Everglades.

- ¿Vos también? -repuso el oficial, muy sorprendido por esta comunicación-. ¿Y qué vais a hacer allí?

- Perseguir bribones, mi capitán, y castigarlos como vos vais a castigar a los otros.

- ¿Qué bribones son éstos?

- Antes de responderos -dijo Gilbert-, permitidme haceros una pregunta. ¿Desde cuándo estáis fuera de Nueva Esmirna con vuestros hombres?

- Desde hace ocho días.

- ¿Y no habéis encontrado ninguna partida sudista en el interior del condado?

- Ninguna, mi querido Gilbert -respondió el capitán Howick-; pero sabemos a ciencia cierta que varios destacamentos de las milicias se han refugiado en la Baja Florida.

- ¿Cuál es, pues, el jefe del destacamento que perseguís? ¿Le conocéis?

- Sí, le conozco, y aun puedo añadir que si logramos apoderarnos de su persona, Mr. Burbank no tendrá motivos para sentirlo.

- ¿Qué queréis decir? -preguntó vivamente James Burbank al capitán Howick.

- Quiero decir que este jefe es precisamente el individuo a quien el consejo de guerra de San Agustín ha absuelto recientemente, por falta de pruebas, en el asunto de Camdless-Bay.

- ¿Texar?

Todos repitieron a un tiempo este nombre y se comprenderá sin trabajo con qué acento de sorpresa la pronunciaron.

- ¡Cómo! -exclamó Gilbert-. ¿Es Texar el jefe de la partida que venís a perseguir?

- El mismo.

- Es el autor de la emboscada de Kissimmee, de aquellos asesinatos llevados a cabo por unos cincuenta bribones de su especie, a quienes él mandaba en persona, y que, según hemos sabido en Nueva Esmirna, se han refugiado en la región de los Everglades.

- ¿Y qué haréis si lográis apoderaros de ese miserable? -preguntó Edward

Carrol.

- Será fusilado en el acto -respondió el capitán Howick-. Es la orden formal que nos ha dado el comodoro, y esta orden, Mr. Burbank, tened por seguro que será puesta en ejecución inmediatamente.

Fácilmente se comprenderá el efecto que esta resolución produjo en James Burbank y los suyos. Con el refuerzo conducido por el capitán Howick era casi segura la libertad de Dy y de Zermah; era la captura asegurada de Texar y de sus cómplices: era el inmediato castigo, que haría pagar al fin tantos crímenes. Ante tales noticias, se cambiaron fuertes apretones de manos entre los marineros del destacamento federal y los negros libertos de Camdless-Bay resonando los hurras de una y otra parte.

Gilbert puso entonces al capitán Howick al corriente de lo que conducía a sus compañeros y a él al sur de Florida. Para ellos, ante todo, lo primero era rescatar a Zermah y a la niña, arrastradas hasta la isla Cameral, según lo que indicaba la esquila de la mestiza. El capitán supo al mismo tiempo que la coartada de que se había valido el español ante el consejo de guerra no debía tener ninguna verosimilitud, aunque no podía comprenderse cómo la había establecido. Pero ahora, teniendo que responder a la vez del rapto y de los degüellos de Kissimmee parecía difícil que Texar pudiera escapar al castigo de este doble crimen.

Sin embargo, una observación inesperada hizo James Burbank, dirigiéndose al capitán Howick.

- ¿Podéis decirme -le preguntó- en qué fecha ha tenido lugar el hecho relativo a las chalupas federales?

- Exactamente, Mr. Burbank. Nuestros marinos han sido degollados el día veintidós de marzo.

- Está bien -respondió James Burbank-; en esa fecha del veintidós de marzo Texar estaba todavía en la Bahía Negra, de la cual se preparaba a salir. Por consiguiente, ¿cómo ha podido tomar parte en la emboscada hecha a los marinos, que se verificaba a doscientas millas de allí, cerca del lago Kissimmee?

- ¿Qué decís? -exclamó el capitán.

- Digo que Texar no puede ser el jefe de esos sudistas que han atacado a vuestras chalupas.

- Os engañáis Mr. Burbank -replicó el capitán Howick-. Texar ha sido visto por los marineros que han escapado al desastre. Estos marineros han sido interrogados por mí mismo, y conocían perfectamente a Texar, al cual habían visto varias veces en San Agustín.

- Eso no puede ser, capitán -replicó James Burbank-. La carta escrita por Zermah, carta que está en nuestras manos, prueba que en la fecha del veintidós

de marzo Texar estaba todavía en la Bahía Negra.

Gilbert había escuchado sin interrumpir. Comprendía que su padre debía de tener razón; Texar no había podido encontrarse el día del degüello en los alrededores del lago Kissimmee.

- Pero, ¿qué importa, después de todo? -dijo entonces-. Hay en la existencia de este hombre cosas inexplicables, que yo no trataré de aclarar. El veintidós de marzo se encontraba en la Bahía Negra, según dice Zermah; en la misma fecha se encontraba a la cabeza de una partida de floridianos a doscientas millas de allí, según decís vos, informado por vuestros marinos; mi capitán, sea, pero lo que es cierto es que ahora se encuentra en los Everglades. Por consiguiente, dentro de cuarenta y ocho horas podremos haberle alcanzado.

- Sí, Gilbert -respondió el capitán Howick-; y bien sea por el rapto, o bien por la emboscada, sí logramos fusilar a ese miserable, yo le tendré por justamente fusilado. Conque... en marcha.

El hecho, sin embargo, no era por eso menos incomprensible, como tantos otros que se relacionaban con la vida privada de Texar. Sin duda había allí también alguna inexplicable coartada, y se hubiese dicho que Texar poseía verdaderamente el poder de multiplicarse.

¿Llegaría a ponerse en claro este misterio? Era cosa que no se podía afirmar; pero fuera lo que fuese, lo importante era apoderarse de Texar, y a conseguir tal resultado iban a dirigirse los esfuerzos de los marineros del capitán Howick, reunidos con los compañeros de James Burbank.

# Capítulo XI

## *LOS EVERGLADES*

Región soberbia, y a la vez terrible, es esta de los Everglades. Está situada en la parte meridional de Florida, y se prolonga hasta el cabo Sable, última punta de la Península. Esta región, a decir verdad, no es más que una inmensa marisma, casi al nivel del Atlántico. Las aguas del mar la inundan en grandes masas cuando las tempestades del océano o del golfo de México las precipitan en ella, y allí quedan mezcladas con las aguas del cielo que la estación invernal vierte en espesas cataratas. Esto da lugar a un territorio mitad líquido, mitad sólido, casi imposible de habitar.

Estas aguas están ceñidas por cuadros de arena blanca, que hacen resaltar más su color sombrío; espejos múltiples en los cuales se refleja solamente el vuelo de innumerables pájaros que pasan por su superficie. No son venenosas, pero las serpientes pululan en ellas en infinito número.

No hay que creer, sin embargo, que el carácter general de esta región sea la aridez. No; precisamente en la superficie de las islas bañadas por las aguas pútridas de los lagos, es donde la naturaleza parece que usa de su fuerza con más bríos. La malaria es, por decirlo así, vencida por los perfumes que esparcen las admirables flores de esta zona. Las islas están embalsamadas por los olores de mil plantas de un esplendor que justifica el poético nombre de la península floridiana. Por eso los indios nómadas van a refugiarse a estos oasis saludables de los Everglades, durante sus épocas de reposo, cuya duración no es nunca larga.

Cuando se ha penetrado algunas millas dentro de este territorio, se encuentra una vasta sabana de agua; es el lago Okee-cho-bee, situado un poco más abajo del paralelo 27. Allí, en un ángulo del lago, se encuentra la isla Cameral, donde Texar se había proporcionado un retiro, en el que podía desafiar toda persecución.

¡País digno de Texar y de sus compañeros! Cuando Florida pertenecía todavía a los españoles, a esta parte del territorio huían particularmente los

malhechores de raza blanca a fin de escapar a la justicia de su país. Mezclados a las poblaciones indígenas, entre las cuales se encuentra todavía la sangre caribe, han sido origen de los creeks, de los seminolas y de otros indios nómadas, para reducir a los cuales ha sido precisa una larga y sangrienta guerra, y cuya sumisión, poco más o menos completa, no data más allá del año 1845.

La isla Camera] parece que por su posición debía de estar al abrigo de toda agresión. Verdad es que en su parte oriental no está separada de la tierra firme más que por un estrecho canal, si se puede dar este nombre a la especie de pantano que rodea el lago. Este canal mide un centenar de pies, que es preciso franquear en una grosera barca. No hay otro medio de comunicación.

Escaparse por este lado y pasar nadando, es imposible. ¿Quién se atrevería a arriesgarse a través de aquellas aguas cenagosas, erizadas de largas hierbas que se entrelazan, en las cuales hormigean los reptiles?

Más allá empieza el bosque de cipreses, con sus terrenos medio sumergidos que no ofrecen más que estrechos parajes, muy difíciles de reconocer. Y además, ¡qué obstáculos! Un suelo arcilloso que se pega al pie, como engrudo, y enormes troncos arrojados por todas partes, estorbando el paso. Allí brotan también temibles plantas como las *philacias*, cuyo contacto es mucho más venenoso que el de los cardos de aquel territorio; y sobre todo, millares de *pezies*, especie de hongos gigantes que son explosivos, como si encerrasen cartuchos de algodón pólvora o dinamita. En efecto, al menor choque se produce una violenta detonación, y en un instante la atmósfera se llena de espirales de un polvo rojizo. Este polvo, de átomos muy tenues, se agarra a la garganta, y engendra una erupción de ardientes pústulas. Es, por tanto, muy prudente evitar estas vegetaciones perjudiciales, como se evita el roce de los más peligrosos animales del mundo teratológico.

La habitación de Texar no era más que una antigua choza india, cubierta de paja, colocada al abrigo de los grandes árboles, en la parte oriental de la isla. Oculta enteramente en medio de la verdura, no se la podía descubrir ni siquiera desde la orilla más próxima. Los dos lebreles la guardaban con tanta vigilancia como guardaban el fortín de la Bahía Negra. Acostumbrados desde hacía tiempo a la caza del hombre hubieran hecho pedazos a cualquiera que se hubiese aproximado a la choza.

Allí era adonde, desde hacía dos días, habían sido conducidas Zermah y la pequeña Dy. El viaje, bastante fácil mientras remontaban el curso del San Juan hasta el lago Washington, había llegado a ser muy rudo a través del bosque de cipreses, aun para hombres vigorosos, habituados a aquel clima malsano, y acostumbrados a las prolongadas marchas a través de los pantanos y de los bosques. Puede comprenderse perfectamente lo que habían debido sufrir una

mujer y una niña. Zermah, sin embargo, era fuerte, valerosa y dispuesta a sacrificarse por la pequeña Dy. Durante todo el trayecto llevaba a la niña en brazos, pues la pobrecita se hubiera fatigado muy pronto en tan larga y penosa jornada.

Zermah hubiera caminado de rodillas para evitar a la niña semejante fatiga; así es que cuando llegaron a la isla Cameral, la pobre mestiza había agotado sus fuerzas.

Y ahora, después de lo que había pasado desde el momento en que Texar y Squambo las arrastraron fuera de la Bahía Negra, ¿cómo no había de desesperarse la pobre mestiza? Si ella ignoraba que la esclava remitida al joven esclavo había llegado a las manos de James Burbank, en cambio sabía que el pobre negro había pagado con su vida el acto de generosidad que quería llevar a cabo por salvarlas. Sorprendido en el momento en que se disponía a dejar el islote para dirigirse a Camdless-Bay, había sido herido mortalmente. Entonces la mestiza creyó que James Burbank no llegaría jamás a saber lo que ella había comunicado al desgraciado negro; es decir, que el miserable Texar y su personal se preparaban a salir para la isla Cameral. En estas condiciones, ¿cómo lograría Mr. Burbank encontrar sus huellas?

Zermah no podía, por consiguiente, conservar ni la sombra de una esperanza. Además, toda probabilidad de salvación iba a desvanecerse en medio de aquella región, de la cual conocía, por referencia, los salvajes horrores. Demasiado comprendía que en tal situación toda tentativa de evasión sería imposible.

Al llegar a la isla, la niña se encontraba en un estado de debilidad extrema. Primero, la fatiga que había sufrido, a pesar de los cuidados incesantes de Zermah; después, la influencia de un clima detestable, habían alterado su salud profundamente. Pálida, enflaquecida, como si hubiese sido envenenada por las emanaciones de aquellos pantanos, la pobre niña no tenía fuerzas para sostenerse en pie; apenas tenía la energía necesaria para pronunciar algunas palabras, y éstas eran siempre para preguntar por su madre; Zermah no podía ya decirle, como lo hacía durante los primeros días de su estancia en la Bahía Negra, que volvería a ver bien pronto a la señora Burbank; que su padre, su hermano, Alicia y Mars no tardarían en reunirse con ellas.

Con su inteligencia tan precoz, que parecía serlo más todavía por la desgracia, desde las espantables escenas de la plantación, Dy comprendía perfectamente que había sido arrancada por la fuerza del hogar materno, que estaba entre las manos de un hombre perverso, y que si no acudían pronto en su socorro, no volvería a ver más a Camdless-Bay.

Ya Zermah no sabía qué responder, y a pesar de todo su interés y todo su



cariño, veía con tristeza que la pobre niña se iba desesperando.

La habitación no era, como ya se ha dicho, más que una grosera cabaña, que hubiera sido insuficiente durante el período invernal.

Entonces, el viento y la lluvia penetrarían en ella por todas partes. Pero en la estación cálida, cuya influencia se dejaba ya sentir bajo aquella latitud, podía al menos proteger a sus habitantes contra los ardores del sol.

Esta choza estaba dividida en dos departamentos de muy desigual extensión; el uno muy estrecho, apenas iluminado, que no comunicaba con el exterior, sino que tenía su entrada por la otra habitación. Esta, mucho más vasta, recibía la luz por una puerta practicada en la fachada principal, es decir, en la que miraba a la orilla del cercano canal.

Zermah y Dy habían sido relegadas a la habitación pequeña, donde no tuvieron a su disposición más que algunos groseros utensilios y un montón de hierba que les servía de cama.

La otra habitación estaba ocupada por Texar y el indio Squambo, el cual no se separaba jamás de su amo. Allí, por muebles, había una mesa con varias vasijas de aguardiente, vasos y algunos platos; una especie de armario para las provisiones, un tronco de árbol, apenas descortezado, como banco, y dos haces de hierbas por todo lecho. El fuego necesario para la preparación de las comidas se hacía en un fogón de piedra, construido en el exterior, en un ángulo de la cabaña. Tal como era bastaba para las necesidades de una alimentación que no se componía más que de carne seca de animales montaraces, de los cuales un cazador podía fácilmente hacer provisiones en la isla; de legumbres y de frutas, casi en estado salvaje; en fin, de algo para no morir de hambre.

En cuanto a los esclavos, en número de media docena, que Texar había conducido desde la Bahía Negra, éstos dormían fuera, como los perros, y como ellos velaban los alrededores de la choza, no teniendo por abrigo más que los grandes árboles, cuya ramas bajas se entremezclaban por encima de sus cabezas.

Sin embargo, desde el primer día, Zermah y Dy tuvieron libertad para ir y venir de un lado a otro. No estaban prisioneras en su habitación, si bien lo estaban en la isla Carneral. Se contentaban con vigilarlas, precaución bien inútil, por cierto, pues era imposible de todo punto franquear el canal sin servirse de la barca, que estaba guardada sin cesar por uno de los negros. Mientras que sacaba a pasear a la pequeña Dy, Zermah se dio bien pronto cuenta de las dificultades que presentaría una evasión.

Aquel día, si la mestiza no fue perdida de vista por Squambo, en cambio no encontró por ninguna parte a Texar, mas cuando llegó la noche escuchó la voz del forajido que cambiaba algunas palabras con el indio Squambo, al cual recomendaba cuidadosamente una vigilancia muy severa; y pasado algún

tiempo, excepto Zermah, todos los demás dormían en la choza.

Hasta entonces, preciso es decirlo, la mestiza no había podido arrancar una sola palabra a Texar. Conforme subían hacia el lago Washington, le había interrogado inútilmente acerca de lo que pensaba hacer de la niña y de ella, llegando algunas veces hasta la súplica, y otras hasta la amenaza.

Mientras que hablaba, Texar se contentaba con fijar en ella sus ojos fríos y terribles. Después, encogiéndose de hombros, hacía un gesto, como de un hombre a quien se importuna y desdeña responder.

Sin embargo, Zermah no se daba por vencida. Llegada a la isla Cameral, tomó la resolución de volver a hablar con Texar, a fin de excitar su piedad si no para ella, al menos para la pobre niña; o, a falta de piedad, tratar de vencerle por el interés.

La ocasión se presentó.

Al día siguiente, mientras que la niña dormía, Zermah se dirigió hacia el canal.

Texar se paseaba por la orilla. Acompañado de Squambo, daba algunas órdenes a sus esclavos, ocupados en extraer las hierbas acuáticas de que estaba lleno el canal, cuya acumulación hacía muy difícil el servicio de la barca.

Durante esta tarea, dos negros se ocupaban en golpear la superficie del canal con largos palos, a fin de asustar a los reptiles, cuyas cabezas repugnantes asomaban por fuera de las aguas cenagosas y turbias.

Un instante después Squambo se separó de su amo, y éste se disponía también a retirarse cuando Zermah fue en dirección hacia Texar.

Este la dejó llegar, y cuando la mestiza estuvo bastante cerca de él, se paró.

- Texar -dijo Zermah con voz firme-, tengo que hablaros; ésta será sin duda la última vez que lo haga; os ruego, por tanto, que me escuchéis.

Texar, que acababa de encender un cigarrillo, no respondió; por consiguiente, Zermah, después de haber esperado vanamente algunos instantes, continuó de este modo:

- Texar, ¿queréis decirme al fin lo que pensáis hacer con Dy Burbank?

Texar guardó silencio.

- No trataré -añadió la mestiza- de hacer que os apiadéis de mi propia suerte; no se trata más que de esta niña, cuya vida está comprometida, y que se os escapará bien pronto.

Ante esta afirmación, Texar hizo un gesto que demostraba la más absoluta incredulidad.

- Sí, bien pronto -añadió Zermah-. Si no es por la huida, será por la muerte.

Texar, después de haber arrojado al aire lentamente una bocanada de humo de su cigarrillo, se contentó con responder:

- ¡Bah! La pequeña se repondrá con algunos días de reposo, y yo cuento, Zermah, con tus buenos cuidados para conservamos esta preciosa existencia.

- No; os lo repito, Texar; antes de poco esta niña estará muerta, y muerta sin provecho para vos.

- ¿Sin provecho -replicó Texar- cuando la tengo lejos de su madre moribunda, de su padre y de su hermano, reducidos a la más completa desesperación?

- Sea -dijo Zermah-; ya os habéis vengado; pero creedme, Texar; os reportaría más ventajas devolver esta niña a su familia, que retenerla aquí.

- ¿Qué es lo que quieres decir?

- Quiero decir que ya habéis hecho sufrir bastante a James Burbank; ahora debe hablar vuestro interés.

- ¿Mi interés?

- Seguramente, Texar -repuso Zermah, animándose-. La plantación de Camdless-Bay ha sido devastada; la señora Burbank está moribunda, acaso ha muerto en el momento en que os hablo, su hija ha desaparecido y Mr. Burbank tratará vanamente de encontrar sus huellas. Todos estos crímenes, Texar, han sido cometidos por vos. Lo sé perfectamente y tengo el derecho de decíroslo cara a cara. Pero, tened cuidado: esos crímenes se descubrirán algún día, y entonces pensad en el castigo que os será impuesto. Sí, vuestro interés os aconseja tener piedad. No hablo de mí misma, a quien mi marido no encontrará ya a su vuelta; no hablo más que por esta pobre niña que va a morir. Retenedme a mí, si así lo queréis; pero envid a esta niña a Camdless-Bay; devolvedla a su madre. No se os pedirá jamás cuentas del pasado, y aun, si lo exigís, se os pagará a precio de oro la libertad de esta pobre niña. Texar, si yo me atrevo por mi cuenta a hablaros de este modo, si yo os propongo este cambio, es porque conozco hasta el fondo el corazón de James Burbank y de los suyos; es porque sé que sacrificaría toda su fortuna por salvar a esta niña, y pongo a Dios por testigo de que cumplirán la promesa que os hace su esclava.

- ¿Su esclava? -exclamó Texar irónicamente-. ¡Si ya no hay esclavos en Camdless-Bay!

- Sí, Texar; pues para permanecer al lado de mis señores no he aceptado yo la libertad.

- Verdad, Zermah, verdad -respondió Texar-; pero, en fin, puesto que no te repugna ser esclava, todavía podremos entendernos. Hace seis o siete años quise comprarte a mi amigo Tickborn. Ofrecí por ti, sola, una suma considerable; y tú me pertenecerías desde aquella época si James Burbank no te hubiese llevado consigo para su provecho; por consiguiente, ahora que te tengo, no quiero soltarte.

- Sea, Texar -respondió Zermah-; yo seré vuestra esclava; pero, ¿devolveréis esta niña a sus padres?

- ¿La hija de James Burbank -replicó Texar con el acento del más violento odio-, devolverla a sus padres? ¡Jamás!

- ¡Miserable! -exclamó Zermah, ciega ya por la indignación-. Pues bien; si no es su padre, será Dios quien la arrancará de tus manos infames.

Una risa burlona y un encogimiento de hombros fue toda la respuesta de Texar. Había liado un segundo cigarrillo que encendió tranquilamente con el resto del primero, y se alejó por la ribera del canal sin siquiera mirar a Zermah. Seguramente si la valerosa mestiza hubiese tenido un arma le hubiera herido como a una bestia feroz aun a riesgo de ser despedazada por Squambo y sus compañeros, pero la infeliz no podía hacer nada. Quedóse inmóvil, mirando a los negros que trabajaban en la ribera del canal. Por ninguna parte un rostro amigo; no veía más que caras feroces de brutos, que no parecían pertenecer a la especie humana. Desconsolada y triste volvióse a la choza para continuar ejerciendo su papel de madre cerca de la desgraciada niña, que la llamaba con voz débil.

Zermah trató de consolar a la pobre criatura, a la cual tomó en sus brazos. Sus besos la reanimaron un poco; le hizo una bebida caliente que preparó en el fogón exterior, cerca del cual acababa de trasportarla, y le prodigó todos los cuidados que le permitían su miseria y su abandono. Dy le daba las gracias con una sonrisa. Y ¡qué sonrisa!, más triste que lo hubieran podido serlo las lágrimas.

Zermah no volvió a ver a Texar en todo el día. Por otra parte, ya no le buscaba. ¿Para qué? Él no había de dar muestras de mejores sentimientos, y la situación se empeoraría con nuevas recriminaciones.

En efecto, si hasta entonces, durante su estancia en la Bahía Negra, y desde su llegada a la isla Carneral, los malos tratos no habían sido prodigados, ni a la niña ni a Zermah, ésta empezaba ya a temerlo todo de semejante hombre. Bastaba un acceso de furor para que se dejase llevar hasta los últimos límites de la violencia. Ninguna piedad podía esperarse de aquella alma perversa; y puesto que su interés no había vencido a su odio, Zermah comprendió que debía renunciar a toda esperanza del porvenir. En cuanto a los compañeros de Texar, Squambo y los esclavos, ¿cómo había que pedirles que fuesen más humanos que su señor? Todos sabían perfectamente qué suerte esperaba a cualquiera de ellos que hubiese demostrado por ella un poquito de simpatía. Por otra parte, no había nada que esperar. Zermah estaba, pues, entregada a sí misma, y en aquel instante tomó su partido. Resolvió intentar la fuga desde la noche siguiente.

Pero, ¿de qué manera? ¿No era preciso que la cintura de agua que rodeaba la isla Cameral fuese franqueada? Si delante de la choza aquella parte del lago

no tenía sino muy poca anchura, no se podía, sin embargo atravesar a nado. Quedaba, pues, un solo recurso: el de apoderarse de la barca para llegar a la otra orilla del canal.

Llegó la noche, noche que debía ser muy oscura, hasta desapacible, pues la lluvia comenzaba a desencadenarse sobre el pantano.

Si era imposible que Zermah saliese de la cabaña por la puerta de la habitación grande, acaso no le sería difícil hacer un agujero por la parte posterior de la pared, salir por él al campo y llevar consigo a la pequeña Dy. Una vez fuera, ya pensaría lo que debía hacer para poder escaparse.

Hacia las diez de la noche, no se escuchaba ya en el exterior más ruido que los silbidos del vendaval. Texar y Squambo dormían; los perros, guarecidos en algún rincón, no rondaban alrededor de la cabaña.

El momento era favorable.

Mientras que Dy reposaba sobre el montón de hierbas, Zermah comenzó a separar suavemente la paja y las cañas que formaban el muro lateral de la choza.

Al cabo de una hora, el agujero no era suficiente para que la pequeña y ella pudiesen pasar por él, y ya se disponía a continuar agrandándolo, cuando un ruido repentino la hizo detenerse.

Aquel ruido se producía por la parte exterior, en medio de la oscuridad más profunda. Eran los aullidos de los lebreles, que señalaban que alguien iba y venía por la ribera. Texar y Squambo, despertados súbitamente, salieron con precipitación de la choza.

Entonces escucharon algunas voces. Evidentemente una partida de hombres acababa de llegar a la ribera opuesta del canal. Zermah debió suspender por entonces su tentativa de evasión, irrealizable en aquel momento.

A pesar de los rugidos del vendaval le fue posible distinguir el ruido de numerosos pasos sobre el suelo.

Zermah, con el oído atento, escuchaba. ¿Qué era lo que sucedía? ¿Se habría apiadado de ella la Providencia? ¿Le enviaría algún socorro imprevisto, con el cual no pensaba contar?

Bien pronto comprendió que no. Si esto hubiera sido así, habría habido lucha entre los que llegaban y las gentes de Texar; ataque durante la travesía del canal, gritos de una parte y de otra, detonaciones de armas de fuego, y nada de esto había sucedido. Más bien sería un refuerzo que llegaba a la isla Cameral.

Un instante después, Zermah observó que dos personas entraban en la cabaña. Texar regresaba acompañado de otro hombre que no podía ser Squambo, puesto que la voz del indio se oía en el exterior, del lado del canal.

Sin embargo, dos hombres estaban en la habitación. Habían comenzado a hablar en voz muy baja, cuando de repente se interrumpieron.

Uno de ellos, con una linterna en la mano, acababa de dirigirse hacia la habitación de Zermah, la cual no tuvo más que el tiempo preciso para arrojarle sobre el montón de hierbas y ocultar de este modo el agujero que había hecho en el muro lateral.

Texar, pues era él, entreabrió la puerta, echó una mirada por el interior de la habitación y vio a la mestiza tendida cerca de la niña, y que parecía dormir profundamente. Después de haber hecho esta inspección se retiró.

Zermah se levantó entonces y volvió a ocupar su puesto detrás de la puerta, que había sido cerrada de nuevo.

Si bien no podía ver nada de lo que pasaba en la habitación ni reconocer al interlocutor de Texar, podía, en cambio, oírle.

Y oyó lo siguiente:

## Capítulo XII

### LO QUE OYO ZERMAH

Tú en la isla Carneral?

- Sí, desde hace algunas horas.
- Yo te creía en Adamsville (2), en los alrededores del lago Apopka(3).
- Allí estaba hace ocho días.
- ¿Y por qué has venido?
- Porque era preciso.
- Bien sabes que no debíamos volver a encontrar jamás sino en las marismas de la Bahía Negra, y eso solamente cuando algunas líneas, escritas por tu mano, me dieran aviso de ello.
- Te lo repito: me ha sido preciso partir precipitadamente y refugiarme en los Everglades.
- ¿Por qué?
- Vas a saberlo.
- ¿No te expones a comprometernos?
- No; he llegado de noche, y ninguno de tus esclavos ha podido verme.

Si hasta entonces Zermah no perdía palabra, tampoco comprendía nada de aquella conversación, ni adivinaba siquiera quién podía ser aquel huésped inesperado en la choza. Allí había, ciertamente, dos hombres que hablaban y, sin embargo, parecía que era un solo hombre el que hacía las preguntas y las respuestas. La misma inflexión de voz la misma sonoridad. Se hubiese dicho que todas aquellas palabras salían de la misma boca. Zermah trataba vanamente de mirar a través de algún intersticio de la puerta. La habitación, débilmente iluminada, estaba en una semioscuridad que no permitía distinguir el menor objeto. La mestiza debió, pues, limitarse a sorprender todo lo que pudiera de aquella conversación que podía ser para ella de enorme importancia.

Después de un momento de silencio, los dos hombres continuaron la conversación. Evidentemente, fue Texar quien hizo esta pregunta:

- ¿No has venido solo?

- No, algunos de nuestros partidarios me han acompañado hasta los Everglades.

- ¿Cuántos?

- Cuarenta.

- ¿No temes que puedan haberse enterado de lo que hemos ocultado durante tanto tiempo?

- De ninguna manera. No nos verán nunca juntos, y cuando hayan dejado la isla Cameral, no habrán sabido nada; por consiguiente, nada se cambiará en el programa de nuestra vida.

En aquel momento Zermah creyó escuchar el choque de dos manos que acababan de estrecharse.

Después de dicha conversación se volvió a reanudar ésta en los siguientes términos:

- ¿Qué ha pasado desde la toma de Jacksonville?

- Un asunto bastante grave. Ya sabes que Dupont se ha apoderado de San Agustín.

- Sí, lo sé, y tú, sin duda, no ignoras el motivo que tengo para saberlo.

- En efecto, la historia del tren de Fernandina ha venido a propósito para permitirte probar una coartada que ha puesto al consejo de guerra en la obligación de absolverte.

- Y bien a regañadientes. Pero, ¡bah!, no es ésta la primera vez que escapamos así.

- Y no será la última. Mas, ¿acaso tú ignoras cuál ha sido el objeto de los federales al ocupar San Agustín? No era tanto por reducir la capital del condado de San Juan, como para organizar el bloqueo del litoral del Atlántico.

- Lo he oído decir.

- Pues bien; al comodoro Dupont no le ha parecido bastante vigilar la costa desde la desembocadura del San Juan hasta las islas de Bahama, y ha querido perseguir el contrabando de guerra en el interior de Florida. Decidió, pues, enviar dos chalupas con un destacamento de marinos mandados por dos oficiales de la escuadra. ¿Tenías conocimiento de esta expedición?

- No.

- ¿Pues en qué fecha has salido de la Bahía Negra? ¿Algunos días después de la absolución?

- Sí, el veintidós de este mes.

- En efecto, el asunto es del veintidós.

Es preciso hacer observar que Zermah no podía tampoco saber nada de la emboscada de Kissimmee, de la cual el capitán Howick había hablado a Gilbert Burbank la noche de su encuentro en la selva.



Ella supo, pues, al mismo tiempo que Texar, cómo después del incendio de las chalupas, apenas una docena de supervivientes habían podido llevar al comodoro Dupont la noticia del desastre.

- ¡Bien, bien! -exclamó Texar.

- Este es un feliz desquite de la toma de Jacksonville, y ¡ojalá pudiéramos atraer todavía a esos condenados nordistas al fondo de nuestra Florida!

- ¡Aquí habían de quedar hasta el último!

- ¡Sí, hasta el último! -replicó el otro-; sobre todo si se aventuran por medio de esos pantanos de los Everglades. Y precisamente los veremos aquí dentro de poco.

- ¿Qué quieres decir?

- Que Dupont ha jurado vengar la muerte de sus oficiales y de sus marineros, y en consecuencia ha enviado una expedición al condado de San Juan.

- ¿Los federales vienen por este lado?

- Sí, pero más numerosos, bien armados, marchando con mucha precaución y desconfiando de las emboscadas.

- ¿Los has encontrado?

- No, pues nuestros partidarios no eran bastantes esta vez y hemos tenido que retroceder; pero retrocediendo les atraeremos poco a poco, y cuando hayamos reunido las milicias que recorren el territorio, caeremos sobre ellos y no se nos escapará ni uno.

- ¿De dónde han salido?

- De Mosquito-Inlet.

- ¿Por dónde vienen?

- Por el bosque de cipreses.

- ¿Dónde podrán estar en este momento?

- A cuarenta millas aproximadamente de la isla Cameral.

- Está bien -respondió Texar-; es preciso dejarles que se internen hacia el Sur, pues no hay un día que perder para concentrar las milicias. Si es preciso, desde mañana mismo partiremos para buscar refugio del lado del canal de Bahama.

- Y allí, si nos vemos muy apurados, antes de poder reunir nuestros partidarios, encontraremos asegurada la retirada en las islas inglesas.

Los diversos asuntos que acababan de ser tratados en aquella conversación eran del mayor interés para Zermah. Si Texar se decidía a salir de la isla, ¿llevaría consigo a sus prisioneras o las dejaría en la cabaña bajo la vigilancia de Squambo? En este último caso sería conveniente no intentar la evasión hasta después de la marcha de Texar. Puede ser que entonces la mestiza pudiera obrar

con más probabilidades de éxito. Y, además, ¿no podía suceder que el destacamento federal que recorría en aquel momento la Baja Florida llegase hasta los bordes del lago Okee-cho-bee, a la vista de la isla Cameral?

Mas esta esperanza, a la cual Zermah acababa de agarrarse se desvaneció bien pronto.

En efecto: a la pregunta sobre lo que haría de la mestiza y de la niña, Texar respondió sin dudar:

- Las conduciré, si es preciso, hasta las islas de Bahama.
- ¿Podrá soportar la niña las fatigas del viaje?
- Sí, yo respondo de ello; y además, Zermah sabrá evitárselas cuidadosamente durante el camino.
- Sin embargo, ¡si esa niña llegase a morir...!
- Quiero mejor verla muerta que devolvérsela a su padre.
- ¡Cómo odias a los Burbank!
- Tanto como los odias tú mismo.

Zermah, no pudiendo contenerse, estuvo a punto de empujar la puerta y presentarse frente a frente de aquellos dos hombres tan semejantes el uno al otro, no solamente en la voz, sino también en los malos instintos, y por la falta absoluta de conciencia y de corazón. Por fin logró dominarse, comprendiendo que valía más escuchar hasta la última de las palabras que se cambiasen entre Texar y su cómplice.

Cuando su conversación hubiese terminado, tal vez se entregarían al sueño, y entonces sería la ocasión más propicia para intentar la evasión, que ya era inevitable antes que la partida se efectuase.

Evidentemente, Texar se encontraba en la situación de un hombre que espera saberlo todo de parte del que hablaba; por consiguiente, él mismo fue quien volvió a reanudar la conversación.

- ¿Qué hay de nuevo en el Norte? -preguntó.
- Nada que sea importante. Desgraciadamente parece que los federales llevan ventaja, y es muy de temer que la causa de la esclavitud esté perdida para siempre.
- ¡Bah! -dijo Texar, con un gesto de indiferencia.
- Después de todo, nosotros no somos partidarios del Norte ni del Sur.
- No; y lo que nos importa es que durante el tiempo que los dos partidos empleen en desgarrarse, nosotros estemos siempre en el lado del que tenga algo que ganar.

Hablando así, Texar se retrataba de cuerpo entero. Pescar en el río revuelto de la revolución y de la guerra civil, era lo único que se proponían aquellos dos hombres.

- Pero -añadió-, ¿qué ha pasado especialmente en Florida, desde hace ocho días?

- Nada que tú no sepas. Stevens continúa dueño del río hasta Picolata.

- No parece que tenga intención de subir más arriba por el curso del San Juan.

- No; los cañoneros no intentan reconocer el sur del condado. Por otra parte, creo que esta ocupación no tardará en terminar, y así el río quedaría libre por completo a la navegación de los confederados.

- ¿Qué quieres decir?

- Corre el rumor de que Dupont tiene intención de abandonar Florida, no dejando más que dos o tres buques para el bloqueo de las costas.

- ¿Será posible?

- Te repito que se habla de esto; y si así sucede, San Agustín será evacuado bien pronto.

- ¿Y Jacksonville?

- Jacksonville igualmente.

- ¡Mil diablos! Entonces podré volver allá, reformar nuestro comité y volver a conquistar el puesto que los federales me han hecho perder. ¡Ah..., malditos nordistas...! Como el poder vuelva a mis manos, ya veréis cómo uso de él.

- ¡Bien dicho!

- Y si James Burbank y toda su familia no han salido de Camdless-Bay, si la fuga no les ha sustraído a mi venganza, esta vez no se me escaparán.

- ¡Yo lo apruebo...! Todo lo que tú has sufrido por esa familia, lo he sufrido como tú; lo que tú quieres, lo quiero yo también; lo que tú odias, yo también lo odio: los dos no somos más que uno.

- ¡Sí..., uno! -respondió Texar.

La conversación se interrumpió por un momento; el choque de dos vasos hizo comprender a Zermah que Texar y el otro bebían juntos.

Zermah estaba aterrada. Escuchándoles parecía que aquellos dos hombres tenían igual parte en todos los crímenes cometidos últimamente en Florida, y más particularmente contra la familia Burbank. Aún pudo comprenderlo más escuchándolos durante otra media hora. Entonces conoció algunos detalles de la extraña vida de Texar. Y siempre la misma voz haciendo las preguntas y dando las respuestas como si Texar hubiese estado hablando solo en su habitación.

Había allí un misterio que la mestiza tenía gran interés en descubrir. Pero si aquellos hombres feroces hubiesen sospechado que Zermah acababa de sorprender una parte de sus secretos, ¿hubieran dudado en conjurar este peligro matándola? ¿Y qué sería entonces de la niña, una vez que no existiera Zermah?

Serían entonces aproximadamente las once de la noche. El tiempo no había

cesado de ser tormentoso. El viento y la lluvia soplaban y caían sin descanso. Con toda certeza podía asegurarse que Texar y su compañero no irían a exponerse a tan terrible temporal. Pasarían la noche en la choza, y no pondrían en ejecución sus proyectos hasta el día siguiente.

Zermah no lo dudó cuando oyó al cómplice de Texar, pues debía de ser él, preguntar:

- Bien, ¿y qué partido tomaremos?

- El siguiente -respondió Texar-: mañana por la mañana iremos con nuestra gente a reconocer los alrededores del lago; exploraremos el bosque de cipreses en una extensión de tres o cuatro millas, después de haber destacado, como vanguardia, aquellos de nuestros compañeros que lo conocen mejor, y más particularmente Squambo. Si nada indica la aproximación del destacamento federal, volveremos y esperaremos hasta el momento en que sea preciso batirse en retirada; si, por el contrario, la situación es más crítica, reuniré a nuestros partidarios y mis esclavos, y llevaré a Zermah al canal de Bahama. Tú, por tu parte, te ocuparás en reunir las milicias esparcidas en la Baja Florida.

- Entendido -respondió el otro-; mañana, mientras que vosotros hacéis el reconocimiento, yo me ocultaré en el bosque de la isla; es preciso que no nos vean juntos.

- ¡No, ciertamente! -exclamó Texar-. El diablo me guarde de arriesgarme a cometer semejante imprudencia, que descubriría nuestro secreto. Por consiguiente, no nos veremos hasta la noche próxima en la choza. Y aun si me veo obligado a partir en el mismo día tú no dejes la isla hasta después que yo. Punto de cita: los alrededores del cabo Sable.

Zermah comprendió perfectamente que no podía contar con los federales para conseguir su libertad.

En efecto, si al día siguiente Texar tenía conocimiento de la aproximación del destacamento, ¿no dejaría precipitadamente la isla, llevándose consigo la mestiza y la niña?

Zermah no podía, pues, ser salvada más que por sí misma, cualesquiera que fuesen los peligros, por no decir las imposibilidades, de una evasión en condiciones tan difíciles.

Y, sin embargo, ella la hubiera intentado con muchísimo brío si hubiera sabido que James Burbank, Gilbert, Mars y algunos de sus camaradas de la plantación se habían puesto en campaña para arrancarla de las manos de Texar, que su esquila les había hecho saber por qué sitio era preciso llevar las exploraciones; que ya Mr. Burbank había recorrido el curso del San Juan, más allá del lago Washington; que una gran parte del bosque de cipreses había sido recorrida; que la pequeña expedición de Camdless-Bay acababa de reunirse al

destacamento del capitán Howick; que era Texar, Texar mismo, a quien se creía autor de la emboscada de Kissimmee; que iba a ser perseguido con encarnizamiento y que sería fusilado sin más formalidades en el mismo instante en que lograsen apoderarse de su persona.

Pero Zermah no podía saber nada, y, por consiguiente, no podía esperar ningún socorro. Así es que la pobre estaba completamente decidida a arrostrarlo todo por salir de la isla Cameral.

Sin embargo, era preciso retrasar veinticuatro horas la ejecución del proyecto, a pesar de que la noche, completamente negra, era favorable a una evasión.

Los partidarios que no habían buscado abrigo bajo los árboles, ocupaban entonces los alrededores de la cabaña. Se les oía ir y venir por la orilla del lago, fumando y hablando, y si su tentativa fracasaba y su plan era descubierto, la situación de Zermah hubiera empeorado mucho, y acaso se hubieran concitado las violencias de Texar.

Por otra parte, ¿no se presentaría al día siguiente ocasión más propicia de huir? ¿No había dicho Texar que sus compañeros, sus esclavos y hasta el indio Squambo le acompañarían, a fin de observar la marcha del destacamento federal? ¿No habría en esto una circunstancia de la cual Zermah podría aprovecharse para aumentar las probabilidades del éxito? Si llegaba a franquear el canal sin haber sido vista, una vez en el bosque no tenía duda alguna de que se salvaría con la ayuda de Dios. Ocultándose, ella lograría evitar el caer de nuevo en manos de Texar.

El capitán Howick no debía estar lejos, puesto que avanzaba hacia el lago Okee-cho-bee; ¿no tenía algunas probabilidades de ser liberada por él?

Convenía, pues, esperar al día siguiente. Pero un incidente imprevisto vino a destruir todo el castillo sobre el cual descansaban las últimas esperanzas de Zermah, y a comprometer más su situación con respecto a Texar.

En aquel momento sonaron golpes en la puerta de la choza. Era Squambo, que se dio a conocer a su amo.

- Entra -dijo Texar.

Squambo entró.

- ¿Tenéis órdenes que darme para esta noche? -preguntó.

- Que se vigile con cuidado -respondió Texar-, y que se me avise a la menor novedad.

- Yo me encargo de ello -replicó Squambo.

- Mañana por la mañana iremos a verificar un reconocimiento a algunas millas en el interior del bosque de cipreses.

- Entonces, ¿la mestiza y Dy...?

- Permanecerán también guardadas como de costumbre. Ahora, Squambo, que no venga nadie a molestarnos.

- Está bien.

- ¿Qué hacen nuestros hombres?

- Se pasean de un lado a otro, y me parecen muy dispuestos a retirarse a descansar.

- Que no se aleje ni uno de ellos.

- Ni uno.

- ¿Qué tiempo hace?

- Menos malo; la lluvia ha cesado, y el viento no tardará en amainar.

- Bien.

Zermah no había dejado de escuchar. La conversación iba evidentemente a llegar al fin, cuando un suspiro ahogado, una especie de ronquido, se dejó oír.

Toda la sangre de Zermah afluyó a su corazón.

Se levantó rápidamente y se precipitó hacia el montón de hierbas, inclinándose sobre la niña.

Dy acababa de despertarse, y ¡en qué estado! Un ronquido sordo se escapaba de sus labios, sus manecitas agitaban el aire como si hubiera querido llevarlas a su boca.

Zermah no pudo comprender más que estas palabras:

- ¡Agua! ¡Agua!

La desgraciada niña se ahogaba. Era preciso sacarla inmediatamente al exterior. En aquella oscuridad profunda, Zermah, como loca, la cogió entre sus brazos para reanimarla con su propio aliento. Entonces la sintió estremecerse presa de una violenta convulsión. Dando un grito empujó la puerta de la habitación.

Dos hombres estaban allí en pie, delante de Squambo; mas tan semejantes de rostro y de cuerpo, que Zermah no hubiera podido reconocer cuál de los dos era Texar.

## Capítulo XIII

### *UNA VIDA DOBLE*

**Algunas** palabras bastarán para explicar lo que hasta aquí haya parecido inexplicable en esta historia.

Se verá lo que pueden imaginar ciertos hombres cuando su mala naturaleza, ayudada de una regular inteligencia, les impulsa por el camino del mal.

Aquellos hombres, ante los cuales Zermah acababa de aparecer súbitamente, eran dos hermanos, y dos hermanos gemelos.

¿Dónde habían nacido? Ellos mismos no lo sabían exactamente. En alguna pequeña aldea del Estado de Texas, sin duda, de cuyo nombre se derivaba el de Texar.

Ya se sabe lo que es este vasto territorio, situado al sur de los Estados Unidos, sobre el golfo de México.

Después de haberse insurreccionado contra los mexicanos, el Estado de Texas, sostenido por los americanos en su obra de independencia, se anexionó por fin a la federación en 1845, bajo la presidencia de John Tyler. Unos quince años después de esta anexión fue cuando dos niños abandonados fueron encontrados en una pequeña aldea del litoral de Texas, recogidos y educados por la caridad pública.

Al principio, estos dos niños habían llamado mucho la atención por su maravilloso parecido. El mismo semblante, la misma voz, la misma actitud, y aun los mismos instintos, que demostraban una perversidad precoz.

De qué manera fueron educados, en qué medida recibieron alguna instrucción, cosa es que no puede decirse, ni tampoco a qué familia pertenecían. Acaso pertenecieran a alguna de aquellas familias nómadas que recorrían el país desde la guerra y la declaración de la independencia.

Cuando los hermanos Texar, impulsados por un irresistible deseo de libertad, creyeron que podían bastarse a sí mismos, desaparecieron. Entonces tenían doce años. Desde aquel momento, no cabe duda alguna de que sus únicos medios de existencia eran el robo en los campos, en las casas de labranza, aquí

pan, allí frutas, esperando el momento en que pudieran ejercer el pillaje a mano armada y las expoliaciones en los caminos, a los cuales estaban preparados desde su más tierna infancia.

En una palabra, no se les volvió a ver en las aldeas ni en los caseríos del territorio que antes tenían la costumbre de frecuentar, en compañía de malhechores que explotaban ya su semejanza.

Pasaron varios años. Los hermanos Texar fueron por completo olvidados, ocurriendo lo mismo hasta con su nombre. Y aunque este nombre debía tener más tarde deplorable resonancia en Florida, nadie ni nada vino a revelar que los dos hubiesen pasado los primeros años de su vida en las provincias litorales de Texas.

¿Y cómo había de ocurrir de otra manera, si desde su desaparición, por una combinación de que ya hemos hablado, no se conocieron jamás dos Texar?

Sobre esta misma combinación fue precisamente sobre la que se había basado toda aquella serie de iniquidades que debía ser tan difícil de probar y de castigar.

Efectivamente, se supo más tarde, cuando esta dualidad fue descubierta y materialmente establecida, que durante cierto número de años, unos veinte o treinta lo menos, los dos hermanos vivieron separados. Buscaban la fortuna por todos los medios; no se veían sino muy pocas veces, y después de largos intervalos, al abrigo de toda mirada, ya en América, ya en alguna otra parte del mundo donde los hubiera arrastrado el destino.

Se supo también que el uno o el otro, cuál de ellos no hubiera podido decirse, acaso los dos, habían hecho el oficio de negreros. Transportaban, o más bien hacían transportar cargamentos de esclavos desde las costas de África a los Estados del Sur de la Unión. En estas operaciones no desempeñaban más que el papel de intermediarios entre los tratantes del litoral y los capitanes de los buques empleados en este tráfico humano.

¿Prosperó su comercio? No se sabe. Sin embargo, es poco probable. En todo caso, disminuyó en una proporción notable, y se interrumpió finalmente, cuando la trata, denunciada como un acto de barbarie, fue poco a poco abolida en el mundo civilizado. Los dos hermanos debieron renunciar a este género de tráfico.

Sin embargo, esta fortuna, detrás de la cual corrían desde tan largo tiempo, que querían adquirir a toda costa; esta fortuna no estaba hecha, y era preciso hacerla. Entonces fue cuando estos dos aventureros resolvieron sacar provecho de su inmenso parecido.

En semejante caso, sucede a menudo que estos fenómenos se modifican cuando los niños llegan a ser hombres.



Para los Texar no sucedió así. A medida que los años pasaban, el parecido físico y moral no diremos que se acentuaba, pero permanecía siempre lo mismo que había sido, absoluto. Era imposible distinguir el uno del otro, no solamente por los rasgos, sino también por el sonido y las inflexiones de la voz.

Los dos hermanos resolvieron utilizar esta particularidad natural para llevar a cabo las acciones más detestables, con la posibilidad, si uno de ellos era acusado, de probar una coartada para establecer su inocencia.

Así, mientras que el uno ejecutaba el crimen concertado entre ellos, el otro se mostraba públicamente en algún sitio, de manera que, gracias a la coartada, la no culpabilidad fuese demostrada *ipso facto*.

No hay necesidad de decir que toda su destreza y su más especial cuidado había de ser no dejarse coger *in fraganti*, pues en este caso la coartada no podría ser establecida, y la maquinación no hubiera tardado en ser descubierta.

Establecido así el programa de su vida, los dos gemelos se dirigieron a Florida, donde ni el uno ni el otro eran conocidos todavía. Lo que les llevaba a aquel territorio eran las numerosas ocasiones que debía ofrecer un Estado en que los indios sostenían siempre una lucha encarnizada contra los americanos y los españoles.

Hacia 1850 ó 1851 fue cuando los Texar aparecieron por allí.

Es Texar, y no los Texar, lo que nos conviene decir. En conformidad con su programa, jamás se dejaron ver juntos, jamás se les encontró en el mismo día ni en el mismo lugar; jamás se supo que existían dos hermanos de este nombre.

Por otra parte, al mismo tiempo que ocultaban su persona con el más completo incógnito, habían hecho no menos misterioso e ignorado el sitio de su vivienda habitual.

Como es sabido, fue en el fondo de la Bahía Negra donde se refugiaron. El islote central, el fortín abandonado, lo descubrieron en una exploración que efectuaron por las riberas del San Juan. Allí condujeron algunos esclavos, a los cuales no les fue revelado el secreto. Sólo Squambo conocía el misterio de su doble existencia. De una fidelidad a toda prueba para los dos hermanos; de una discreción absoluta en todo

Lo que les concernía, este digno confidente de los Texar era el ejecutor inexorable de sus voluntades.

No hay que decir que éstos no aparecían jamás juntos en la Bahía Negra. Cuando tenían que hablar de algún negocio, se avisaban por correspondencia. Ya hemos visto que a este efecto no empleaban el correo. Una esquela metida entre las nervaduras de una hoja, esta hoja fija en una de las ramas de un tulipanero que crecía en el pantano vecino a la Bahía Negra, no les era preciso más. Todos los días, no sin precauciones, Squambo se dirigía al pantano. Si era portador de

una carta escrita por aquel de los Texar que estaba en la Bahía Negra, la depositaba en la rama del tulipanero; si era el otro hermano el que había escrito, el indio tomaba su carta en el sitio convenido y la llevaba al fortín.

Después de su llegada a Florida, los Texar no habían tardado en ponerse en relación con todo lo peor de la población del territorio. Muchos malhechores llegaron a ser sus cómplices en infinitos robos cometidos en aquella época; después, más tarde, sus partidarios, cuando las circunstancias les llevaron a desempeñar un papel importante durante la guerra de secesión. Tan pronto el uno, tan pronto el otro, se ponían a su cabeza; y ninguno de sus cómplices supo jamás que el nombre de Texar pertenecía a dos gemelos.

Ahora se explica cómo, cuando se les perseguía encarnizadamente a propósito de tan diversos crímenes, pudieron ser invocadas tantas coartadas por los Texar; coartadas que debieron ser admitidas incontestablemente. Así sucedió con motivo de los crímenes denunciados a la justicia en el período anterior a esta historia, entre otros el que se refería a una casa de campo incendiada. Aunque James Burbank y Zermah hubiesen reconocido positivamente a Texar como el autor del incendio, éste fue absuelto por el tribunal de San Agustín, puesto que en el momento del crimen probó que estaba en Jacksonville, en la tienda de Torillo, lo cual pudieron confirmar numerosos testigos. Lo mismo ocurrió con la devastación de Camdless-Bay. ¿Cómo hubiera podido Texar conducir a los asaltantes al saqueo de Castle-House, cómo hubiera podido secuestrar a Zermah y a la pequeña Dy, puesto que se encontraba entre los prisioneros hechos por los federales en Fernandina, y detenido en uno de los buques de la flotilla? El Consejo de Guerra se había visto, por consiguiente, en la necesidad de absolverle, a pesar de tantas pruebas, y a pesar también de la declaración bajo juramento prestada por Alicia Stannard.

Y aun admitiendo que la dualidad de los Texar fuera al fin conocida, muy probablemente no se sabría jamás cuál de los dos había tomado personalmente parte en tan diversos crímenes. Después de todo, ¿no eran los dos culpables en el mismo grado, tan pronto cómplices, tan pronto autores principales en estos atentados que desde hacía tantos años desolaban el territorio de la Alta Florida? Sí, ciertamente, y no sería sino muy merecido el castigo que alcanzara al uno y al otro.

En cuanto a lo que había pasado últimamente en Jacksonville, era probable que los dos hermanos hubiesen desempeñado por turno el mismo papel, sobre todo después que la conmoción popular derribó a las autoridades regulares de la ciudad. Cuando Texar I se ausentaba para alguna expedición convenida, Texar II le remplazaba en el ejercicio de sus funciones, sin que sus partidarios pudiesen notarlos. Se puede, pues, admitir que tomaron una parte igual en los excesos

cometidos por aquella época contra los colonos de origen nordista, y contra los plantadores del Sur, partidarios de las opiniones antiesclavistas.

Ya se comprende que los dos debían estar siempre al corriente de lo que pasaba en los Estados del centro de la Unión, en que la guerra civil ofrecía tantas fases imprevistas como en el Estado de Florida. Por otra parte, habían adquirido gran influencia sobre los blancos pobres de los condados, sobre los de origen español, lo mismo que sobre los americanos partidarios de la esclavitud, en fin, sobre toda la parte abyecta de la población.

En estas circunstancias, ambos estaban en correspondencia frecuente, a fin de darse citas en algún sitio secreto, conferenciar para la continuación de sus operaciones y separarse con objeto de preparar las correspondientes coartadas.

Este es el motivo porque, mientras el uno estaba detenido en uno de los buques de la escuadra, el otro organizaba la expedición contra Camdless-Bay; y ya se ha visto cómo esta previsión les valió el ser absueltos De las acusaciones que se le hicieron ante el Consejo de Guerra en San Agustín.

Se ha dicho anteriormente que la edad había respetado este fenómeno de semejanza entre los dos hermanos. Sin embargo, era posible que un accidente físico, una herida, por ejemplo, viniese a alterar este parecido, y que el uno o el otro quedase marcado por un signo particular, lo cual hubiera bastado para comprometer el éxito de sus maquinaciones.

Y en esta vida aventurera, expuesta a tantos contratiempos, ¿no corrían este peligro, cuyas consecuencias hubiesen sido irreparables, y no les hubieran permitido sustituirse el uno al otro?

Pero desde el momento en que estos accidentes pudieran remediarse, la semejanza no debía sufrir lo más mínimo.

Así fue que, durante un ataque de noche, uno de los Texar quedó con la barba quemada por el fogonazo de un tiro que le dispararon a boca de jarro, poco tiempo después de su llegada a Florida. En seguida el otro se apresuró a afeitarse completamente, a fin de estar imberbe como su hermano; y se recordará que esto ha sido mencionado con referencia al Texar que se encontraba en la Bahía Negra al principio de esta historia.

Otro hecho que exige también una explicación. No se habrá olvidado que una noche, mientras que estaba en la Bahía Negra, vio Zermah que Texar se hizo tatuar un brazo. La causa fue la siguiente:

Su hermano estaba entre el número de viajeros floridianos, presos por una banda de semínolas, que habían sido marcados con un signo indeleble en el brazo izquierdo. Inmediatamente remitióse un calco de este signo al fortín, y Squambo pudo reproducirlo en el brazo de Texar, que no lo tenía. La identidad continuó, pues, siendo absolutamente completa.

No sería aventurado afirmar que, si a Texar I se le hubiera amputado un brazo, Texar II se hubiera sometido inmediatamente a la misma operación.

En resumen, durante una docena de años, los hermanos Texar no cesaron de llevar esta vida por partida doble, pero con tal habilidad y tal prudencia, que habían podido lograr hasta entonces burlar todas las precauciones de la justicia floridiana.

¿Se habían enriquecido en este oficio los dos hermanos? Sí, sin duda, en cierta medida. Una suma bastante fuerte de dinero, economizada de los productos del pillaje y de los robos, había estado oculta en un sitio secreto del fortín de la Bahía Negra. Por precaución, Texar había llevado consigo su tesoro cuando se decidió a partir para la isla Cameral, y se puede estar seguro de que no lo dejaría en la choza si se veía obligado a huir al otro lado del estrecho de Bahama.

Sin embargo, esta fortuna no les parecía suficiente, por cuya causa se proponían acrecentarla antes de ir a gozar de ella sin peligro en alguna capital de Europa o del norte de América.

Por otra parte, sabiendo que el comodoro Dupont tenía la intención de evacuar bien pronto Florida, los dos hermanos se habían dicho que aún se presentaría ocasión de enriquecerse, y que harían pagar caras a los colonos nordistas aquellas pocas semanas de la ocupación federal. Estaban, pues, resueltos a ver venir las cosas. Una vez en Jacksonville, gracias a sus partidarios, gracias a todos los sudistas comprometidos con ellos, sabrían muy pronto volver a ocupar la posición que un tumulto les había dado, y que otro tumulto podría devolverles.

Los Texar, tenían, sin embargo, un medio seguro de adquirir lo que les faltaba para ser ricos, aún más todavía que lo que ellos deseaban.

En efecto, ¿por qué no escuchaban la proposición que Zermah acababa de hacer a uno de ellos? ¿Por qué no consentían en devolver la pequeña Dy a sus padres desesperados? James Burbank hubiera ciertamente rescatado al precio de su fortuna la libertad de su hija. Se hubiera comprometido a no dar ninguna queja, a no provocar ninguna persecución contra Texar. Pero en los dos hermanos el odio hablaba más alto que el interés, y si es verdad que ellos querían enriquecerse, querían también vengarse de la familia Burbank antes de salir de Florida para siempre.

Ya se sabe, pues, todo lo que importa conocer con relación a los hermanos Texar. Ya no hay más que esperar el desenlace de esta historia, que no se hará esperar.

Inútil es añadir que Zermah lo había comprendido todo cuando se encontró de repente en presencia de los dos hermanos. La reconstrucción del pasado se

hizo instantáneamente en su imaginación. Mirándolos estupefacta, permaneció inmóvil como si hubiera echado raíces en el suelo, teniendo a la niña en sus brazos. Felizmente, el aire, más abundante en aquella habitación, había alejado todo peligro de asfixia en la niña.

En cuanto a Zermah, su presencia ante los dos hermanos, aquel secreto que acababa de descubrir, era para ella una sentencia de muerte.

## Capítulo XIV

### **ZERMAH TRABAJA**

Al ver a Zermah, los Texar, por dueños de sí mismos que fuesen, no habían podido contenerse. Desde su infancia, puede decirse, era la primera vez que habían sido vistos juntos por una tercera persona, y esta persona era precisamente su mortal enemiga.

El primer movimiento de los dos hermanos, al verla, fue el de arrojarla sobre ella para matarla, a fin de salvar de esta manera el resto de su doble existencia.

La niña se había incorporado en los brazos de Zermah, y tendiendo los suyos, descarnados, exclamaba:

- ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

A una indicación muda de los dos hermanos, Squambo avanzó bruscamente hacia la mestiza, le puso la mano sobre el hombro, y empujándola hacia su habitación, cerró violentamente la puerta tras ella.

Entonces Squambo volvió al lado de los Texar. Su actitud indicaba bien claramente que no tenían más que mandarle, y él obedecería.

Sin embargo, lo imprevisto de aquella escena les había turbado más de lo que hubieran podido imaginarse dado su carácter audaz y violento. Se habían quedado indecisos, y parecía que se consultaban con la mirada.

Entretanto, Zermah se había arrojado en un rincón de la habitación después de haber depositado a la niña sobre su cama de hierbas. Había vuelto a recobrar su sangre fría. Se aproximó a la puerta, a fin de escuchar lo que pudiera interesarle. En aquel momento indudablemente iba a decidirse su suerte. Pero los Texar y Squambo acababan de salir de la choza, y sus palabras no llegaban a los oídos de Zermah.

La conversación que sostuvieron fue la siguiente: - ¡Es preciso que Zermah muera!

- ¡Es preciso! Si por casualidad llegara a escaparse, o si por acaso los federales lograran libertarla, estaríamos perdidos. ¡Que muera, pues!

- Al instante -respondió Squambo.

Y ya se dirigía hacia la choza con el cuchillo en la mano, cuando uno de los Texar le detuvo:

- Esperemos -dijo-. Siempre estaremos a tiempo para hacer desaparecer a Zermah, cuyos cuidados son sumamente necesarios a la niña hasta que encontremos quien la remplace. Antes de obrar, procuremos darnos cuenta de la situación. Un destacamento de nordistas escudriña en estos momentos el bosque de cipreses, por orden de Dupont. Pues bien, exploraremos primeramente los alrededores de la isla y del lago. Nada prueba que este destacamento, que desciende hacia el Sur, se haya de dirigir hacia este lado. Si viene, tendremos tiempo suficiente para huir; y si no viene, permaneceremos aquí, dejándole internarse en las profundidades de Florida. Allí estará a merced nuestra, pues habremos tenido tiempo suficiente de reunir la mayor parte de las milicias que vagan por el territorio. Entonces, en lugar de huir, seremos nosotros los que les persigamos con tenacidad. Será fácil cortarles la retirada y si algunos marineros han podido escapar al degüello de Kissimmee, esta vez no quedará ni uno solo con vida.

En las circunstancias actuales, aquél era el partido más prudente. Un gran número de sudistas ocupaban entonces aquella región, no esperando más que una ocasión de intentar un golpe contra los federales. Cuando uno de los Texar y sus compañeros hubieran llevado a cabo un reconocimiento, decidirían si debían permanecer en la isla Cameral o si deberían replegarse hacia la región del cabo Sable. Una de estas dos resoluciones sería adoptada al día siguiente. En cuanto a Zermah, cualquiera que fuese el resultado de la exploración, Squambo se encargaría de asegurar su discreción por medio de una puñalada.

- Respecto a la niña -añadió uno de los dos hermanos-, está en nuestro poder, y en interés nuestro debemos conservarla con vida. Ella no ha podido comprender lo que ha comprendido Zermah, y puede llegar a ser el precio de nuestro rescate en el caso de que cayéramos en poder del capitán Howick. A fin de rescatar a su hija, James Burbank aceptaría todas las proposiciones que tuviéramos a bien imponerle: no solamente la garantía de nuestra impunidad, sino el precio que quisiéramos fijar por la libertad de la niña.

- Si Zermah muere -dijo el indio-, ¿no es de temer que la pequeña sucumba?

- No; los cuidados no le faltarán -respondió uno de los Texar-; yo encontraré fácilmente una india que remplace a la mestiza.

- ¡Sea! Pero, ante todo, es preciso que no tengamos nada que temer de Zermah.

- Bien pronto, suceda lo que quiera, habrá dejado de existir.

Así concluyó la conversación de los dos hermanos, y Zermah les oyó entrar en la cabaña.

¡Qué noche pasó la desgraciada mujer...! Comprendía que estaba condenada a muerte, y no pensaba en sí misma. De su suerte se inquietaba poco, habiendo estado siempre dispuesta a dar la vida por sus señores. Mas su muerte sería dejar a Dy abandonada a las crueldades de aquellos hombres sin piedad. Aun admitiendo que tuvieran interés en que la niña viviese, ¿no sucumbiría ésta cuando Zermah no estuviera a su lado para cuidar de ella?

Pensando en esto, la idea de la fuga volvió a su mente con gran obstinación; era, por decirlo así, una obsesión continua la de huir antes que Texar la hubiese separado de la niña.

Durante esta interminable noche, la mestiza no pensó más que en poner en ejecución su proyecto. Sin embargo, de la conversación escuchada había ella retenido en la memoria, entre otras cosas, la de que uno de los Texar y sus compañeros iban a ir al día siguiente a efectuar una exploración por los alrededores del lago. Evidentemente, esta exploración a los alrededores del lago, como antes se ha dicho, no sería hecha sino en la posibilidad de resistir al destacamento federal si lo encontraba Texar, pues se haría acompañar de todo su personal y de los partidarios conducidos por su hermano. Éste se quedaría sin duda en la isla, tanto para no ser reconocido como para vigilar la choza. Entonces sería cuando Zermah intentaría huir. Acaso lograra encontrar un arma cualquiera, y, en caso de ser sorprendida, no vacilaría en servirse de ella.

En estos pensamientos transcurrió la noche. Vanamente había procurado Zermah sacar alguna indicación de los ruidos que se producían en la isla, siempre con el pensamiento de que las tropas del capitán Howick iban quizás a llegar para apoderarse de Texar.

Algunos momentos antes de amanecer, la niña, después de haber reposado un poco, se despertó. Zermah le dio algunas gotas de agua que la refrescaron. Después, mirándola como si sus ojos no hubieran de volver a verla más, la estrechó sobre su corazón. Si en este momento hubiesen entrado para separarla de ella se hubiera defendido con el furor de una fiera rabiosa a quien se quisiera separar de sus hijitos.

- ¿Qué tienes, querida Zermah? -preguntó la niña.
- Nada, nada -murmuró la mestiza.
- Y mamá, ¿cuándo la veremos?
- Muy pronto -respondió Zermah-. Hoy puede ser; sí, querida mía. Hoy espero que ya estaremos lejos...
- ¿Y esos hombres que he visto esta noche...?
- ¡Esos hombres! -respondió Zermah-. ¿Los has mirado bien?



- Sí, y me daban mucho miedo.
- Pero los has visto bien, ¿no es verdad? ¿Has notado cómo se parecían?
- Sí, Zermah.
- Pues bien, acuérdate de decir a tu padre y a Gilbert que son dos hermanos, ¿comprendes? Dos hermanos Texar, y tan parecidos que no se puede distinguir el uno del otro.
- Tú también se lo dirás, ¿verdad?
- Sí, también se lo diré. Sin embargo, si yo no estuviese allí, es preciso que no lo olvides.
- ¿Y por qué no estarías tú allí? -preguntó la niña, que rodeaba con sus pequeños brazos al cuello de la mestiza, como para unirse más a ella.
- Yo estaré, querida mía; yo estaré. Ahora, si partimos, como tendremos que hacer una larga caminata, será preciso tomar fuerzas; voy, pues, a darte tú almuerzo.
- ¿Y tú?
- Yo he comido mientras tú dormías, no tengo hambre.

La verdad es que Zermah no hubiera podido comer, por poco que fuese, en el estado de sobreexcitación en que se encontraba. Después de su comida, la niña se volvió a acostar en su cama de hierbas.

Zermah fue entonces a colocarse cerca de la abertura que las cañas de la choza dejaban entre sí en el ángulo de la habitación. Desde allí, durante una hora, no cesó de observar lo que pasaba en el exterior, pues todo era para ella de suma importancia.

Se hacían los preparativos del viaje. Uno de los hermanos, uno solo, presidía la formación de la tropa que había de conducir al bosque de los cipreses. El otro, que nadie había visto, sin duda había debido esconderse, ya en el interior de la choza, o ya en algún rincón de la isla.

Esto es al menos lo que pensó Zermah, conociendo el cuidado que ponían en guardar el secreto de su existencia. Entonces se dijo a sí misma que sería seguramente el que se quedara en la isla el que se encargase de vigilar a la niña y a ella.

Zermah no se engañaba, como vamos a ver bien pronto.

Entretanto, los partidarios y los esclavos estaban reunidos en número de unos cincuenta delante de la choza, esperando las órdenes de su jefe para ponerse en marcha.

Eran aproximadamente las nueve de la mañana cuando la tropa se dispuso a ganar la orilla del bosque, lo que exigió cierto tiempo, pues la barca no podía transportar más que cinco o seis hombres a la vez.

Zermah los vio descender en pequeños grupos y después marchar por la

otra orilla. Sin embargo, a través de las cañas de la choza no podía descubrir la superficie del canal, situado mucho más bajo que el nivel de la isla.

Texar, que se había quedado el último, desapareció a su vez seguido de uno de sus perros, cuyo instinto debía utilizar durante la exploración. A una señal de su amo, el otro lebel volvi6 a la choza, como si hubiera sido el 6nico encargado de guardar su puerta.

Un instante despu6s, Zermah vio a Texar que marchaba por la orilla opuesta, y que se paraba un momento para poner en orden su tropa. Despu6s, todos, con Squambo a la cabeza, acompa6ado del perro, desaparecieron detr6s de las gigantescas ca6as y bajo los primeros 6rboles del bosque. Sin duda uno de los negros hab6a debido traer la barca a la orilla de la isla, a fin de que nadie pudiese pasar a 6sta. Sin embargo, la mestiza no pudo verle, y pens6 que hab6a debido seguir los bordes del canal.

Ya no dud6 m6s.

Dy acababa de despertarse. Causaba pena mirar por entre los jirones de sus vestidos, desgarrados por tantas fatigas, el extenuado cuerpecito de la ni6a.

- Ven, querida m6a -dijo Zermah.

- 6Ad6nde? -pregunt6 la ni6a.

- All6, hacia el bosque, acaso encontraremos all6 a tu padre. 6Tendr6s miedo?

- Contigo, jam6s.

Entonces la mestiza entreabri6 la puerta de su habitaci6n con mucho cuidado. Como no hab6a escuchado ning6n ruido en la habitaci6n contigua, supon6a que Texar no deb6a estar en la choza.

En efecto, all6 no hab6a nadie. En primer lugar Zermah busc6 alguna arma, de la cual estaba decidida a servirse contra cualquiera que se propusiese detenerla.

All6, sobre la mesa, hab6a uno de esos anchos cuchillos de que los indios hacen uso en sus cacer6as.

La mestiza se apoder6 de 6l y lo ocult6 entre sus vestidos. Tom6 tambi6n un poco de carne seca que deb6a bastar para su sostenimiento durante algunos d6as. En aquel momento en que se trataba de salir de la choza, Zermah mir6 a trav6s de las paredes, en la direcci6n del canal. Ning6n ser viviente vagaba por aquella parte de la isla; ni siquiera aquel de los dos perros que hab6an dejado para guardia de la habitaci6n.

Tranquilizada la mestiza, trat6 de abrir la puerta exterior.

Esta puerta, cerrada por fuera, resisti6.

En seguida Zermah entr6 en su habitaci6n con la ni6a. No hab6a m6s que una cosa que hacer, utilizar el agujero, medio descubierto ya a trav6s de la pared

de la choza.

Este trabajo no fue difícil. La mestiza pudo servirse de su cuchillo para cortar las cañas que estaban entrelazadas, operación que fue hecha con el menor ruido posible.

Sin embargo, si el lebre, que no había seguido a Texar, no había aparecido hasta entonces, ¿sería lo mismo cuando Zermah saliese fuera? Aquel feroz animal, ¿no acudiría presuroso, y se arrojaría contra ella o sobre la pobre niña? Tanto hubiera valido encontrarse frente a frente con un tigre.

Sin embargo, era preciso no vacilar. Por consiguiente, cuando el paso estuvo franco, Zermah cogió a la niña, a la cual besó y abrazó apasionadamente. La pobre Dy le volvió sus caricias con efusión. Todo lo había comprendido; era preciso huir, huir por aquel agujero que acababa de abrirse.

Zermah deslizóse a través de la abertura. En seguida, después de haber dirigido sus miradas a derecha e izquierda, escuchó atentamente; ni el menor ruido se dejaba oír. La pequeña Dy apareció entonces por el orificio abierto en la pared.

En este momento resonó un aullido, todavía muy lejano, pero que parecía venir de la parte Oeste de la isla. Zermah se precipitó a coger la niña. El corazón le latía hasta romperse dentro del pecho. No se creería relativamente en seguridad hasta después de haber desaparecido detrás de las cañas de la orilla opuesta.

Pero atravesar lo menos un centenar de pasos, esto es, el espacio que separaba la choza del canal, era precisamente lo más difícil de la evasión. Se exponía a ser descubierta por Texar o por el esclavo que había debido permanecer en la isla.

Felizmente, a la derecha de la choza, un espeso bosquecillo de plantas arborescentes, entremezcladas de cañas, se extendía hasta el borde del canal, a algunas varas solamente del sitio en que debía encontrarse la barca.

Zermah resolvió internarse por entre la vegetación espesa del bosquecillo, proyecto que fue en seguida puesto en ejecución. Las altas plantas abrieron un paso a las dos fugitivas, y el follaje se cerró tras ellas. En cuanto a los aullidos del perro, no se oyeron ya más.

Esta marcha a través de la espesura no se hizo sin trabajo. Era preciso introducirse por entre los altos tallos de los arbolillos y de los arbustos, que no dejaban entre sí más que un pequeño espacio.

Bien pronto Zermah tuvo todos sus vestidos hechos jirones, y sus manos ensangrentadas. Pero poco le importaba si podía evitar que la niña fuese desgarrada por aquellas largas espinas. No era la valerosa mestiza a quien aquellas picaduras hubieran podido arrancar un signo siquiera de dolor. Sin

embargo, a pesar de todos los cuidados que tomó, la pobre niña fue herida varias veces en los brazos y en las manos. Dy no exhaló ni el más pequeño grito, ni dejó oír ni una sola queja.

Aunque la distancia que había que franquear fuese relativamente corta, unas sesenta varas todo lo más, fue precisa no menos de media hora para llegar a la orilla del canal.

Zermah se paró entonces, y a través de las cañas miró por el lado de la choza, y luego por el lado del bosque.

Nadie se veía sobre las más altas mesetas de la isla. Sobre la otra orilla, no había tampoco ningún indicio de Texar ni de sus compañeros, que debían estar entonces a una o dos millas en el interior. A menos de un encuentro con los nordistas, no estarían de vuelta antes de algunas horas.

Sin embargo, Zermah no podía creer que se la hubiese dejado sola en la choza. No era de suponer tampoco que uno de los Texar, que había llegado la víspera con sus partidarios, hubiese dejado la isla durante la noche, ni que el perro le hubiese seguido. Por otra parte, ¿no había oído ella misma los aullidos, que probaban que el lebel rondaba entre los árboles? De un instante a otro podía verlos aparecer, juntos o separados. Acaso apresurándose lograría llegar, antes que la descubrieran, al bosque de los cipreses.

Como se recordará, en tanto que Zermah observaba los movimientos de los compañeros de Texar, no había podido ver la barca en el momento en que atravesaba el canal, cuyo lecho estaba oculto por la altura y el espesor de las cañas.

Pero Zermah no dudaba de que esta barca hubiese sido conducida a la orilla de la isla por uno de los esclavos. Esto era muy importante para la seguridad del campamento, en el caso de que los soldados del capitán Howick hubieran llegado en ausencia de los sudistas.

Sin embargo, ¿y si la barca hubiera quedado en la otra orilla, si hubiera parecido prudente el no alejarla, a fin de asegurar más rápidamente el paso de Texar y los suyos, seguidos muy de cerca por los federales? ¿Cómo se valdría la mestiza para trasladarse al otro lado? ¿Le sería preciso huir a través de las malezas de la isla? Y una vez allí, ¿debería esperar a que Texar hubiera partido para ir en busca de nuevo refugio en el fondo de los Everglades? Pero si él se decidía a intentar esto, no sería sin haber apelado a todos los medios para encontrar a Zermah y a la niña. Por consiguiente, la única salvación estaba en poder servirse de la barca para atravesar el canal. Zermah no tuvo más que deslizarse entre las cañas, un espacio de cinco o seis varas. Llegada a aquel sitio, se detuvo...

La barca estaba en la otra orilla.



## Capítulo XV

### *LOS DOS HERMANOS*

La situación era desesperada. ¿Cómo pasar? Un audaz nadador no hubiera podido hacerlo sin correr el riesgo de perder veinte veces la vida. ¿Que no había más que un centenar de pies desde una orilla a la otra...? Verdad, pero sin una barca era imposible franquearlos. Mil cabezas triangulares asomaban acá y allá entre las aguas, y las hierbas se agitaban, movidas por el rápido paso de los reptiles.

La pequeña Dy, en el colmo del espanto, se pegaba materialmente a Zermah. ¡Ah! Si para la salvación de la niña hubiese bastado arrojarle al fondo del canal, en medio de aquellos monstruos que la hubiesen enlazado como un gigantesco pulpo de mil tentáculos, la mestiza no hubiera vacilado un instante.

Pero para salvarla era precisa una circunstancia providencial. Esta circunstancia sólo Dios podía proporcionarla; Zermah no tenía más recurso que ÉL Arrodillada en la orilla del canal imploraba la misericordia del que dispone del azar, del cual Él hace muy a menudo el agente de sus voluntades.

Entretanto, de un momento a otro, aquel de los Texar que había permanecido en la isla, podía aparecer en la linde del bosque. Si de un momento a otro cualquiera de los compañeros de Texar volvía a la choza, y no encontraba en ella ni a Dy ni a Zermah, ¿no sería lo más natural el que se pusiera en seguida en su busca?

- ¡Dios mío! -exclamó la desgraciada mujer-. ¡Tened piedad de nosotras! - De repente sus miradas se dirigieron hacia la derecha del canal. Una ligera corriente arrastraba las aguas hacia el Norte del lago, donde corren algunos afluentes del Caloosahatchee, uno de los pequeños ríos que desaguan en el golfo de

México, y por el cual se alimenta el lago Okee-cho-bee en la época de las grandes mareas mensuales.

Un tronco de árbol que seguía la corriente por la derecha, acababa de tocar en la orilla. ¿No podría este tronco servir de barco para la travesía del canal,

puesto que un recodo de la ribera, haciendo desviarse la corriente algunas varas más abajo, la empujaba hasta el lado del bosque de cipreses? Sí, evidentemente. Por el contrario, si por desgracia este tronco volviese hacia la isla, las fugitivas se verían más comprometidas de lo que se veían en aquel momento.

Sin reflexionar, mas, como por instinto, Zermah se precipitó hacia el árbol flotante. Si se hubiese tomado tiempo para reflexionar, acaso se hubiese dicho que cientos de reptiles pululaban bajo las aguas, o que las hierbas podían detener el tronco en medio del canal. Sí, esto podía ser, pero todo era preferible a permanecer un momento más en la isla. Zermah, pues, llevando a Dy en los brazos, después de haberse asegurado bien sobre el tronco, hizo un movimiento de empuje, y se apartó de la orilla.

En seguida el tronco volvió a enfilarse la corriente, la cual tendía a conducirlo hacia la otra ribera.

Sin embargo, Zermah trataba de ocultarse entre el ramaje que en parte le cubría, no obstante que las dos orillas estaban absolutamente desiertas. Ningún ruido se oía, ni del lado de la isla ni por la parte del bosque. Una vez atravesado el canal, la mestiza se arreglaría para buscar un abrigo seguro hasta la noche esperando que pudiera internarse en el bosque sin correr el riesgo de ser descubierta. La esperanza había vuelto a su corazón. Apenas se cuidaba de los reptiles, cuyas asquerosas fauces se abrían a uno y otro lado del tronco del árbol.

La pobre niña había cerrado los ojos. Zermah, con una mano la tenía apretada contra su pecho, y con la otra estaba preparada para defenderse de los monstruos. Pero fuese que éstos estuviesen asustados a la vista del cuchillo que les amenazaba, o que no fuesen temibles más que bajo las aguas, no se atrevieron a lanzarse sobre el tronco.

Éste llegó lentamente al centro del canal, desde cuyo punto la corriente se dirigía en sentido oblicuo hacia la orilla del bosque. Antes de un cuarto de hora, si no se detenía entre las plantas acuáticas, debería haber llegado a la otra orilla, y entonces, por grandes que los peligros fuesen todavía, Zermah se creería fuera de las maniobras y del poder de Texar.

De repente, la mestiza apretó más fuertemente a la niña contra su pecho.

Furiosos aullidos se dejaron oír en la isla. Casi en seguida, un perro apareció a lo largo de la ribera, por la cual marchaba rápidamente, lanzando sordos gruñidos.

Zermah reconoció al lebel que había quedado en la isla para la vigilancia de la choza, y que Texar no había llevado consigo.

Allí, con el pelo erizado, los ojos fulgurantes, se hallaba presto a lanzarse en medio de los reptiles que se agitaban en la superficie de las aguas.

En el mismo momento, un hombre apareció en la orilla.

Era uno de los hermanos Texar, el que había quedado en la isla. Puesto sobre aviso por los aullidos del perro, acababa de llegar al sitio en que éste se encontraba.

Hasta qué grado llegó su cólera cuando descubrió a Dy y a Zermah sobre el árbol que seguía la corriente de las aguas, sería difícil imaginarlo. No podía lanzarse en su persecución, puesto que la barca se encontraba en la otra orilla del canal. Para detenerlas no había más que un medio: matar a Zermah, a riesgo de hacer morir a la niña con ella.

Texar, armado de su fusil, se lo echó a la cara y apuntó a la mestiza, que trataba de cubrir a la niña con su cuerpo.

De repente, el perro, presa de una excitación loca, se precipitó al canal. Texar pensó que era conveniente dejarle hacer.

El perro se aproximaba rápidamente al tronco. Zermah, con su cuchillo fuertemente asido, se preparaba para herirle. Pero esto no fue necesario.

Los reptiles enlazaron en un instante al animal, que después de haber respondido con feroces dentelladas a las venenosas mordeduras de aquéllos, desapareció bien pronto bajo las hierbas.

Texar había asistido a la muerte del perro sin haber tenido tiempo ni medios de socorrerle. ¡Zermah iba a escapársele...!

- ¡Muere, pues! -exclamó ebrio de cólera, disparando sobre ella.

Pero la improvisada embarcación alcanzaba entonces la otra orilla y la bala no hizo más que rozar el hombro de la mestiza.

Algunos momentos después, el tronco se detenía. Zermah, llevando siempre en brazos a la niña, poniendo el pie en tierra, desaparecía entre las cañas, donde un segundo tiro disparado por Texar no pudo alcanzarla, y se internaba bajo los primeros cipreses del bosque.

Sin embargo, si la mestiza no tenía nada que temer del Texar que había quedado en la isla, corría el riesgo todavía de caer entre las manos del otro Texar.

Así, su primera preocupación, y de lo primero que se cuidó, fue alejarse todo lo posible, y con toda la rapidez que le permitiera su estado, de la isla Cameral. Cuando llegara la noche, trataría de dirigirse hacia el lago Washington.

Empleando todo cuanto poseía de fuerza física y de energía moral, corrió más bien que anduvo, al azar, llevando en brazos a la niña, que no hubiera podido seguirla sin retrasar su marcha. Las endebles piernas de Dy se hubieran negado a correr por aquel suelo desigual, en medio del ramaje, que hería en el rostro, y detiene, como si fuera trampa de cazadores, entre aquellas largas raíces, cuyos cruces y enlazamientos oponían tantos obstáculos a su marcha, que eran para ella verdaderamente insuperables.

Zermah continuó, pues, llevando sobre sí su querida carga, de la cual



parecía que ni siquiera sentía el peso. Algunas veces se detenía, menos para tomar aliento que para prestar atento oído a todos los ruidos del bosque. Tan pronto le parecía oír aullidos, que hubieran sido indudablemente del otro lebrel conducido por Texar, tan pronto algunos tiros de fusil, disparados a lo lejos. Entonces se preguntaba a sí misma si los partidarios sudistas estarían librando un combate con el destacamento federal. Después, cuando se convenció de que todos aquellos ruidos no eran más que los gritos del pájaro imitador, o la detonación de alguna rama seca cuyas fibras saltaban, produciendo una detonación como la de un tiro de pistola, volvía a emprender su marcha, interrumpida un instante.

En aquellos momentos, su corazón, lleno de esperanza, no quería ver los peligros que la amenazaban antes de haber alcanzado el curso del San Juan.

Durante una hora, se alejó así del lago Okee-cho-bee, yendo en dirección oblicua hacia el Este, a fin de aproximarse al litoral del Atlántico. Se decía, con razón, que los navíos de la escuadra debían cruzar por la costa de Florida, para esperar el destacamento enviado bajo las órdenes del capitán Howick. ¿Y no podía suceder que varias chalupas estuviesen en observación a lo largo de la ribera?

De repente, Zermah se detuvo. Esta vez no se engañaba. Un furioso aullido resonaba bajo los árboles y se aproximaba a ella sensiblemente. Zermah reconoció en este aullido el que había escuchado con tanta frecuencia mientras que los lebreles rondaban alrededor del fortín de la Bahía Negra.

- Este perro está sobre nuestra pista -dijo para sí-; por consiguiente, Texar no puede encontrarse muy lejos.

Su primer cuidado fue buscar un escondrijo donde meterse con la niña. Pero, ¿podría escapar al olfato finísimo de un animal tan inteligente como feroz, adiestrado desde pequeño a perseguir los esclavos fugitivos y a descubrir sus huellas?

Los aullidos se aproximaban cada vez más, y ya hasta se podían oír algunos gritos lejanos.

A pocos pasos de allí se erguía un viejo ciprés, hueco ya y carcomido por la edad, sobre el cual las serpentarias y los bejucos habían echado una espesa red de follaje.

Zermah se metió en aquella cavidad, bastante grande para contener a ella y a la niña, quedando las dos cubiertas por la red de las plantas trepadoras.

Pero el lebrel estaba sobre sus huellas instantes después. Zermah le vio aparecer delante del árbol. Aullaba con furor creciente, y de un salto se lanzó sobre el ciprés.

Un fuerte golpe con el cuchillo le hizo retroceder, y después aullaba con

más violencia.

Casi en seguida sonó un ruido de pasos. Varias voces se llamaban y se respondían mutuamente y entre ellas, las voces, tan fáciles de reconocer, de Texar y de Squambo.

Eran, en efecto, Texar y sus compañeros, que marchaban rápidamente hacia el lago, a fin de escapar del destacamento federal. Lo habían encontrado de improviso en el bosque, y no considerándose con fuerzas suficientes para hacerles frente, se alejaban de él a toda prisa. Texar procuraba llegar a la isla Cameral por el camino más corto, a fin de poner una barrera de agua entre los federales y él. Como aquéllos no podrían franquear el canal sin una embarcación, se verían obligados a detenerse ante tal obstáculo. Entonces, durante aquellas horas de detención, los partidarios sudistas tratarían de alcanzar el otro lado de la isla, y llegada que fuese la noche intentarían utilizar la barca para desembarcar en la ribera meridional del lago.

Cuando Texar y Squambo llegaron enfrente del ciprés, ante el cual el perro aullaba todavía, vieron el suelo manchado con la sangre que corría por una ancha herida abierta en un costado del animal.

- ¡Mirad, mirad! -exclamó el indio.

- ¿Ha sido herido el perro? -preguntó Texar.

- ¡Sí! Herido de una cuchillada, y no hace más que un instante, su sangre humea todavía.

- ¿Quién ha podido...?

En aquel momento el perro se precipitó de nuevo sobre la pared de follaje, que Squambo apartó con su fusil.

- ¡Zermah! -exclamó.

- ¡Y la niña! -añadió Texar.

- ¡Sí! ¿Cómo habrán podido huir?

- ¡A muerte, Zermah, a muerte!

La mestiza, desarmada por Squambo en el momento en que iba a herir a Texar, fue sacada tan brutalmente de la cavidad del árbol, que la pobre Dy se le escapó de los brazos y rodó en medio de las gigantescas setas y de los hongos, que tan abundantes son en los bosques de cipreses.

Al choque, uno de aquellos hongos pecices estalló como un arma de fuego. El aire se llenó de un polvo luminoso. En el mismo instante otros pecices estallaron a su vez. Fue aquello un estruendo general, como si el bosque hubiera estado lleno de fuegos artificiales que se cruzaran en todos sentidos.

Ciego por aquellas miríadas de aporos, Texar se había visto obligado a soltar a Zermah, que ya tenía bajo su cuchillo, en tanto que Squambo se hallaba también ciego por aquel polvo luminoso y ardiente.

Por fortuna, la mestiza y la niña, tendidas en el suelo, no habían sido atacadas por aquellos átomos que oscilaban por encima de ellas.

Sin embargo, Zermah no podía escapar a la venganza de Texar. Ya después de una última serie de explosiones, el aire se había hecho respirable.

Nuevas detonaciones se oyeron entonces; pero esta vez eran detonaciones de armas de fuego.

Era el destacamento federal que se arrojaba contra los partidarios de Texar. Éstos, rodeados instantáneamente por los marineros del capitán Howick, se vieron obligados a rendir las armas.

En el mismo momento, Texar, que había vuelto a coger a Zermah, la hirió en medio del pecho.

- ¡La niña! ¡Coge la niña! -gritó a Squambo.

Ya el indio había cogido a la pequeña y corría con ella hacia el lago, cuando sonó un tiro y Squambo cayó muerto, atravesado el corazón por una bala que Gilbert acababa de dispararle.

Ya estaban allí todos; James y Gilbert Burbank, Edward Carrol, Perry, Mars, los negros de Candless-Bay y los marineros del capitán Howick, que tenían rodeados a los sudistas, entre los cuales estaba Texar en pie, cerca del cadáver de Squambo.

Pero, ¿qué importaba? La pequeña Dy ya estaba en brazos de su padre, que la estrechaba febrilmente contra su corazón, como si temiese que se la hubieran de arrebatarse de nuevo. Gilbert y Mars, inclinados sobre Zermah, intentaban reanimarla.

La pobre mujer aún respiraba, mas no podía hablar. Mars la sostenía por la cabeza, la llamaba, la besaba sin cesar.

Zermah abrió los ojos, vio a la niña en brazos de Mr. Burbank, reconoció a Mars, que la cubría de besos, y le sonrió. Después sus párpados se cerraron.

Mars, levantándose entonces, vio a Texar, y se lanzó sobre él, repitiendo estas palabras que tan a menudo habían salido de su boca:

- ¡Yo mataré a Texar! ¡Yo mataré a Texar!

- ¡Detente, Mars! -dijo el capitán Howick-. Déjanos hacer justicia a este miserable.

Y volviéndose hacia Texar, le preguntó:

- ¿Sois vos Texar, el de la Bahía Negra?

- No tengo por qué responder -replicó Texar.

- James Burbank, el teniente Gilbert, Edward Carrol y Mars os conocen y os reconocen.

- Está bien.

- Vais a ser fusilado.

- Hacedlo.

Entonces, con extraordinaria sorpresa de todos los que lo escucharon, la pequeña Dy, dirigiéndose a James Burbank, dijo:

- Papá, son dos hermanos, dos hombres malos que se parecen.

- ¿Dos hombres?

- Sí; mi querida Zermah me ha encargado mucho que te lo diga.

Hubiera sido difícil comprender lo que significaban estas singulares palabras de la niña; pero la explicación fue dada bien pronto, de una manera inesperada.

En efecto, Texar había sido conducido al pie de un árbol. Allí, mirando a James Burbank frente a frente, fumaba un cigarrillo que acababa de encender, cuando de repente, en el momento en que se alineaba el pelotón que había de fusilarle, un hombre salió del bosque y vino a colocarse cerca del condenado.

Era el segundo Texar, al cual los partidarios que habían podido llegar a la isla Cameral acababan de comunicar el apresamiento de sus compañeros y la muerte de Squambo.

La presencia de aquellos dos hombres tan parecidos, explicó lo que significaban las palabras de la niña. Se tuvo, por fin, la explicación de aquellas inexplicables coartadas, y ya el pasado de los Texar, reconstituido con su sola presencia, era claro para todos.

Sin embargo, la intervención del hermano iba a llevar cierta duda en el cumplimiento de las órdenes del comodoro. En efecto, la orden de ejecución inmediata, dada por Dupont, no concernía más que al autor de la emboscada, en la cual habían perecido los oficiales y los marineros de las chalupas federales. En cuanto al autor del pillaje de Camdless-Bay y del rapto, aquél debía ser conducido a San Agustín, donde sería juzgado de nuevo y condenado sin duda alguna.

Y, sin embargo, ¿no podía considerarse a los dos como igualmente responsables de aquella serie de crímenes que habían podido cometer impunemente gracias a su semejanza?

Sí, ciertamente; pero, sin embargo, por respeto a la legalidad, el capitán Howick creyó deber hacerles la siguiente pregunta:

- ¿Cuál de los dos -les dijo- se reconoce culpable del degüello de Kissimmee?

No obtuvo ninguna respuesta.

Evidentemente, los Texar estaban resueltos a guardar silencio a todas las preguntas que les fuesen hechas.

Solamente Zermah hubiera podido indicar la parte que a cada uno correspondía en aquellos crímenes. En efecto, el de los dos hermanos que se

encontraba con ella en la Bahía Negra el día 22 de marzo, no podía ser el autor del degüello cometido aquel mismo día a cien millas hacia el sur de Florida. Luego, éste era el verdadero autor del rapto, y Zermah hubiera tenido un medio de reconocerle. Pero... ¿no estaba muerta ya la pobre mestiza?

No; y sostenida por su marido, se la vio aparecer. Después, con una voz que apenas se entendía, dijo:

- El que es culpable del rapto tiene el brazo izquierdo marcado por el indio.

A estas palabras se pudo ver dibujada la misma sonrisa de desdén en los labios de los dos hermanos; y levantando su manga, mostraron cada cual sobre su brazo izquierdo una marca igual.

Ante esta nueva imposibilidad de distinguir el uno del otro, el capitán Howick se limitó a decir:

- El autor del degüello de Kissimmee debe ser fusilado. ¿Cuál de vosotros es?

- Yo -respondieron al mismo tiempo los dos hermanos.

Al oír esta respuesta, el oficial que había de ejecutar la sentencia puso frente a él a los hermanos, que se habían abrazado por última vez en la vida.

Se oyó el ruido de una descarga, y los dos, estrechándose las manos, cayeron muertos.

Así acabaron aquellos hombres, cargados de todos los crímenes que una extraordinaria semejanza les había permitido cometer impunemente desde hacía tantos años. El único sentimiento humano que habían sentido durante su vida, aquella feroz afección de hermano a hermano, les había seguido hasta la muerte.

## Capítulo XVI

### CONCLUSION

Entretanto, la guerra civil proseguía con diversas fases. Algunos sucesos habían ocurrido recientemente, de los cuales James Burbank no había podido tener conocimiento después de su partida de Camdless-Bay; sucesos que no supo hasta su vuelta.

En suma, parecía que durante este período las ventajas habían estado de parte de los confederados, reunidos alrededor de Corinto, en el momento en que los federales ocupaban el Pittsburg-Landing.

El ejército separatista estaba mandado y dirigido por Johnston, general en jefe y bajo él Beauregard, Hardee, Braxton-Bagg, el obispo Polk, antiguo alumno de West-Point, cuyos jefes aprovecharon hábilmente la imprevisión de los nordistas. El día 5 de abril, en Shiloh, éstos se habían dejado sorprender, lo cual había traído, como consecuencia, la dispersión de la brigada de Peabody y la retirada de Sherman. Sin embargo, los confederados pagaron cruelmente el éxito que acababan de obtener: el heroico Johnston fue muerto en tanto que hacía declararse en retirada al ejército federal.

Tal había sido el primer día de la batalla del 5 de abril. Al día siguiente, se empeñó el combate en toda la línea, y Sherman logró apoderarse de nuevo de Shiloh. A su vez, los soldados confederados se vieron obligados a huir, ante los soldados de Grant. ¡Sangrienta y cruel batalla! De ochenta mil hombres que en ella tomaron parte, veinte mil quedaron heridos o muertos.

Este fue el último hecho de armas de que James Burbank y sus compañeros tuvieron noticia al día siguiente de su llegada a Castle-House, donde entraron, por fin, el día 7 de abril.

En efecto, después de la ejecución de los hermanos Texar, habían seguido al capitán Howick y a su destacamento, que conducían los prisioneros hacia el litoral. En el cabo Malabar estacionábase uno de los buques de la flotilla que cruzaba por delante de la costa. Este buque los condujo a San Agustín. Después, un cañonero que les tomó a bordo en Picolata, fue a desembarcarlos en el

pequeño puerto de Camdless-Bay.

Todos estaban, pues, de vuelta en Castle-House, incluso Zermah, que había sobrevivido a sus heridas.

Transportada hasta el buque federal por Mars y sus camaradas, no le había faltado a bordo ninguna dase de cuidados. Y por otra parte, siendo tan feliz por haber salvado a su pequeña Dy, y por haber encontrado de nuevo a todos los que amaba, ¿cómo hubiera podido morir?

Después de tantas pruebas, se comprende cuánta debió ser la alegría de esta familia, cuyos miembros estaban al fin todos reunidos para no separarse ya.

La señora Burbank, con su hija al lado, volvió poco a poco a recobrar la salud. ¡No tenía cerca de sí a su marido, a su hija a Alicia, que iba a ser hija suya, a Zermah y a Mars? Y, además, no tenía nada que temer en adelante del miserable o de los dos miserables cuyos principales cómplices estaban ya en manos de la justicia federal.

Sin embargo, se había esparcido una noticia que, según se recordará, había sido tratada en la conversación de los dos hermanos en la isla Cameral. Se decía que los nordistas iban a evacuar Jacksonville; que el comodoro Dupont, limitando su acción al bloqueo del litoral, se preparaba a retirar los cañoneros que aseguraban la tranquilidad del San Juan. Este proyecto podía, evidentemente, comprometer la seguridad de los colonos cuya simpatía por las ideas antiesclavistas eran conocidas, y más particularmente de James Burbank.

La noticia tenía fundamento. En efecto, con fecha del 8, al día siguiente de aquel en que toda la familia Burbank se hallaba reunida en Castle-House, los federales operaban la evacuación de Jacksonville. En consecuencia, algunos de los habitantes que se habían mostrado favorables a la causa unionista creyeron que debían refugiarse, los unos en Port-Royal, los otros en Nueva York.

James Burbank no juzgó a propósito imitarles. Los negros habían vuelto a la plantación, no como esclavos, sino como libertos, y su presencia bastaba para asegurar la tranquilidad de Camdless-Bay. Por otra parte, la guerra tomaba un aspecto favorable al Norte, lo cual permitía a Gilbert permanecer algún tiempo en Castle-House para celebrar su matrimonio con Alicia Stannard.

Los trabajos de la plantación se habían, pues, reanudado, y la explotación iba bien pronto a dar buenos resultados.

Ya no había razón para obligar a James Burbank a expulsar sus esclavos emancipados del territorio de Florida. Texar y sus partidarios no estaban ya allí para sublevar al populacho. Por otra parte, los cañoneros del litoral hubieran restablecido prontamente el orden en Jacksonville.

En cuanto a los beligerantes, iban a estar tres años todavía en sangrienta lucha, y Florida misma estaba destinada a sentir de nuevo los desastres de la

guerra.

En efecto, en aquel año, por el mes de setiembre, los navíos del comodoro Dupont aparecieron a la altura del San Juan, hacia la desembocadura misma del río.

Jacksonville fue tomada por segunda vez. La tercera vez, en 1863, fue ocupada por el general Seymour, sin haber experimentado resistencia alguna de importancia.

El día 1.º de enero de 1863, una proclama del presidente Lincoln había abolido la esclavitud en todos los Estados Unidos. Sin embargo, la guerra no terminó completamente hasta el 9 de abril de 1865.

Aquel día, en Appomatox Court-House el general Lee se rindió con todo su ejército al general Grant, después de una capitulación que hizo honor a las dos partes contratantes.

Cuatro años había durado, pues, la lucha sangrienta entre el Norte y el Sur. Había costado dos mil setecientos millones de dólares y las vidas de medio millón de hombres; pero la esclavitud estaba abolida en toda la América del Norte.

Así quedó para siempre asegurada la individualidad de la república de los Estados Unidos, gracias a los esfuerzos de esos americanos cuyos antecesores, cerca de un siglo antes, habían libertado a su país, en la guerra de la independencia.



# **FIN**

(1) M. Poussielgre, muerto desgraciadamente antes de haber podido terminar su viaje de exploración.

(2) Pequeña ciudad del condado de Putnam.

(3) Lago que alimenta uno de los principales afluentes del San Juan.

***This file was created***

***with BookDesigner program***

***bookdesigner@the-ebook.org***

***03/03/2013***